

Sumario

- 2 **Presentación**
- 3 **Tesis sobre la situación política**
- 13 **La cuestión de la Asamblea Constituyente**
Un debate programático con el POR y otros grupos
- 21 **La clase obrera en Bolivia hoy**
Realidad social y perspectivas
- 25 **Ante los comienzos de un nuevo movimiento obrero**
El rol de los revolucionarios
- 30 **Imágenes de organización y lucha**
- Dossier:
- 36 **Populismo posmarxista versus Marxismo**
¿Qué teoría para comprender la realidad nacional?
- 53 **Capitalismo andino o Revolución Permanente**
- 63 **A 90 años de la Revolución Rusa**

Lucha de Clases
REVISTA DE TEORÍA Y POLÍTICA MARXISTA

Es una publicación de la
LOR-CI / Liga Obrera
Revolucionaria por la Cuarta
Internacional.

Director: Eduardo Molina

Ediciones Palabra Obrera
Correo electrónico a:
luchadeclasesbo@gmail.com
Sitio web: www.lorci.org

Presentación

LUCHA DE CLASES se ubica abiertamente en el campo del marxismo, como concepción general, como teoría y como “guía para la acción”, capaz de responder a los problemas de nuestro momento histórico, estos comienzos del siglo XXI bajo el dominio mundial del capital y ante un horizonte que anuncia nuevas crisis, guerras y revoluciones.

2

Lucha de Clases es una publicación enfocada en los problemas de la realidad económica, social y política en el ámbito nacional. Se propone aportar en la elaboración de análisis y respuestas a sus más candentes problemas no por simple afán académico, sino para contribuir, con las “armas de la crítica” a la lucha de los trabajadores y el pueblo.

Lucha de Clases adopta con orgullo este nombre en estos tiempos en que desde la reacción como desde el “progresismo”, tratan de velar la realidad de una sociedad desgarrada por los antagonismos clasistas y, sobre todo, negar toda potencialidad a la clase trabajadora como fuerza capaz de pesar en los destinos de la sociedad. Defendemos el marxismo como base para formular, desde la clase obrera, un programa y una estrategia para la transformación revolucionaria de

la sociedad

Lucha de Clases espera contribuir, con sus modestos recursos, a la renovación de la cultura y política socialista y el conocimiento del marxismo en nuestro ámbito, después de años de años de predominio neoliberal y de escepticismo posmoderno que han dejado nefastas consecuencias en los medios intelectuales y de izquierda.

Con Lenin creemos firmemente que “no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria”, así como que ésta, “a su vez, no es ningún dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.” Esperamos que nuestra revista sea una herramienta para unir la teoría y la práctica, a través de la difusión de las ideas de Marx y sus continuadores, como Lenin y Trotsky, la elaboración de análisis sobre la realidad nacional, el debate ideológico y político, la reflexión sobre los avances, desafíos y problemas del movimiento de los trabajadores, sus aliados del campo y la ciudad y los pueblos originarios, y la recuperación de las enseñanzas

de la historia revolucionaria a nivel nacional e internacional.

En este primer número ocupan un importante espacio la reflexión sobre la situación política nacional y la cuestión de la Asamblea Constituyente.

En un Dossier especial abordamos el debate con las concepciones que difunden los intelectuales “progresistas” como Álvaro García Linera y el grupo La Comuna, incluyendo también una crítica a la tesis del “capitalismo andino” frente a las tareas de la liberación nacional y social.

También iniciamos una reflexión sobre la realidad de la clase trabajadora en Bolivia y el proceso de recomposición que como muestran los mineros de Huanuni y el despertar de un nuevo sindicalismo obrero en El Alto apunta al surgimiento de un renovado movimiento obrero.

En nuestra sección de Historia revolucionaria, publicamos una nota en homenaje a los 90 años de la Revolución Rusa, iniciando el tratamiento de este tema que continuaremos en nuestro próximo número.



Tesis sobre la situación nacional

COMISIÓN POLÍTICA
DE LA LOR-CI
24 de agosto de 2007

I- Un momento de inflexión

3

PARA COMPRENDER el momento actual hay que tener presente la curva general del desarrollo, es decir, el conjunto de la etapa que desemboca en la actual encrucijada. Hemos publicado numerosos análisis sobre el proceso de la lucha de clases a nivel nacional (la Revista de los Andes, en varios números de Estrategia Internacional, en las páginas de Palabra Obrera y diversos documentos y declaraciones), aquí trazamos una breve síntesis:

En octubre del 2003 se abrió una etapa revolucionaria, caracterizada por la “crisis general” a todos los niveles de la formación social, pero cuyo elemento más dinámico era la “crisis de la hegemonía burguesa” (es decir, una crisis de la autoridad estatal y de las mediaciones en las que ésta se apoya, como los partidos políticos) que se hizo evidente con el derrumbe del régimen de la “democracia pactada” y sus partidos (MNR, ADN, MIR, UCS, etc.).

La irrupción del movimiento de masas se tradujo en un vuelco decisivo, con grandes acciones de carácter históricamente inde-

pendiente, como el levantamiento insurreccional con epicentro en El Alto que derribó al gobierno de Sánchez de Losada. De esta manera, el gran ascenso de carácter predominantemente popular, campesino e indígena que se venía manifestando desde la “guerra del agua” del 2.000, alcanzó su punto culminante.

Pero, gracias al MAS y otras direcciones del movimiento de masas (MIP, burocracia sindical, etc.), que frenaron y permitieron la “sucesión constitucional” de Carlos Mesa, el proceso revolucionario en marcha no alcanzó a convertirse en “la revolución misma”, es decir, en la quiebra del Estado y sus instituciones fundamentales, como las FF.AA., y el desarrollo del poder dual, lo que facilitó las maniobras de la clase dominante.

Carlos Mesa, representante del ala conciliadora del campo conservador, asumió con el objetivo de ganar tiempo, preservar las instituciones en crisis y buscar una salida política, y para ello contó con el firme sostén político del MAS y otros sectores.

Sin embargo, Mesa no logró resolver estos problemas y se fue debilitando. Las Jornadas de Junio de 2005, al obligarlo a renunciar y cerrar al mismo tiempo el paso a las maniobras de la derecha parlamentaria, convencieron al conjunto de la clase dominante y el imperialismo de que era necesario organizar un desvío más profundo para evitar la profundización del proceso revolucionario, y que para ello, era necesario hacer mayores concesiones. El adelantamiento de elecciones para diciembre de 2005 y la aceptación de que llegara al gobierno Evo Morales con su programa de reformas de tipo democrático formal a través de una Asamblea Constituyente, fueron el precio a pagar para sacar a las masas de las calles y caminos.

El breve gobierno de Rodríguez Veltzé y la salida electoral señalan un punto de inflexión que dividió aguas: marcan una corta fase de transición entre la fase de los levantamientos espontáneos de “todo el pueblo” contra los ataques del gobierno neoliberal de turno, a una fase de experiencia con el gobierno reformista del MAS y sus promesas de cambios democráticos a través de la Constituyente.

La llegada al Palacio Quemado de Evo Morales abrió una situación transitoria en la lucha de clases, donde no estaba

definido si se reabrirían las tendencias más revolucionarias, o por el contrario, predominarían los intentos por cerrar la etapa, en lo que era un elemento fundamental el grado de éxito que tuviera en sus proyectos el MAS en el gobierno como gran contención frente-populista (de colaboración de clases con la burguesía).

Durante estos casi dos años de gobierno masista, se sucedieron distintas coyunturas políticas que examinaremos más adelante. Por ahora interesa hacer una interrogante clave:

¿Qué caracteriza el actual momento político y cuál es la dinámica?

Consideramos que es una coyuntura de giro a la derecha donde priman las tendencias reaccionarias aunque en medio de enormes contradicciones. Mientras el gobierno hace mayores concesiones a la derecha, todos los actores políticos buscan en medio de apelaciones a la “unidad nacional”, tortuosas negociaciones y constantes forcejeos, cómo configurar un nuevo régimen político-estatal y consagrarlo en la Constituyente, intentando dar un salto en la estabilización política del país. Ésta coyuntura es un nuevo punto de inflexión y una encrucijada decisiva en el proceso político nacional. Si gobierno,

oposición y cívicos logran un pacto para la reorganización del Estado incluyendo las autonomías departamentales y un régimen político legitimado en la Constituyente a través de la nueva CPE, habrán dado un importante paso para la estabilización del país.

Estas cuestiones no están aún resueltas, subsisten importantes contradicciones de todo tipo, pero es la clave que subyace a todas las discusiones, peleas y fenómenos políticos del momento. Si este intento fracasa, se podría reabrir una crisis política de imprevisibles consecuencias para el orden burgués, con amplias grietas para nuevas erupciones de la lucha de clases tanto como para intentos reaccionarios.

Sin embargo, aún si tienen éxito en alguna variante pactista, será una tarea difícil convertir ese éxito superestructural en un cambio decisivo de la relación de fuerzas entre las clases. Es probable que la indefinición, las tensiones y la inestabilidad se prolonguen. Y de ninguna manera puede descartarse que la presión por derecha más bien actúe como el émbolo en el pistón y aumente la presión de las contradicciones sociales y políticas, terminando por provocar una contraofensiva de masas.

II- El contexto regional e internacional

LAS CONDICIONES internacionales y latinoamericanas del último período han sido un factor estabilizador aunque no exento de contradicciones para el proceso político de Bolivia. Sin embargo, las contradicciones de la situación mundial que hoy se concentran en la economía norteamericana y los “temblores” de los mercados financieros, podrían impactar duramente en las semicolonias más débiles e inestables, como Bolivia.

Es imposible comprender plenamente la situación nacional sino se la enmarca en ese todo superior del que forma parte y que es la economía y la política internacionales. Por ello, el análisis marxista parte siempre de un punto de vista internacionalista y estudia las relaciones entre los distintos aspectos de la realidad mundial: la marcha de la economía mundial, las relaciones interestatales (es decir las disputas entre las clases dominantes de los distintos Estados

–entre las grandes potencias imperialistas y de éstas con los países semicoloniales) y las tendencias generales de la lucha de clases a escala internacional. La actual situación internacional se caracteriza por la acumulación de enormes contradicciones y tensiones. A nivel del orden de Estados, se manifiestan en la impotencia de Estados Unidos para reafirmar su hegemonía (el factor hoy más dinámico en la situación internacional), como se ve en el empantanamiento en Irak, y las fricciones y rivalidades con otras potencias como sus aliados europeos, Rusia y China.

La caída de las bolsas a nivel internacional –con epicentro en Estados Unidos– puede estar anticipando la llegada de tiempos difíciles y el agotamiento del ciclo de crecimiento de la economía mundial de los últimos años. En este marco, aunque es posible que la próxima crisis económica comience más bien en

los centros imperialistas, las perspectivas de las semicolonias más débiles, como Bolivia, son inciertas, dada su extrema dependencia del mercado externo. A nivel de la lucha de clases hay enormes antagonismos en medio de un mundo fuertemente polarizado, donde el crecimiento económico sólo beneficia a las capas privilegiadas y crecen diversos procesos de resistencia obrera y popular en distintas regiones, pero es un factor más bien retrasado en la actual coyuntura. Por ejemplo, la resistencia en Irak aún no se ha convertido en un “nuevo Vietnam” –es decir en un proceso revolucionario bajo la forma de una guerra de liberación nacional de masas contra la ocupación–, que ayude a detonar una escalada superior de la lucha de clases tanto en los países semicoloniales como en las potencias imperialistas como ocurrió los años 60. Sin embargo, el crecimiento económico e industrial está permitiendo a la clase

trabajadora recomponer sus fuerzas después de las derrotas de las últimas décadas, un proceso de gran importancia estratégica que tiene uno de sus escenarios destacados en América Latina.

América Latina: entre la contención y nuevas tensiones

En la coyuntura regional predomina la contención de los procesos de masas y las crisis políticas que pusieron a América del Sur en la avanzada durante el primer lustro del siglo.

La bonanza económica motorizada por las exportaciones de materias primas y commodities y cierta recomposición de los mercados internos, contribuyó a amortiguar temporalmente las contradicciones y a darle mayor estabilidad a los gobiernos “progresistas” (como Brasil, Argentina, etc.).

Al mismo tiempo, hay cierta “descompresión” en las relaciones de los países del área con EE.UU. (que, concentrado en sus problemas en medio Oriente y con Europa, Rusia y China, no desea abrirse nuevos frentes en la región), aunque en el marco de un permanente regateo de los distintos Estados del área con el imperialismo y entre sí. Las tensiones entre el polo pro yanqui (países de la costa del Pacífico –Colombia, Perú, Chile) y el polo “sudamericanista” (Brasil, Argentina, con una posición particular de Venezuela con su posicionamiento “bolivariano”), una de las fuentes de presiones sobre Bolivia (en torno a negociaciones comerciales, alineamientos diplomáticos, cuestión energética, coca, etc.), hoy están un tanto desdibujadas en medio del “pragmatismo nacional” de cada Estado.

Sin embargo, emergen nuevas tenden-

cias a una mayor crisis política y al desarrollo de la lucha de clases en países como México y otros que venían más alineados con Estados Unidos. Muestra de que en la Región Andina hay tendencias mal contenidas al desarrollo de la lucha de clases y a nuevas crisis son la inestabilidad política crónica en Ecuador, el proceso de lucha de masas en Perú enfrentando al gobierno de Alan García y las propias tensiones del proceso boliviano.

Por otra parte, un elemento de enorme importancia estratégica es el proceso de recomposición del proletariado latinoamericano, tanto desde el punto de vista objetivo (cantidad y concentración de trabajadores), como subjetivo (procesos de organización y lucha), como hemos visto en las últimas luchas de sectores del proletariado en México (las movilizaciones de diversos sectores obreros y la comuna de Oaxaca en México), Argentina (las oleadas de huelgas de fábrica), Perú (un torrente de luchas obreras y populares), siendo un elemento notable el retorno a escena de los mineros andinos (huelga larga de contratistas del cobre en Chile, paros y huelgas duras en Perú, el avanzado proceso de Huanuni en Bolivia). Este retorno del proletariado a un escenario que en los años anteriores tuvo gran protagonismo de los movimientos de base campesina, indígena y plebeya, abre nuevas perspectivas a la lucha de clases y la alianza obrera y popular.

Bolivia sigue siendo un “eslabón débil en el corazón de Sudamérica”

Esos diversos elementos se expresan de manera particular en Bolivia, que es un foco de inestabilidad política y lucha

de clases latente, un proveedor estratégico de gas para el Cono Sur (que atraviesa una crisis energética severa), y un escenario de las disputas geopolíticas regionales, lo que hace que se concentren fuertes presiones económicas, diplomáticas y para garantizar la contención y estabilización política. Estados Unidos y el imperialismo mantienen una línea de presión cautelosa, con la colaboración de los “gobiernos amigos”, sobre todo Lula y Kirchner, comprometidos con el orden semicolonial regional y que se esfuerzan por influir según sus propios intereses y alianzas (por ejemplo, Petrobras y REPSOL, respectivamente) presionando para moderar al gobierno de Evo y sus iniciativas (Asamblea Constituyente, negociaciones con las petroleras, etc.). Por su parte Chávez trata de estrechar su relación con Bolivia y otros países para fortalecer su estrategia “bolivariana” de regateo con el imperialismo.

El gobierno actúa con mucho pragmatismo y moderación: estrecha buenas relaciones de Evo con Chávez y Fidel, pero sin alinearse unilateralmente con Venezuela. Crítica en ocasiones al imperialismo pero “mira para otro lado” ante Irak y Palestina y colabora militarmente en la intervención “democrática y humanitaria” de la ONU en Haití. Forma el TCP pero pide ampliación del APTDEA a EE.UU., abre nuevos contactos con Chile, etc., buscando siempre aprovechar las pequeñas oportunidades pero evitando roces mayores con el imperialismo. En síntesis, el contexto regional le da algunos márgenes de maniobra al gobierno a nivel económico diplomático, presiona por “más moderación” a nivel político y alienta las tendencias reaccionarias, pero también el reanimamiento

III- Claroscuros en la economía

LA BUENA COYUNTURA económica actúa en el corto plazo como otro importante amortiguador de las contradicciones internas, pues todas las fracciones de la burguesía hacen buenos negocios, sectores medios se benefician con las migajas de la bonanza, y la renta gasífera y la recaudación impositiva engrosan las arcas del Estado, permitiendo financiar el gasto social y obras públicas.

El crecimiento del PBI por encima del 4,5 % fue motorizado por el boom exportador de gas, minerales y soya, que han permitido cuadruplicar las ventas al exterior en pocos años. Además, la mayor participación del Estado en la renta hidrocarbúrfica a través de impuestos y regalías, si bien deja la parte del león en manos de las transnacionales, alcanza a entre 700 y 1.000 millones de dólares anuales, un flujo de recursos

propios que el Estado boliviano nunca tuvo, lo que permite atender las deudas externa (unos 4.500 millones US\$) e interna (2.500 millones US\$) y al mismo tiempo, trazar planes para financiar un esfuerzo desarrollista.

Sin embargo, hay sombras en las perspectivas económicas. No sólo por los problemas climáticos (el fenómeno de la Niña), la tensión política y el elevado nivel de movilización social que retraen

la inversión (aunque los neoliberales exageran su agitación por este punto), sino por las graves limitaciones estructurales de la economía boliviana y sobre todo, porque, la economía internacional parece estar entrando en un período de turbulencias, con bruscas caídas en los mercados financieros, lo que arroja sombras sobre el futuro de los mercados para las materias primas y por tanto, para las perspectivas locales. Es posible que el rol de proveedor regional de gas contrapesa al menos parcialmente estas tendencias negativas, por la elevada renta energética y por los mercados a largo plazo, pero esto plantea otro tipo de problemas, pues pone en discusión cambios en el patrón de acumulación alentados por las ilusiones de que un “ciclo del gas” (es decir, una fase de expansión capitalista como la que representó a inicios del siglo XX el “ciclo del estaño”) genere una expansión a más largo plazo.

Un rumbo neodesarrollista, sin romper con el neoliberalismo

Si bien se mantienen los marcos generales heredados del neoliberalismo (privatización de los servicios públicos, apertura de la economía, dependencia de la inversión extranjera, vuelco exportador, superexplotación obrera, etc.) hay un curso “neodesarrollista”, impulsado desde el gobierno, que intenta devolver algunas funciones regulatorias al Estado, recuperar una parte de la renta entregada a los monopolios y reconstituir un sector “capitalista de Estado”, subordinado a la colaboración con el capital extranjero y nacional para promover la acumulación nacional y ampliar el mercado interno. Esto abre un debate estratégico en la burguesía, entre aferrarse al marco neoliberal tal cual era, o aprovechar (y cómo) los vientos neodesarrollistas que soplan en Latinoamérica. Hay sectores ligados a la penetración del capital extranjero y el neoliberalismo de los 90,

que condenan como “rentista” esta política y rechazan que el Estado derive recursos a las capas de la baja burguesía y al “gasto social”; si bien la mayoría de la burguesía vio con buenos ojos que las petroleras dejen una porción de la renta en el erario nacional y apoya la política de bajos salarios y no tocar las condiciones laborales que les garantiza el gobierno.

Esta situación alimenta las disputas burguesas, como la presión de las transnacionales y las camarillas ligadas a ellas para defender sus posiciones y ganancias que ejercen en la negociación con el Estado; y la puja entre las camarillas regionales por el reparto de la renta captada a través de impuestos y regalías, uno de los ejes de la discusión por las autonomías departamentales. A largo plazo, el programa económico del gobierno es demasiado mezquino y desarticulado para esperar un éxito que no tuvo el “capitalismo de Estado” pos 52 cuando concentraba un 70% de la producción y las exportaciones y contaba con condiciones generales e internacionales más favorables. La atrasada economía boliviana sigue estando completamente subordinada al mercado mundial, al rol de las transnacionales y a los mecanismos de la expropiación imperialista y depende casi completamente de la coyuntura de precios a nivel internacional para un puñado de materias primas, si bien los acuerdos de venta de gas son a largo plazo (lo que puede amortiguar oscilaciones bruscas).

Tensiones actuales

Bajo la superficie del crecimiento actual, bullen fuertes desequilibrios y desproporciones que junto con los elementos de la situación internacional señalados más arriba, minan las perspectivas de expansión:

La retracción de inversiones genera cuellos de botella y retrasos en la exportación de hidrocarburos, una crisis

energética (GLP para consumo domiciliario, industrial y del transporte, diesel, electricidad) y “desaprovecha” el boom minero. Además, el complejo agroindustrial cruceño está perdiendo dinamismo y el horizonte de las exportaciones manufactureras se complica por la apreciación del Boliviano frente al dólar y la indefinición sobre el futuro del APTDEA. Con esto se combina la lentitud del gobierno para implementar sus planes de inversión e inyectar recursos financieros a la economía –aspectos básicos en un programa “neodesarrollista”.

Entre tanto, sigue habiendo una gran desigualdad entre el dinamismo del sector exportador (que concentra las inversiones, la renta y las mayores ganancias) y el resto de la economía, de crecimiento mucho más lento (aunque hay fuerte repunte en algunas áreas, como construcción).

No hay una redistribución de ingresos a favor de los trabajadores y el campesinado que descomprima los antagonismos sociales y pueda ampliar substancialmente el mercado interno.

Surgen presiones inflacionarias, que si bien son todavía moderadas, muestran que la debilidad de la economía boliviana lleva muy fácilmente a un “recalentamiento” y afecta gravemente los ingresos de los asalariados y los pobres.

Esta situación contradictoria foguea la pugna por el reparto de la renta gasífera y el control del aparato y los recursos estatales entre las distintas fracciones de la clase dominante, como la burguesía cruceña (con sus aliados), la burguesía paceña y otras camarillas regionales; y al mismo tiempo, el comienzo de un proceso inflacionario puede ser un importante motor de descontento social, presiones y luchas redistributivas, particularmente, de luchas económicas de la clase trabajadora, pero también, de mayor polarización de clase, pues la burguesía y el gobierno tratarán de frenar este curso.

IV- Inestabilidad política y búsqueda de acuerdos

Este es el aspecto más dinámico de la situación nacional. El gobierno del MAS y el conjunto de la clase dominante buscan un “gran acuerdo nacional” para estabilizar la situación política, consen-

suar el “modelo económico” y reconstruir el régimen político-estatal. Se han ido tejiendo importantes bases de ese gran acuerdo y ahora “hay más régimen” para procesar las diferencias

y decisiones políticas de importancia estatal, lo que se expresa en los pactos parlamentarios puntuales entre el MAS y PODEMOS (Ley de convocatoria a la constituyente, votación de los con-

tratos petroleros, cambios en el poder judicial, ley que prolonga la Constituyente hasta fin de año, etc.), y también, en la aceptación de las autonomías departamentales.

Hay también consenso entre el gobierno y la mayor parte de la clase dominante en que sea la nueva Constitución la que recoja y sancione esos acuerdos. Sin embargo, no hay todavía un claro pacto social y político que asiente y formalice ese gran acuerdo nacional. Y además, está en discusión si es el gobierno el que dirigirá con sus propios métodos ese pacto, conservando mayor libertad de acción para implementar su plan, o será atado con el método de “concertar por arriba” y “votar por dos tercios”, que quieren imponerle la derecha parlamentaria y los comités cívicos. Por eso, constantemente se reabren disputas, choques, tensiones en un forcejeo permanente entre el gobierno y las distintas expresiones de la derecha parlamentaria y regional, con crisis recurrentes de distinta importancia, como la que se abrió con relación a la eliminación del debate en la Constituyente sobre la “capitalía plena” para Sucre.

Sigue abierta la “crisis orgánica”

Pero además, las tendencias recurrentes a la crisis política hunden sus raíces más profundas en la “crisis nacional general” que emergió con el agotamiento del “modelo neoliberal” y llevó en el 2003 a la apertura de la etapa revolucionaria. El hundimiento del régimen de la “democracia pactada” y sus partidos, bajo el impacto de grandes embates de masas abrió una profunda “crisis orgánica de la hegemonía burguesa”, es decir, una situación donde la clase dominante no puede ejercer de manera normal la autoridad estatal. Pese al “desvío” y la “contención” que garantiza el MAS con la canalización de las expectativas de las masas hacia el “proceso constituyente”, esa crisis estructural no se ha cerrado hasta ahora. Esto se manifiesta en varios niveles:

- a) **La burguesía no puede gobernar hoy en su propio nombre**, como se ve en la necesidad de confiar la gestión del Estado al gobierno frentepopulista de Evo Morales, pese a que no lo considera “su gobierno”;
- b) **La clase dominante está dividida**,

como muestran las pugnas regionales. El bloque más poderoso del capital –un “establishment” superior, conformado por un puñado de grandes empresas y bancos y camarillas ligadas a las “capitalizadas” negocia con el gobierno sin comprometerse directamente en las demandas regionales. La burguesía agroindustrial cruceña expresa con la bandera del autonomismo departamental la defensa de sus intereses locales (el rechazo a cualquier veleidad reformista del gobierno central, la propiedad de la tierra, el control de una cuota mayor de la renta gasífera y el poder estatal), junto a sus aliados menores de la “media luna”. La burguesía de La Paz, comercial, industrial y minera, defiende la estructura tradicional del Estado unitario, que simbolizó su predominio durante todo el SXX, condicionada políticamente por la combatividad de las masas del Altiplano, mantiene una virtual “alianza estratégica” con el gobierno. Otros núcleos regionales menores tratan de lograr ventajas, como es el caso de la élite chuquisaqueña que levanta la bandera de la “capitalidad plena”, postulándose como “el sur” capaz de terciar entre el Oriente y el Occidente.

- c) **Hay una “crisis de representación política” de la burguesía**, tras el derrumbe de los viejos partidos neoliberales, como muestran la débil constitución de PODEMOS y otras fuerzas menores, y la necesidad de recurrir al protagonismo de los Comités Cívicos para representar los intereses de sus fracciones regionales.

Populistas y conservadores discuten los términos del gran acuerdo

La crisis de conjunto del régimen político y social no puede durar indefinidamente. De hecho los avances en la recomposición del régimen tienden a superarla. Pero dos grandes polos forcejean por los términos en que se definirá ese gran acuerdo. El polo populista-progresista hegemonizado por el MAS defiende desde el poder y apoyándose en su amplia base social la necesidad de adecuar las regulaciones económicas

al programa neodesarrollista, fortalecer el rol del Estado y hacer las reformas políticas necesarias, incluyendo aquellas concesiones que permitan “incluir” al movimiento campesino e indígena, como precio para desmontar el ascenso de masas y cerrar la etapa revolucionaria. El “frente único” conservador trata de limitar al mínimo cualquier cambio y desconfía del MAS, sobre todo, de las masas que están detrás del mismo. Y aunque ha logrado importantes avances, poniéndole fuertes límites a los proyectos del gobierno, y está envalentonado por las enormes concesiones, no supera sus diferencias internas y debilidades estructurales.

- a) **La derecha política** no está unificada y aunque ha recuperado fuerzas y base social en la pequeñaburguesía está fraccionada según las líneas de las divisiones burguesas y no ha superado la crisis del viejo sistema de partidos neoliberales. PODEMOS está dividida en un ala “progresista” y un sector “duro” y varios de sus representantes obedecen a sus comités cívicos regionales y no a su partido. Tuto Quiroga es una figura débil, desgastada y sin un “sucesor” claro. Unidad Nacional y el MNR expresan una gran debilidad. Los intentos de relanzar una derecha neoliberal dura (Coordinadora por la democracia) tampoco han prosperado hasta ahora.
- b) **El autonomismo regional** es también un frente heterogéneo. Los Prefectos de oposición y los “Comités cívicos” son fuertes social y políticamente en el ámbito local pero sólo se unifican parcialmente en el planteo de la “media luna” y la oposición al Gobierno. La bandera de la autonomía y los planteos regionales le dan fuerza a los Comités cívicos como representación de las “fuerzas vivas” con hegemonía burguesa, pero estos son también sus puntos débiles a la hora de hacer política nacional y no reemplazan la necesidad de una representación política partidaria de la burguesía.

Buscando un pacto social y político

El hilo conductor de la constante tensión

es la tortuosa transición hacia un nuevo régimen, sobre el telón de fondo de esa “crisis orgánica” y ante relaciones de fuerza todavía favorables a las masas, que condicionan fuertemente los pasos del MAS y de la derecha y las negociaciones por un pacto social y político que de forma y cristalice los avances y acuerdos parciales ya obtenidos. El contenido de este “pacto social y político” es profundamente reaccionario. “Social” significa un acuerdo para

ponerle límites a las demandas de las clases explotadas, como el salario, la tierra y el territorio, etc., en los marcos aceptables para la burguesía. “Político”, significa acordar bases mínimas para la reorganización del régimen político estatal, para procesar ordenadamente las diferencias y buscar compromisos que permitan estabilizar políticamente el país, en lo que juega un importante papel la consagración en la constituyente de una nueva CPE.

Las pugnas, maniobras y forcejeos constantes muestran que es muy difícil llegar a ese “pacto” entre el gobierno y todas las expresiones burguesas, pues se trata de definir y consolidar una nueva organización estatal y un nuevo régimen político que permitan reafirmar la autoridad del Estado, reconstruir la solidez de las instituciones, un régimen de partidos y mecanismos políticos confiables.

V- Rumbo “centroizquierdista” del gobierno

Desde febrero, con el cambio de gabinete, el gobierno de Evo Morales dio un salto en su “moderación”, al servicio de tejer ese gran acuerdo nacional. El MAS se mueve hacia la “centroizquierda”, haciendo crecientes concesiones políticas a las fuerzas conservadoras y al empresariado, aunque trata de “mantener las manos libres” en la aplicación de sus planes, esto es, de no atarse formalmente a las exigencias de la oposición. De hecho, se resigna a buscar un punto de equilibrio que permita lograr compromisos y asentarse como un gobierno “aceptable” para la clase dominante en su conjunto. Aunque este curso no liquida el carácter frentepopulista del gobierno y su relación con las masas, en particular con el movimiento campesino e indígena, erosiona esos rasgos, reduce el tono de los gestos y discursos populistas y rebaja aún más las medidas de su programa. Si se han disipado las ilusiones de los que esperaban que avanzara hacia un “nacionalismo revolucionario” (es decir, a mayores fricciones con el capital extranjero) las que marcan el paso son las fortalecidas tendencias “centroizquierdizantes” teñidas de indigenismo “light”. Este movimiento se expresa en la marcha de los planes gubernamentales, que también se “moderan”, tanteando pragmáticamente un equilibrio para los compromisos en la economía (donde renuncia a sus primeros aprestos seminacionalistas), en las reformas del Estado (aceptando las autonomías departamentales y limitando sus propuestas en la Constituyente a lo “aceptable” por la burguesía), y en la conducción política (estableciendo negociaciones y pactos con la derecha mientras que la retórica de la “revolución democrático-cultural,

descolonizadora” es cada vez más intrascendente).

La dinámica del MAS

Este curso es firmemente dirigido por Evo y su corriente, que consolidan su rol de árbitros en el MAS y el control del núcleo de los poderes del Estado, aunque han dado mayores espacios en la “conducción práctica” de los asuntos de gobierno a sus aliados clasemedios y de centroizquierda (como García Linares, De la Quintana, el MSM de del Granado, las ONGs), lo que expresa el afianzamiento del peso de la “sombra de la burguesía” en la cúpula gubernamental y mayores lazos con sectores empresariales, mientras pierden influencia los sectores indigenistas y la burocracia de los “movimientos sociales”. En efecto, el gobierno busca aflojar cada vez más los lazos de la molesta dependencia de las organizaciones de masas y fue disciplinando claramente a sus alas izquierdas, indigenistas y nacionalistas, no sin roces, como los que debió controlar Evo en la bancada masista de Sucre tras el acuerdo del 4 de agosto en el Parlamento.

Al mismo tiempo, se apoya más abiertamente en los órganos del Estado, haciendo pesar a su favor el tradicional presidencialismo del régimen político boliviano, negociando en el Congreso con la derecha política y buscando estrechar lazos con las FF.AA., que si bien no son “masistas”, son centralistas y no ven mal cierto grado de nacionalismo y, sobre todo, que el MAS les garantice mayores recursos y equipamiento, prebendas e impunidad a la casta de oficiales comprometida en febrero y Octubre. El MAS, en tanto aparato político, actúa

en realidad como “equipo parlamentario” y más débilmente como “maquinaria de alcaldes”, aunque en su relación con las masas la “correa de transmisión” decisiva son las direcciones de los “movimientos sociales” que le son afines o controla directamente. Esta es la pata más frentepopulista, cuyo rol es hoy esencial para la marcha de la estabilización política y la contención de las masas, aunque disfuncional a las necesidades de un orden burgués “normal”, por lo que va perdiendo terreno.

Contradicciones del frente popular

Por todo ello, el curso actual, aunque firmemente adoptado, no se da sin contradicciones y ambigüedades. El MAS busca mostrarse como un gobierno “responsable”, para ganar la confianza de la burguesía, que no lo considera como “un gobierno propio”, por lo que busca diluir su dependencia de las masas, pero al mismo tiempo, necesita retener su dirección y cultivar sus ilusiones, por lo que debe mantener un cierto discurso, hacer algunas concesiones a su base social y maniobrar constantemente para mantener la contención en los marcos de la conciliación de clases y la “paz social”.

Siendo un gobierno burgués por su contenido, como todo gobierno frentepopulista es oscilante, pragmático, inconsistente. Pero su tendencia es a un “populismo centroizquierdista” bien integrado al régimen, tendencia motorizada por el creciente peso en su base social de la “nueva élite” plebeya que representan sus cuadros, rápidamente insertos en las planillas del Estado, con estrechos lazos con ONGs, sectores de la tecnocracia neoliberal que sigue en

que sigue en funciones en la administración estatal, y empresarios pequeños y grandes. En perspectiva, este rumbo lleva a una crisis con su base popular sin garantizarle el respeto burgués. En efecto,

cuanto más cumpla sus buenos oficios el MAS, menos necesario resultará para la burguesía, más buscará ésta desgastarlo y desacreditarlo y preparar un recambio “de los suyos”. Aunque no hay en este momento signo de claras

diferenciaciones internas o de rupturas, estas contradicciones pueden provocar crisis internas y oscilaciones nacionalistas limitadas o gestos hacia las masas, en el cuadro de las cambiantes coyunturas políticas.

VI- La crisis de la Constituyente y la negociación del pacto

En el escenario político, todas las contradicciones convergen sobre la Constituyente, que es el escenario que debiera consagrar el pacto social y político mediante una nueva constitución, pero que es disfuncional a la negociación “por arriba” planteada entre el gobierno y la derecha.

La Constituyente, una pieza maestra del proyecto político del MAS, es percibida como una conquista por amplios sectores de masas que albergan ilusiones en la prometida “refundación del país”, y fue aceptada con mayor o menor resignación por la mayor parte de la clase dominante como un mecanismo inevitable para definir y legitimar la reforma estatal y del régimen. La derecha tuvo gran éxito en su estrategia de presión permanente, que no apuntaba tanto a “hacer fracasar la asamblea” como dicen los masistas, sino a chantajear para desgastarla, obligarla a adaptarse a sus exigencias y ponerle estrechos límites al objetivo del MAS de una nueva CPE reformista, con una retórica indigenista más ampulosa. El MAS cedió el reconocimiento a las autonomías departamentales, liquidó la ilusión de un “poder social” y de “autonomías indígenas”, entregó a la derecha nuevas garantías como una aceptación aún más amplia de los 2/3 de los votos como requisito para aprobar los artículos de la nueva CPE, con los referendums para aquellos donde no hubiera acuerdo. La “izquierda” masista se tragó enormes sapos en todo el proceso, pateando de vez en cuando y provocándoles algunos disgustos a Evo y García Linera, pero

sometiéndose siempre a la “línea general” pactista.

Habiendo agotado su plazo de un año, y pese a las enormes concesiones hechas por el MAS a la derecha política y a los cívicos, y al abandono de la mayor parte de las propuestas de los sectores indigenistas, la Constituyente pretendidamente soberana y “originaria” aparece cada vez más diluida. De hecho, hizo falta un nuevo acuerdo parlamentario entre el MAS y PODEMOS para viabilizar su prolongación hasta el 14 de diciembre, con el objetivo de “postergar para pactar”, buscando superar la crisis crónica que rige la marcha de la Asamblea. Esto significó un salto en la subordinación de la Constituyente a la negociación política tendida por sobre su cabeza entre el gobierno, los jefes de las fuerzas de oposición, los prefectos y los comités cívicos y los “factores de poder”, como forma de acercar posiciones en los temas donde subsisten importantes diferencias, como las regulaciones económicas, la reorganización del Estado, las atribuciones de los gobiernos departamentales autónomos, la aceptación o no de ciertas concesiones formales a los pueblos originarios y las masas, etc.

Estas y otras divergencias de importancia se decidirán en realidad por sobre la cabeza de los asambleístas.

Y aún así, las perspectivas de la Constituyente son inciertas. De hecho, ha entrado en un nuevo “coma” por la eliminación del tema de la capitalía plena, donde el MAS impuso su mayoría, detonando una nueva prueba de

fuerzas con la oposición que cuestiona el método, exigiendo respeto al “consenso” y a los dos tercios. Es posible que la negociación permita reinstalar la Asamblea en algunas semanas. Por lo pronto, quedan aún dos fases fundamentales por transitar: la primera, la gestión de los acuerdos en la Constituyente, que permitan definir las autonomías departamentales, regulaciones económicas y fiscales, poderes y organización del Estado central (como si el Legislativo tendrá una o dos cámaras) y determinadas concesiones formales al movimiento campesino y los pueblos originarios, en un compromiso aceptable para las fuerzas de la derecha como para el gobierno, tarea colosal que consumirá los próximos meses. Luego, el proceso de consagración de la nueva CPE en los referendums, la negociación de nuevas elecciones generales (tema que será otro frente de batalla entre gobierno y oposición), y la adecuación de las instituciones y la legislación a la misma.

Pero aunque avanza el diseño del consenso y la búsqueda de pactos bajo este difícil “proceso constituyente”, dirigido por el MAS pero fuertemente condicionado por la derecha conservadora de un lado, y por la presión latente del movimiento de masas, de otro, el conjunto de la situación plantea la posibilidad de nuevos “cortocircuitos” y crisis políticas que permitan nuevas irrupciones del movimiento de masas.

VII- El rol de las mediaciones y la burocracia sindical

EL ESLABÓN fundamental en la cadena de contención ejercida desde el gobierno por Evo Morales y la cúpula del MAS, son las direcciones burocráticas y reformistas de las organizaciones de masas. Son éstas las que impiden que la impaciencia y el descontento entre importantes sectores de masas se

expresen en acciones, que las movilizaciones tiendan a unificarse, y que apunten a rebasar la política gubernamental y la “concertación” en la Constituyente.

La burocracia de los movimientos sociales, integrada al IPSP-MAS o aliada al mismo, así como la vieja izquierda

reformista (PCB, maoístas, etc.), cooptadas en el aparato estatal y en funciones de gobierno, actúan abiertamente como la “pata izquierda” de los intentos de recomposición del régimen burgués y “correa de transmisión” de la estrategia gubernamental de desmovilización. El PCB y otros grupos

nores no logran desplegar un proyecto político propio (más típicamente frentepopulista) comprometidos en su defensa del gobierno.

Al mismo tiempo, el populismo radical está desdibujado, absorbido por el MAS y sin proyecto político, crisis que se expresa en el fracaso, hasta ahora, de los intentos de Felipe Quispe de lanzar el MPL (Movimiento Pachacutic de Liberación) y en la descomposición del populismo alteño.

Por su parte, la dirección de la COB y el “partido sindical”, con sus distintas

alas juega un rol más indirecto, haciendo ocasionalmente gestos críticos, pero manteniéndose en el marco del “apoyo crítico” y las buenas relaciones con el Gobierno. Hoy desplazado a un segundo plano, el “partido sindical” se prepara a ser una “segunda barrera de contención” en caso de mayor ascenso en las luchas o deterioro de la influencia masista, adhiriendo a algún nuevo proyecto de colaboración de clases.

Sin embargo, no hay que descartar que las contradicciones políticas entre gobierno y oposición, las brechas que pue-

den abrirse en las alturas y las necesidades de los propios aparatos reformistas y burocráticos, los lleven a dejar correr o alentar las movilizaciones de masas (como ocurrió en enero en Cochabamba), o ponerse al frente de determinados procesos de lucha, lo que redobla la importancia de tácticas adecuadas, incluyendo en momentos concretos formulaciones tácticas de exigencia/denuncia y de intervenir siempre planteando una política de autoorganización y democracia directa para combatir el control burocrático.

VIII- Entre la contención de masas, nuevas tensiones y la recomposición obrera

LA ESTRATEGIA de conciliación de clases aplicada desde el MAS y las direcciones afines, ha llevado a un “impasse” al movimiento de masas –los “movimientos sociales” de carácter esencialmente popular, campesino e indígena-sobre cuyos hombros accedió al poder Evo Morales-. El MAS ha desviado el auge de masas al terreno de las ilusiones en las reformas por vía democrática en el proceso constituyente (con algunas concesiones de tipo democrático formal que no alteran el cuadro de explotación, opresión y penuria cotidiana de las clases subalternas), cooptando a sus capas dirigentes y combinando eventualmente las concesiones, la negociación y la represión hacia los sectores que se movilizaban más allá de sus conveniencias.

Sin embargo, las relaciones de fuerzas entre las clases establecidas en la etapa revolucionaria no se han revertido, aunque evolucionaron en sentido desfavorable, pues dos años de desvío y contención del movimiento de masas no han dejado de tener efecto.

A pesar de ello, se mantiene la enorme polarización social y politización popular, hay una crónica “conflictividad social” que recorre a casi todas las capas sociales oprimidas y explotadas con periódicas oleadas de luchas pequeñas y grandes, y sigue desarrollándose un profundo proceso de recomposición del movimiento obrero, mientras que avanza el proceso de experiencia política con el gobierno y sus promesas entre capas avanzadas. En este cuadro general:

- a) **La pequeñaburguesía ha girado a posiciones conservadoras.** Especialmente a través de sus capas urbanas, juega un papel político-social muy importante como base de la democracia burguesa. De conjunto, ha girado a la derecha, sirviendo de base social a las campañas de la reacción tanto como al giro centrozquierdista del MAS. Sin embargo, como clase, está muy fragmentada: Las pequeñoburguesías regionales (urbanas y rurales) son base activa del autonomismo cruceño, tarijeño, etc. y algunas fracciones menores alimentan a las tendencias fascizantes, como la Juventud Cruceña. La clase media de origen plebeyo e indígena, de tipo “tradicional” (talleristas, comerciantes, pequeños empresarios, etc.) se divide entre el apoyo al MAS y las fuerzas de oposición. La pequeñaburguesía “moderna” que recibió migajas del festín neoliberal durante los 90, es base de las tendencias más proimperialistas. Los sectores empobrecidos de las clases medias oscilan entre la expectativa en las promesas del gobierno y el rechazo a sus gestos populistas. Pero en general en las clases medias prima el espíritu conservador, contra los bloqueos y las movilizaciones, irritándose ante los gestos indigenistas del gobierno, pero en los marcos de las “instituciones y la democracia”.
- b) **El movimiento campesino e indígena está afectado por el impasse y una crisis latente.** El MAS y la

dirigencia burocrática y populista de los “movimientos sociales” que le son afines, ha contribuido a una “desmovilización expectante” del movimiento campesino y originario, aunque sus reivindicaciones agrarias y nacionales, sintetizadas en las consignas de tierra y territorio, siguen siendo una “bomba de tiempo”. En el caso del movimiento cocalero, base social histórica del MAS, éste ha hecho importantes concesiones en el terreno de la política cocalera, sin poder impedir que se movilicen sectores no contemplados en esas concesiones, como ocurrió en distintas oportunidades en Yungas y Yungas de Vandíola. El poderoso movimiento indígena y campesino aymara está mal contenido entre las promesas y concesiones y la administración de los municipios del altiplano paceño. El Movimiento Sin Tierra fue desmovilizado, dividido y mantenido a raya para conciliar con los terratenientes orientales. La política de concesiones y garantías a la burguesía y los terratenientes orientales ha dejado aisladas las luchas de distintos pueblos originarios de las Tierras Bajas, como las del pueblo guaraní que ha protagonizado numerosas movilizaciones y bloqueos en el Chaco.

- c) **Algo similar ocurre con los sectores populares urbanos,** así, a través de las direcciones masistas de la FEJUVE y la COR se mantiene encuadrado y contenido al combativo movimiento de masas de El Alto,

en particular a sus sectores vecinales-plebeyos.

- d) **Hay una profunda crisis y un posible despertar del movimiento estudiantil.** El movimiento estudiantil viene de años de reflujo. Los recambios reformistas en las autoridades de la Universidad no cambiaron el panorama, más bien, mantuvieron la pasividad, el escepticismo y la despolitización, lo cual también refleja la ubicación conservadora de las clases medias. En los últimos meses parece haber un despertar a partir de diversos fenómenos de crisis en las universidades, como muestran los procesos de movilización contra el proyecto de ley del MAS (donde sectores de vanguardia actuaron independientemente de las autoridades y las camarillas) pero también, las masivas movilizaciones de los estudiantes normalistas contra la Ley Avelino Siñani. Sin embargo, también se ha fortalecido la derecha universitaria como en Santa Cruz, Sucre y Tarija.

La recomposición de la clase obrera

En este marco, el proceso más dinámico y de importancia estratégica es el avance de la recomposición obrera en Bolivia, proceso que es parte del proceso del proletariado andino y latinoamericano en general y viene avanzando por vía de la reorganización sindical, motorizado por las demandas mínimas y más

sentidas (defensa de la fuente de trabajo, condiciones laborales, salario, contra el despotismo de los empresarios, etc.). Aunque existen ilusiones legalistas y reformistas, éstas se desgastan más rápidamente, pues el MAS no tuvo la misma inserción entre los asalariados que en otras capas populares y los sectores avanzados van haciendo una experiencia con el gobierno, sus promesas, sus funcionarios, etc.

Se han producido sucesivas oleadas de lucha, con numerosos conflictos puntuales o sectoriales, como en abril-mayo (salud, magisterio, Huanuni, Vinto Residual, Vita, Aseo Urbano de El Alto, etc.), por reivindicaciones parciales de tipo económico y laboral, aunque esta ola fue contenida por la burocracia sindical y la negociación con el gobierno. El magisterio y los trabajadores de salud son dos importantes sectores que mantienen su combatividad tradicional. El proceso de reorganización muestra también fenómenos avanzados como Huanuni (que buscan profundizar y extender la nacionalización minera y el “control obrero social” chocando abiertamente con las políticas mineras y la represión del MAS) y un despertar de nuevos sectores obreros, si bien minoritarios todavía, como en El Alto (como SABS y DBU), que comienzan a tomar métodos de lucha y de democracia obrera y consignas avanzadas como el control obrero. Estos últimos muestran el incipiente desarrollo de un nuevo sindicalismo obrero y combativo en El

Alto, y la posibilidad de que surja un polo clasista.

Podemos plantear la hipótesis de si se está entrando en una nueva fase de luchas por reivindicaciones salariales y laborales (alentadas por la desproporción entre la prosperidad industrial y económica y la erosión de los ya bajísimos salarios vía la incipiente inflación), combinadas con fenómenos más avanzados programática y políticamente, como el ya señalado de los mineros de Huanuni y otros nuevos como el que se gesta en DBU-Swissport donde se discute la pelea por la defensa de la fuente de trabajo y la renacionalización bajo administración obrera.

La “escuela de las huelgas”, el proceso de reorganización sindical, las experiencias de los sectores de vanguardia, contribuyen a que la clase recupere confianza en sus fuerzas y métodos de lucha. Apunta a incorporar el movimiento obrero como un sujeto social y políticamente diferenciado en el seno del movimiento de masas, en el camino de unir sus filas, avanzar en su preparación subjetiva para las tareas de la etapa y poder jugar un papel central en los futuros combates de la lucha de clases. Que el movimiento obrero recupere centralidad estratégica es un problema vital para darle una nueva perspectiva y un nuevo programa al poderoso movimiento de masas, entrampado hoy por el MAS y sus aliados.

IX- Subordinación al gobierno o movilización independiente

LA SITUACIÓN POLÍTICA plantea una grave disyuntiva al movimiento de masas. La política de sostener al gobierno del MAS por ser un “gobierno popular” que “enfrenta el acoso de la reacción” planteada desde las filas masistas, por sus aliados como el PCB (Partido Comunista de Bolivia) y los dirigentes conciliadores de la COB (que a veces puede incluir medidas de presión sobre el gobierno como “válvula de escape” del descontento y las demandas populares), es funcional a las necesidades de un pacto social y político como el que buscan, compromiso reaccionario que sólo podrá alcanzarse a expensas de las expectativas, demandas e intereses

de las clases populares y sólo puede llevar a la frustración y al desastre. A cada concesión del gobierno, la reacción contesta con mayores pretensiones. Es la estrategia de colaboración de clases con la burguesía lo que fortalece y envalentona a la derecha. Cada paso del Gobierno a favor de la clase dominante crea confusión y desencanto entre las masas, y como ocurre con la inflación, le permite hacer demagogia a la derecha parlamentaria y a los “cívicos”.

La única alternativa es la movilización independiente de las masas para imponer sus reivindicaciones, quebrar la trampa de la “unidad nacional”, derrotar a la

reacción y reabrir el camino de Octubre. Es necesario prepararse política y organizativamente en la perspectiva de la movilización generalizada de los trabajadores y el pueblo para que nuevas crisis políticas o “brechas en las alturas” no se resuelvan a favor de la burguesía. En este sentido, es preciso intervenir desde una estrategia obrera independiente para unificar la movilización y darle una perspectiva propia, con un programa de acción que partiendo de las reivindicaciones más sentidas de los trabajadores y el pueblo, apunte a la autoorganización de masas para derrotar a las fuerzas empresariales y proimperialistas en pos de una solución obrera y campesina a

los problemas nacionales.

En este marco, son ejes centrales:

- a) La lucha contra la carestía de la vida, por el salario y el conjunto de las demandas obreras, por la nacionalización sin pago y bajo control de los trabajadores de los hidrocarburos, las “capitalizadas” y la gran minería; por la tierra y el territorio y el derecho a la autodeterminación de los pueblos originarios; por la salud, la educación y la vivienda y el conjunto de las reivindicaciones populares, que no pueden quedar subordinadas a los pactos con los empresarios, terratenientes y transnacionales del MAS.
- b) Las masas trabajadoras, los campesinos y pueblos originarios no pueden esperar ninguna respuesta real a sus expectativas y demandas de la Constituyente. Respetamos sus legítimas aspiraciones democráticas, pero les decimos que el camino para garantizarlas no es subordinarse como un “factor de presión” a las negociaciones entre el MAS y la derecha, sino recurrir a la movilización general e independiente por sus propias demandas y objetivos.
- c) Para derrotar a la reacción es preciso quebrar su poder económico y polí-

tico, mediante la reforma agraria radical y la expropiación de las grandes empresas y los bancos. Al accionar de sus grupos de choque y frente a cualquier apresto represivo, sólo se puede contestar con la autodefensa de masas, en el camino de construir milicias obreras y campesinas.

- d) Es necesario coordinar la movilización y desarrollar la autoorganización de masas, comenzando a sembrar así el terreno para el surgimiento de formas de frente único que puedan centralizar la lucha, en el camino de una Asamblea Popular.
- e) Es necesario defender y recuperar la plena independencia política de la COB y las organizaciones sindicales y de masas frente al gobierno del MAS tanto como frente a derecha y los empresarios, para que los trabajadores y el pueblo tengan las manos libres para pelear por sus demandas y ajustar cuentas con la reacción.
- f) Un problema central es la necesidad de la organización política de los trabajadores, independiente del gobierno del MAS, del Estado, los empresarios y sus partidos. Hoy la burocracia cobista a enterrado la

iniciativa del IPT, pero sigue siendo un problema fundamental el construir un partido, movimiento o instrumento de los trabajadores basado en los sindicatos y con democracia obrera, en el que los revolucionarios podrían pelear por un programa a la altura de los combates planteados.

- g) Esta tarea ayudará a que la clase trabajadora, unificando sus propias filas y haciendo pesar su fuerza social en la escena política nacional, presenten un programa para forjar y dirigir la alianza con los campesinos, los pueblos originarios y las capas medias empobrecidas de la ciudad.
- h) Es necesaria la lucha por un gobierno obrero y campesino, basado en las organizaciones de masas y defendido con el armamento de los trabajadores, como el único que puede garantizar respuesta a las reivindicaciones de las masas y aplicar un programa basado en la revolución agraria, la expulsión de las transnacionales y la nacionalización bajo control obrero de fábricas, minas y bancos, única salida de fondo para la resolución de los grandes problemas nacionales.

X-Preparar el terreno para la organización de los obreros de vanguardia

UNA NUEVA CAPA de trabajadores avanzados y jóvenes de vanguardia hace hoy sus primeras experiencias en las luchas obreras, populares y estudiantiles y con el gobierno de Evo Morales. En el próximo período crecerá la necesidad de su reagrupamiento, sacando lecciones del proceso de movilizaciones de los últimos años, de sus combates cotidianos y de la experiencia con las reformas democráticas y la subordinación a la burguesía que el MAS propone. Para ello, una cuestión central es empezar a levantar un programa acorde con las demandas obreras y populares y los problemas y desafíos que la actual etapa histórica pone ante la vanguardia obrera. En este camino, es necesario recuperar las mejores tradiciones (como la Tesis de Pulacayo) y dar respuesta a las nuevas tareas, como es la lucha por la nacionalización sin pago y bajo control obrero colectivo de las “capitalizadas”. En esta se lucha se habrán de forjar las

capas avanzadas de la clase obrera. Sin embargo, distintas corrientes actúan en el seno de las masas y tratan de modelar al movimiento obrero en la colaboración de clases con la burguesía, como el populismo nacionalista del MAS, el “partido sindical” de la burocracia de la COB y los restos del reformismo clásico (PCB, maoístas y otros aliados del MAS). Por eso, es necesaria también una dura lucha política y programática por la independencia de clase y contra estas agencias de colaboración con la burguesía. Llamamos a la vanguardia obrera a dar los pasos necesarios para poner en pie un nuevo programa de clase y alentar el desarrollo de un clasicismo consecuente –anticapitalista, independiente del Estado, antiburocrático-

Por un nuevo partido

Una parte esencial de estas tareas es sentar las bases para un nuevo partido

de los trabajadores, revolucionario y socialista. El problema de construir un partido revolucionario de la clase obrera no se soluciona por auto proclamación, como cree el POR (que atado a su concepción sectario-opportunista, sindicalista y propagandista, carece de una verdadera estrategia para la recomposición revolucionaria del movimiento obrero), sino que sólo puede resolverse impulsando frentes únicos y agrupamientos progresivos de la vanguardia obrera al calor de la lucha de clases y ayudando a moldear en franjas de los trabajadores una subjetividad en sentido revolucionario. Para preparar el terreno, debe fortalecerse un polo teórico, político y organizativo enraizado entre los trabajadores avanzados y en la juventud radicalizada. La LOR-CI se empeña en este combate buscando consolidar una liga obrera marxista, de propaganda y acción, firmemente basada en las ideas y los métodos del bolchevismo y la IV internacional.



Del derrumbe neoliberal y la insurrección, al frente popular en el poder

La cuestión de la Asamblea Constituyente

Un debate programático con el POR y otros grupos

13

POR JAVO FERREIRA

EN AGOSTO DE 1999, un pequeño grupo de trotskistas dábamos origen a la Liga Obrera Revolucionaria por la Cuarta Internacional (LOR-CI), como parte de una corriente internacional, la Fracción Trotskista por la Cuarta Internacional (CT-CI). El estudio y reflexión sobre los grandes problemas programáticos y estratégicos que durante 50 años habían conmovido hasta los cimientos de la sociedad boliviana que quedaron plasmados en el documento fundacional de nuestra organización: Lecciones Programáticas de 50 años de Revolución y Contrarrevolución.

Algunos meses después de haber aprobado ese documento, las masas bolivianas protagonizaron la Guerra del Agua, un magnífico levantamiento semi insurreccional con epicentro en la ciudad de Cochabamba, iniciando una lenta pero sistemática demolición del régimen político de la "Democracia pactada", que continuó con grandes crisis nacionales y embates de masas como los bloqueos aymaras de septiembre del mismo año, la crisis de febrero del 2003 para continuar el mismo año con el gran levantamiento de Octubre, que tuvo su vanguardia en

la insurrección alteña, derribando al gobierno de Sánchez de Losada y, finalmente, la crisis de las Jornadas de Junio del 2005, donde cayeron el presidente Carlos Mesa, el presidente del senado y el de la cámara de diputados en un solo día. Ante lo cual la clase dominante, con la colaboración del MAS, adoptó una línea de salvataje del régimen mediante el interinato de Rodríguez Veltzé, para adelantar elecciones generales y aceptar que Evo Morales llegara al gobierno, puesto que el MAS aparecía como la única carta capaz de contener al movimiento de masas.

El intenso proceso de lucha de clases y los grandes problemas políticos que caracterizaron estos seis años, han puesto a prueba todo lo escrito, todos los programas y previsiones de la izquierda. Es necesario sacar las lecciones necesarias y hacer un balance. En este artículo desarrollaremos una polémica alrededor de la cuestión de la Asamblea Constituyente, con algunos sectores de la izquierda que tuvieron cierto rol en estos años, para contrastar las distintas políticas desarrolladas. Una de las características del auge de masas iniciado el 2.000 fue su carácter marcadamente campesino, indígena y popular y el peso que ganaron las reivindicaciones de tipo agrario, democrático y nacional, así como las de los pueblos originarios. La quiebra del viejo régimen y la intolerable situación de las masas tras dos décadas de neoliberalismo y penetración imperialista, hacía sentir la necesidad de cambios de fondo en la organización nacional y reforzaba las legítimas aspiraciones democráticas de las masas. Es en este clima que el planteo de Asamblea Constituyente comenzó a ganar fuerza al principio de este período, en algunas movilizaciones campesinas e indígenas y pronto fue extendiéndose hasta ganar gran amplitud. Esto generó distintas tomas de posiciones y debates en las organizaciones de masas y entre la izquierda.

Para empezar, el MAS y otros sectores, la asumieron como propia dándole un sesgo democrático formal: una futura Asamblea Constituyente sería el escenario para “refundar el país” por vía puramente democrática.

Algunas voces planteaban una Asamblea Constituyente originaria, con representación directa de los “movimientos sociales” y los pueblos originarios, en una formulación confusa pero que de alguna manera reflejaba el sentimiento de participar directamente en la resolución de los grandes problemas y la desconfianza hacia las instituciones de la “democracia pactada” entre sectores movilizad. Sin embargo las corrientes del indianismo y del populismo radical no levantaron una política alternativa al populismo reformista del MAS, tampoco en este terreno y poco a poco fueron alineándose detrás de éste, también en el terreno de cómo plantear una Constituyente en los marcos del régimen.

Otros sectores dieron la espalda a este problema o bien, simplemente se negaron a levantar ningún planteo de tipo democrático radical, que, tomando las aspiraciones populares, les diera el norte de la movilización y las enfrentara a los distintos programas de recambio burgués y a las propuestas reformistas, como la del MAS, para alentar así el proceso de lucha, y al mismo tiempo, acelerar la experiencia política de las masas. Es así como considera las consignas democráticas y en particular la de Asamblea Constituyente, la mejor tradición del marxismo revolucionario. En efecto, no se trata de darles un carácter independiente y absoluto, como si fueran progresivas de por sí y en cualquier circunstancia, ni las negaban “por principio”. En la Revolución Rusa, la Revolución China, la Española y en otros grandes procesos revolucionarios, donde estuvo planteado el problema, los revolucionarios no “negaron” simplemente los planteamientos democráticos, pues estos correspondían a cuestiones democráticas reales no resueltas y a las motivaciones de la movilización de masas, pero trataron siempre de articular la consigna de Constituyente, subordinándola a la estrategia y el programa de la movilización revolucionaria, la autoorganización y la lucha por el poder obrero y campesino, teniendo en cuenta cuidadosamente las condiciones concretas.

Inspirándonos en este método y en las enseñanzas dejadas por Trotsky, desde

la LOR-CI sostuvimos ante la situación nacional que se vivía después del 2.000 y hasta las Jornadas de Junio del 2005, la consigna de luchar por una Asamblea Constituyente Revolucionaria, es decir, de pelear por una Constituyente auténticamente libre y soberana, impuesta con la movilización sobre las ruinas del régimen y sus instituciones y no, negociada con los personeros de la burguesía y en el marco del reaccionario andamiaje político y estatal de la “democracia pactada”. Ligábamos expresamente este planteo a la necesidad de la movilización general y la autoorganización de masas contra los gobiernos “neoliberales de turno”. El proceso político pasaba por lo que podemos llamar “el prisma del parlamentarismo”, y ante esto, era vital sostener demandas que conectara las legítimas aspiraciones democráticas del movimiento de masas con la necesidad de demoler la vieja institucionalidad, para favorecer el desarrollo de organismos de frente único de masas para la movilización (de características soviéticas) y que pudiera acercar a las clases oprimidas y explotadas a la convicción de la necesidad de tomar en sus manos el poder del Estado.

Sin embargo, la importancia de una política que utilice las demandas democráticas al servicio de la movilización independiente, ha sido completamente ignorada por las corrientes y organizaciones que se reclaman de la “extrema” izquierda y por las organizaciones sindicales como la COB, facilitando el uso reformista que le dio el MAS, al servicio de la contención y la desmovilización en los marcos del régimen. Así, la conducción de la COB (Solares) y otras fracciones del sindicalismo, el POR-Masas y otros grupos y corrientes, se contentaban con tachar cualquier planteo que respondiera a las ilusiones y expectativas democráticas populares como reformista y hablar en abstracto de revolución, socialismo y hasta “dictadura del proletariado”, dejando en la práctica, que las respuesta las diera el MAS y negándose a combatir con una política concreta la trampa que comenzaban a montar el conjunto de la clase dominante con la insustituible colaboración del partido de Evo Morales.

“Ingeniería de mediaciones” y elecciones para desviar el ascenso de masas

En efecto, ya en el otoño de 2004 (bajo el gobierno de Carlos Mesa) decíamos que la burguesía ante la profunda crisis del régimen de democracia pactada ponía en marcha una nueva “ingeniería de mediaciones” para descomprimir la caldeada situación política luego del levantamiento de octubre e intentar recomponer o rediseñar un nuevo sistema de dominación acorde a los nuevos tiempos que corrían no solo en Bolivia sino en el conjunto del continente. El ascenso del MAS al gobierno, luego de las jornadas de mayo y junio del 2005, era visto no solo por la población en general sino por cualquier politólogo serio, como inevitable. De lo que se trataba desde el punto de vista de la clase dominante, era por un lado condicionar lo más posible las veleidades reformistas y “democráticas” del próximo gobierno y por otro ganar tiempo para la reconstrucción paulatina del sistema político de dominación burguesa. El “desvío electoral” de diciembre de 2005, la aceptación del acceso del MAS al Palacio Quemado y el comienzo de la negociación para una Asamblea Constituyente condicionada y enmarcada en el régimen, fueron los pilares de este curso para lograr el desvío y desmontar el proceso revolucionario.

Rápidamente el gobierno del MAS, el “frente popular en el poder”, implementando su estrategia de colaboración de clases con la burguesía y subordinación a la misma del movimiento de masas, empezó a moderar los discursos y gestos, buscando asentarse como una opción política viable y garante de los intereses generales de la clase dominante en el marco de tibias reformas de tipo democrático formal. Además del apoyo directo de las direcciones controladas por sus militantes, el MAS tuvo la colaboración en esta política de organizaciones reformistas y grupos menores como el PCB, los maoístas del PCML, guevaristas y ex guerrilleros.

En la campaña electoral del 2005 y desde la subida al gobierno de Evo

Morales, la propuesta de Constituyente se convirtió en una pieza maestra de su programa y en la clave de sus promesas hacia los “movimientos sociales”, propuesta como el escenario que permitiría satisfacer sus demandas y transformar el país, garantizando la “inclusión” de los pueblos indígenas, la tierra y el territorio, etc. Y al mismo tiempo, fue el mecanismo para negociar y buscar un pacto con el conjunto de la clase dominante, que permitiera recomponer el régimen político y crear las condiciones para cerrar la etapa revolucionaria abierta en Octubre. A lo largo de más de 18 meses de gobierno, el “proceso constituyente”, que nació con un pacto reaccionario alrededor de la Ley de Convocatoria y el referéndum autonómico, anduvo de crisis en crisis, y hoy la propia Asamblea está en un nuevo impasse, producto de las dificultades para ir asentando los acuerdos entre gobierno y opositores. Sin embargo, ha cumplido el rol de ayudar a desmovilizar, mediatizar las expectativas de las masas, y canalizar el descontento y el ánimo de lucha hacia la espera de una nueva Constitución, efectos que han sido más profundos precisamente en el campo, entre los movimientos sociales que más esperanzas depositaron en la bandera de la Constituyente.

Una Asamblea atada a pactos y condicionada, al servicio de reconstrucción del régimen

En este sentido, la Asamblea Constituyente inaugurada el 6 de agosto del 2006, se ha convertido en uno de los principales canales de lucha política nacional y en uno de los pilares con que cuenta la burguesía para construir y desarrollar nuevos mecanismos de dominación que le permitan hacer frente al recurrente carácter levantisco de los trabajadores y el pueblo boliviano. El 6 de marzo del 2006 y luego de una dificultosa negociación en el parlamento es promulgada la Ley de Convocatoria a la Asamblea Constituyente, gracias un pacto entre el MAS y la derecha parlamentaria que introduce varios “candados” y garantías a la reacción, contra la libre participación y voluntad popular, es decir, a los derechos demo-

cráticos más elementales.

En los hechos impedía la presentación de nuevas agrupaciones ciudadanas o partidos políticos, evitando de esta manera que grupos de obreros, campesinos o pueblos originarios intentaran presentar candidatos por fuera de las listas del MAS. No contentos con esto, los representantes de las clases dominantes (PODEMOS, UN, MNR y cívicos del Oriente) lograron insertar varios “candados” en los artículos de la Ley de Convocatoria. Estos candados condujeron todo el proceso a la negociación, al pacto y a desnaturalizar las aspiraciones democráticas populares. Por si fuera poco, se otorgó el referéndum departamental autonómico vinculante, según la exigencia de las élites regionales de Santa Cruz, Tarija y otros departamentos.

Aunque varios dirigentes del MAS en la Asamblea, declararon e incluso lograron hacer incluir en el reglamento de funcionamiento de la Asamblea que la misma era una Asamblea Constituyente Originaria, es decir que no estaría sujeta a los poderes constituidos, todo esto no fue más que retórica funcional a pasivizar aun más la acción de los trabajadores y el pueblo y negociar con los representantes de la clase dominante reduciendo los sobresaltos.

Pese a todas estas concesiones, los representantes de derecha y las camarillas regionales buscaron permanentemente garantías suplementarias, en un forcejeo crónico con el MAS que impidió el funcionamiento de la Asamblea por varios meses, llegando a la necesidad de prolongar sus funciones hasta fin de año para seguir buscando el pacto social y político que pueda consagrarse en una nueva Constitución.

¿Qué táctica ante la Constituyente de Sucre?

Luego de una fase de varios años caracterizada por los levantamientos espontáneos de todo el pueblo contra gobiernos abiertamente proimperialistas, después de junio del 2005 y especialmente a partir de la asunción del gobierno de Evo Morales, el proceso político y de lucha de clases de nuestro país ha entrado en una nueva fase, caracterizada por los mecanismos de

a burguesa, un gobierno que se presenta como “popular e indígena” y las ilusiones entre amplios sectores de las masas, sobre todo campesinas e indígenas, en la posibilidad de resolver los grandes problemas a través de reformas democráticas, en todo lo cual el “proceso constituyente” acorado entre el MAS y la derecha, juega un papel fundamental.

Naturalmente, este cambio de escenario político demandó también cambios en el programa de intervención política concreta de los revolucionarios. Frente a la Constituyente pergeñada por el MAS a través de acuerdos y consensos con la derecha, no cabía sino la denuncia, como efectivamente hicimos desde la LOR-CI y está ampliamente documentado en numerosos periódicos y declaraciones políticas.

Lejos de sembrar ilusiones en la Asamblea e Sucre o en que esta pudiera ser “transformada” o “presionada” para cumplir las demandas de las masas, y también combatimos las especulaciones de que entre los representantes del MAS pudieran surgir “diputados revolucionarios” que cambiaran el carácter de la Asamblea.

Sin embargo, no caímos en un “cretinismo antiparlamentario”. Por el contrario, hicimos un considerable esfuerzo por presentar una opción obrera, junto a dirigentes sindicales y trabajadores de El Alto. Lamentablemente, las reaccionarias condiciones de la legislación electoral y la convocatoria “cerrada” pactada entre el MAS y PODEMOS frustraron esta iniciativa. Hubiera sido un gran paso utilizar la campaña electoral como tribuna revolucionaria, planteando la necesidad de llevar a Sucre representantes obreros independientes del MAS y de los partidos empresariales. La denuncia de cuanto aconteció en Sucre, de las capitulaciones del MAS y sus pactos, del autonomismo reaccionario de los “cívicos” etc., hubiera ganado enormemente en amplitud y repercusión, y además, hubiera servido como punto de apoyo para combatir por un reagrupamiento de los sectores avanzados en la lucha por sus demandas.

Hoy, cuando la Asamblea es un eje de la búsqueda, entre crisis y forcejos, de un reaccionario “gran acuerdo nacional”, es necesario combinar la denuncia

con un diálogo con los importantes sectores que mantienen expectativas, planteándoles que no se subordinen a los dictados del MAS, que los convoca a “defender la Constituyente” como factor de presión subordinado a sus negociaciones políticas con la derecha, sino que es necesaria la movilización por sus demandas, para derrotar a la derecha, y que sólo así podrán defender y hacer respetar sus anhelos democráticos. Esto, como parte de un Programa de Acción como el que resumimos en las Tesis sobre la Situación Política (ver pág. 3 y siguientes de esta revista).

Dos líneas y un balance

A la luz de este proceso que a trazo grueso hemos delineado más arriba, es la ocasión de hacer un balance de las líneas políticas desplegadas desde la izquierda que se reclama obrera y socialista. Nos enfocaremos en dos: la táctica abstencionista, expresada centralmente por el POR-Masas, principal fuerza de las que se reclaman del trotskismo en Bolivia, y la que hemos impulsado desde nuestra joven y pequeña organización.

Sostenemos categóricamente que la política del POR fue equivocada a lo largo de todo el proceso y en sus dos fases, y que, como mínimo, no tiene nada que ver con el método y las lecciones que el propio Trotsky transmitió. Esta polémica no es simplemente de balance o histórica, sino que tiene palpitante actualidad, por tanto, polemizaremos principalmente con las posiciones que hoy plantea el POR, a través de su periódico Masas.

Estrategia Soviética, hegemonía obrera y Asamblea Constituyente Revolucionaria

Si el proceso revolucionario abierto en Octubre, tuvo como protagonistas centrales al movimiento campesino, originario y popular, la reapertura del mismo y la posibilidad de enfrentar el desvío impuesto por el MAS plantean la necesidad del ingreso en escena de un nuevo sujeto social: la clase obrera, como sujeto social y político capaz de darle una alternativa al conjunto de las masas y disputar la hegemonía a la

pequeñaburguesía reformista. Este combate de importancia estratégica no puede hacerse despreciando las aspiraciones democráticas de las masas. Y para preparar este camino, era fundamental tener una política correcta ante la cuestión de la asamblea Constituyente en todo el proceso.

Trotsky insistía hasta el cansancio en la estrecha relación que hay entre la lucha por la hegemonía obrera, el movimiento campesino y de masas y las tareas democráticas. Citemos sus elaboraciones acerca de la revolución española (motorizada precisamente por grandes cuestiones democráticas incumplidas, como el desterrar la monarquía, la reforma agraria y la autodeterminación de las nacionalidades).

Por ello, al inicio del proceso revolucionario en la España de los 30, Trotsky planteaba que: “Este camino supone, por parte de los comunistas, una lucha resuelta, audaz y enérgica, por las consignas democráticas. No comprenderlo sería cometer la mayor falta sectaria. En la etapa actual de la revolución, en el terreno de las consignas políticas, el proletariado se distingue de todos los otros grupos “izquierdistas” de la pequeña burguesía, no por el hecho de que niega la democracia, como lo hacen los anarquistas y sindicalistas, sino por el hecho de lucha resuelta y abierta por esta consigna, al mismo tiempo que denuncia implacablemente las vacilaciones de la pequeña burguesía.”⁽¹⁾

Y afirmaba: “...el proletariado no puede dirigir la revolución en dicha época, es decir reunir alrededor suyo las más amplias masas de trabajadores y de oprimidos y convertirse en su guía, más que a condición de desarrollar actualmente, con sus reivindicaciones de clase y en relación con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el fin.

Esto tendría ante todo una importancia decisiva en lo que concierne al campesinado. Este no puede conceder al proletariado su confianza a priori, aceptando como prenda verbal la dictadura del proletariado. El campesinado, como clase numerosa y oprimida, ve inevitablemente en una cierta etapa, en la consigna

tablemente en una cierta etapa, en la consigna de democracia, la posibilidad de dar la preponderancia a los oprimidos sobre los opresores. El campesinado relacionará, inevitablemente, la consigna de la democracia política con reparto radical de las tierras. El proletariado asume abiertamente el apoyo de estas dos reivindicaciones. En el momento oportuno, los comunistas explicarán a la vanguardia proletaria por qué camino estas reivindicaciones pueden ser realizadas, sembrando de esta manera la semilla del sistema soviético futuro” (2)

El POR piensa y actúa exactamente al revés. Para él, la cuestión de la democracia ha sido “superada” en Bolivia y se opuso a levantar las consignas políticas con respecto a las tareas democráticas, como la consigna de Asamblea Constituyente, acumulando argumentos de “principio” como que es una demanda burguesa. Sin embargo, la profundidad de las aspiraciones democráticas del movimiento de masas, ya que no otra cosa es la voluntad de expulsar a las transnacionales y recuperar los recursos naturales, la voluntad de tierra y territorio para los pueblos originarios, la lucha contra la discriminación, adquirieron en la demanda de una Asamblea Constituyente su expresión formal. Y esto, por profundas razones históricas.

Las tareas democráticas, agrarias y nacionales pendientes

El proceso revolucionario en Bolivia tiene como tareas iniciales la resolución integral del problema agrario, en sus dos aspectos como es la tierra para el campesino y el territorio para los pueblos originarios (es decir, una expresión de autodeterminación), donde el latifundio y la gran propiedad burguesa de la tierra, en asociación a todo el sistema bancario y financiero son los centrales obstáculos; además, está estrechamente ligada a la resolución de la liquidación de la opresión y el racismo que padecen los pueblos originarios.

Otro aspecto clave es la lucha contra la subordinación semicolonial del país

al imperialismo, fundamentalmente norteamericano. Las relaciones sociales basadas en el pongueaje y la discriminación racial no solo que no fueron resueltas por el capitalismo boliviano, sino que fueron aprovechadas para mantener a la mayoría de la población, de origen indígena, en un estado de discriminación racial que permitía tener mano de obra sumamente barata, y evitar la competencia en todas las esferas del Estado a la minoría blancoide mestiza, dejando pendiente un problema de democracia formal, sumamente irritante como es la cuestión de la igualdad entre los hombres mas allá del apellido o origen étnico.

Estos aspectos, no fueron resueltos por la revolución del 52, y mas bien se han recreado y agravado en los últimos años. Así, la peculiaridad del desarrollo desigual y combinado de la economía y la sociedad boliviana, donde quedan pendientes tareas democrático-estructurales como la tierra, el territorio y la liberación nacional, con aspectos sumamente importantes de democracia formal y de igualdad entre los hombres, sin discriminación de ningún tipo, y los necesarios aspectos socialistas de la lucha obrera, como es la reducción de la jornada laboral, el control obrero colectivo o milicias obreras.

Las organizaciones que se reclaman revolucionarias y que buscan contribuir al desarrollo del proceso de masas, deben responder a esta realidad, con un programa de acción transicional que articule una respuesta combinada a todos los aspectos que tiene pendientes la revolución boliviana. En el caso que nos ocupa, las consignas que den respuestas a los problemas democráticos estructurales y socialistas, no pueden negar a las que den respuesta a los problemas democrático formales, ya que estos últimos han evidenciado su importancia para el movimiento de masas en los últimos años y están siendo aprovechados para desviar el proceso y pasivizar la acción de masas. La existencia de una mayoría, numéricamente imponente de trabajadores y campesinos de los pueblos originarios ha desarrollado la idea y la voluntad de hacer pesar su número, y de ahí se desprendió su demanda de una Asamblea Constituyente.

El POR desconoce todo esto y así repite los mismos vicios que Trotsky criticaba al estalinismo en su período “centrista” de fines de los 20 y principios de los 30 en España. Explica Trotsky que “Durante un cierto periodo, todas las cuestiones de la revolución española aparecerán, en una u otra forma, a través del prisma del parlamentarismo. Los campesinos esperarán, con una tensión extrema, lo que digan las Cortes a propósito de la cuestión agraria. ¿No es fácil comprender la importancia que podría tener en las condiciones actuales un programa agrario comunista sostenido desde la tribuna de las Cortes? Para esto son necesarias dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un acceso a la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son las Cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las propias masas campesinas. Pero para una iniciativa semejante las masas tienen necesidad de un programa y de una dirección. La tribuna de las Cortes es necesaria a los comunistas para mantener el contacto con las masas, y de este contacto nacerán los acontecimientos que desbordarán las Cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria - dialéctica hacia el parlamentarismo. ¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la Internacional Comunista guarde silencio sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su propio pasado. Los estalinistas rechazaron demasiado ruidosamente la consigna de la Asamblea Constituyente para China. El VI Congreso estigmatizó oficialmente como “oportunismo” las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo de España, país incomparablemente más avanzado que China e India, pone al descubierto toda la consistencia de las decisiones del VI Congreso.” (3)

Para poder forjar no solo el ingreso de la clase obrera en la escena política sino para lograr que esta obtuviera la hegemonía al interior del frente único de las masas era clave sostener la demanda de Constituyente pero de forma que no pudiera ser usada para consolidar el desvío y salvar al régimen. Era clave sostener la demanda de una genuina Asamblea Constituyente conquis-

Constituyente conquistada por la vía de la movilización y autoorganización de masas, sobre las ruinas del régimen, es decir pelear por una Asamblea Constituyente Revolucionaria que recogiera las aspiraciones democráticas del movimiento de masas y que a su vez no pudiera ser usada como mecanismo de engaño por parte de la clase dominante. Ésta era la única forma de combatir con una política concreta a la utilización reformista de las aspiraciones democráticas de las masas y de la consigna de Constituyente, por el MAS y el populismo e indigenismo. Como hemos dicho más arriba, hoy, ante la Asamblea pactada, es clave la denuncia política de la misma, y en la medida que el movimiento retome las calles, la clave continuara descansando sobre la lucha por el surgimiento de organismos de frente único, aunque sin solidarizarnos ni por un instante con las ilusiones que puedan quedar en el movimiento de masas con la actual Constituyente.

El doble papel de las consignas democrático formales

Sin embargo, y pese al enorme valor que pueden adquirir en determinadas circunstancias como motores de la movilización, las consignas democráticas no tienen un valor independiente. En la época imperialista de reacción en toda la línea, algunas tareas democráticas, son tomadas por la burguesía a su manera, es decir en forma reaccionaria. El caso más emblemático en nuestro país es el resultado de la Revolución del 52 y las concesiones que la burguesía se vio obligada a entregar, como la nacionalización de las minas, la reforma agraria del 53, el voto universal, concedidas como precio para evitar el avance de la revolución obrera y campesina pro desnaturalizadas y retaceadas, pro lo que medio siglo después, vuelven a replantearse. Posteriormente, en las jornadas de marzo del 85, una importante demanda como era la de aumento salarial frente a la galopante inflación, fue utilizada por el gobierno "popular" de entonces, la UDP, para contener la movilización revolucionaria de los mineros en las Jornadas de Marzo, ganando tiempo

para que se organizara la reacción burguesa imperialista que terminó imponiendo los planes del DS 21060. Ya que las demandas democráticas estructurales (tierra) o las democráticas formales (Asamblea Constituyente o voto a los 16 años) o las económicas (salario) pueden ser usadas al servicio de la desmovilización, ¿Significa esto que las corrientes obreras revolucionarias no deben sostener ninguna de estas demandas? No, pero para una organización revolucionaria, la comprensión de este doble papel de las consignas democráticas debe servir para articular las mismas en un programa transicional al servicio de desarrollar organismos de democracia directa del movimiento de masas, organismos de frente único de masas (soviet, consejos obreros, Asamblea Popular, coordinadoras, etc) que puedan articular el conjunto de las demandas obreras, campesinas y populares al servicio de la demolición del orden burgués semicolonial.

Aspiraciones democráticas y Asamblea Constituyente

El punto de partida para poder ubicarse e intervenir en cualquier proceso de lucha de franjas o sectores del movimiento de masas, es el reconocimiento de que el motor de las mismas son las aspiraciones democráticas de los sectores en cuestión. Así, por ejemplo una lucha por salarios, mejores condiciones de trabajo, beneficios sociales, expresa la voluntad de obtener una mayor "democracia económica" con respecto a la dictadura empresarial en fábricas y talleres. Lo mismo puede decirse con respecto al problema de la tierra para el movimiento campesino y las naciones y pueblos originarios que iniciaron un enorme proceso de movilización y lucha desde los tempranos 90 exigiendo territorio, así como en las ciudades y campos el fin de la discriminación racial que ha caracterizado a nuestra formación social. La insurrección de octubre del 2003, exigiendo la nacionalización de los hidrocarburos y Asamblea Constituyente estaban profundamente impregnada de un espíritu democrático ("gas para los bolivianos")

no solo económico sino también nacional y de lucha antiimperialista (expulsión de las empresas transnacionales).

Todas estas demandas aparecían coronadas con la consigna de Asamblea Constituyente, la que a ojos del movimiento de masas tenía que democratizar todas las relaciones sociales y económicas del país dando origen a un nuevo tipo de Estado.

Lamentablemente, las organizaciones como el POR u otros pequeños grupos, cerraron los ojos ante esto y se han limitado a sostener algunas demandas parciales, pero sin comprender que todas las demandas, a ojos de la amplia mayoría del movimiento de masas se sintetizaban en la Asamblea Constituyente.

El no tener una política -no solo propaganda-, facilitó la labor de desvío del proceso revolucionario al dejar en manos de la burguesía y del reformismo masista, la aspiración política más importante de las masas.

El POR no ha aprendido nada de esto, y se mantiene aferrado a sus esquemas sectario-abstencionistas.

Así, cuando el gobierno inició una campaña demagógica dentro de la Constituyente para instituir el voto a los jóvenes de 16 años para arriba, se limitó a denunciarlo como un intento del MAS de obtener una masa de decenas de miles de nuevos votantes, sin decir una sola palabra del derecho democrático de miles de estudiantes y jóvenes trabajadores de los minibuses, centros mineros y talleres que tienen el "derecho" de ser explotados pero no de votar.

En Masas nº 2030, de fecha 30/3/07 se decía: "Evo y el MAS proponen nuevas elecciones después de la Constituyente para anular la masiva abstención electoral de los últimos años y volver a ganar." (..) "Basta de mamadas, es hora de: seguir la política del proletariado y a su Partido, el Partido Obrero Revolucionario (Marx-leninista-trotskyista) para mandar al diablo la Constituyente; las elecciones, el parlamento y toda esta caricatura de democracia que solo defiende al imperialismo y a sus sirvientes" .

Trotsky tenía este tipo de razonamientos en mente cuando escribía que: "Hay en el mundo gentes que se permiten

que manifiestan un espléndido desprecio por consignas tales como, por ejemplo, la del sufragio universal igual, directo y secreto para los hombres y las mujeres a partir de los dieciocho años. Sin embargo, si los comunistas españoles hubieran lanzado a su tiempo esa consigna, defendiéndola en discursos, artículos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente porque las masas populares de España están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario quieren participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un instante con las ilusiones de las masas; pero lo que tienen de progresivo dichas ilusiones debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario, no somos revolucionarios, sino unos despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los que están llamados a realizar la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se esfuerzan en apoyarse en los obreros de más edad, constituye la misión elemental e indiscutible de la vanguardia comunista”⁽⁴⁾

Lejos de aprovechar las legítimas aspiraciones democráticas para impulsar la movilización, y volcarlas contra la demagogia masista, para ayudar a acelerar la experiencia del movimiento de masas, el POR se limita a denuncias sin dar respuesta política por la positiva, alejándose de las masas y facilitando la labor del reformismo.

Una concepción espontaneísta del desarrollo del proceso revolucionario

La incompreensión de este problema crucial por parte del POR-Masas y otros grupos, expresa en última instancia una concepción espontaneísta del desarrollo del proceso revolucionario, de tipo subjetivista. Así, en Masas 2022, en la nota “¿Y la dirección revolucionaria?” nos dicen que: “el proletariado desde que existe en el seno de la gran propiedad privada de los medios de producción, es ya comunista porque es empujado a luchar contra la

explotación y la miseria que le imponen la burguesía y el imperialismo, motores del instinto comunista, que explota cuando se produce la agudización de la lucha de clases.” (Resaltado nuestro) Este comunismo “en acto” del proletariado, entonces necesita hacerse conciencia política sobre la base de la propaganda: “¿Cómo aparece en el seno de los trabajadores el marxismo que es la conciencia del proletariado? Excepcionalmente puede filtrarse al seno de las filas obreras la propaganda impresa de partidos revolucionarios. Lo más frecuente es que un trabajador visible por su talento o sus vinculaciones con militantes del Partido Obrero Revolucionario, lleve algunas ideas trotskistas para entregarlas a sus compañeros. pueden haber otros canales para que las ideas revolucionarias lleguen hasta algunos trabajadores. Lo deseable es que esa ideología se desparrame en las fábricas, minas, etc. (...) Lo mejor, lo deseable, es que el marx-leninismo-trotskyista llegue al seno del proletariado a través de uno o algunos de sus militantes, que deben ser debidamente educados y entrenados para cumplir su tarea importantísima.” (resaltado en el original). Para el POR la lucha del proletariado es intrínsecamente comunista, y lo que se necesita es mucha propaganda hombre a hombre para hacerse de la conciencia y vencer. Aquí se liquida la lucha de estrategias y programas y lo que es peor se evade la lucha política, las maniobras, y las tácticas que permitan al partido revolucionario del proletariado derrotar a las direcciones reformistas y conciliadoras. Esa concepción termina de completarse con una semiconcepción política, que se desprende de lo arriba citado, cerrando un círculo de esterilidad y que impide que el POR pueda convertirse en un genuino partido revolucionario del proletariado, al desconocer las aspiraciones democráticas del movimiento de masas: “el MAS (...) no entiende que las masas han superado las ilusiones democráticas y cualquiera que busque que la gente vuelva a creer en las leyes, en el voto, en constituyentes y referéndum esta simplemente alimentando al fascismo que es más coherente que el MAS”, afirma en Masas 2025.⁽⁵⁾ Con semejante visión, es natural que esta organización rechace la

necesidad de levantar la consigna de una Asamblea Constituyente Revolucionaria.

Esta lógica propagandista y abstencionista esteriliza la labor de sus militantes y de las pocas organizaciones que dirige, como la Federación de Maestros Urbanos del Departamento de La Paz, reconocida por su honestidad y combatividad en la lucha salarial y corporativa, pero que sin embargo es incapaz de llevar adelante algún papel en la lucha política de partidos, de hacer pesar a este importante destacamento de trabajadores en los problemas políticos e la vida nacional, y de combatir la labor de reformistas y conciliadores, que no deben afrontar ningún obstáculo serio en su labor de conciliación.

Señalemos al pasar que otros grupos, como el MST, que representó hasta hace poco la posición oficial de la LIT en Bolivia, se opusieron también a la demanda de Constituyente revolucionaria desde una visión espontaneísta objetivista. Así en su última publicación, de medio año atrás, el MST afirma que: “La Constituyente del gobierno fue una salida que el MAS propuso expresando las ilusiones de las masas campesinas y originarias, una salida que se contrapuso a la revolución obrera y socialista que estaba en curso, sino en inminencia de realizarse. Las masas pensaron que esa instancia resolvería sus demandas y dejaron de luchar por una verdadera instancia de cambio, es decir la insurrección que estaba en sus manos”⁽⁶⁾ Intentan presentar la demanda de Asamblea Constituyente por los sectores movilizados como algo externo y contrapuesto a la revolución obrera y socialista que estaba en curso. Olvidan que fue esta consigna, un verdadero motor de los levantamientos que hemos vivido, incluso antes que la demanda de nacionalización de los hidrocarburos. Si el MAS pudo llevar adelante junto a la burguesía la actual Asamblea de Sucre, fue precisamente aprovechando el “doble carácter” que esta demanda tiene, y que los morenistas no comprendieron en ningún momento.

Apoyándose en una visión objetivista del proceso, donde todas y cada una de las demandas obreras y populares conduce objetivamente a la revolución socialista, ignoran los diversos niveles

de subjetividad del movimiento de masas. Tampoco en esta concepción tiene importancia la lucha de estrategias, de programas y de partidos, o es simplemente funcional a una lógica de presionar las direcciones existentes para que lleven el objetivo proceso socialista hasta su culminación. La conclusión es similar, en esencia, que la del POR: se devalúa la lucha política con las direcciones reformistas del movimiento de masas.

¿Partido revolucionario o partidos sindicalistas de “combate”?

Para concluir, tenemos que decir este tipo de concepciones, que como vemos coinciden en algo más que el simple rechazo a una consigna, expresan lógicas de construcción típicas del centrismo de origen trotskista. Por ello, tanto el lorismo como el morenismo terminan construyendo organizaciones que solo intentan presionar o convencer a las direcciones oficiales del movimiento de masas. Los primeros, sobre la base de la propaganda, los segundos sobre la base de la exigencia permanente. Terminan objetivamente adaptándose a los organismos sindicales existentes tal y como son, moldeados

por la burocracia sindical, a la tradición del movimiento de masas tal como es. Carecen de una verdadera estrategia de poder obrero y popular y, por tanto, son incapaces de pelear sistemáticamente por organismos de frente único para la lucha sobre la base de la democracia directa, que puedan transformarse en órganos de poder al calor de la movilización superando y derrotando a las eventuales direcciones del movimiento de masas. Son estériles para la lucha política contra el reformismo y por lo tanto, para construir un genuino Partido Revolucionario del Proletariado.

Notas

1. Trotsky, León. Carta a la redacción de *Contra la Corriente* (13 de junio de 1930) Las consignas democráticas.
2. Cita: León Trotsky. “Carta a la redacción de *Contra la Corriente*” (13 de junio de 1930) En *Escritos sobre España* [Edición de Juan Andrade y José Martínez. Ruedo Ibérico, 1971. Digitalización: Germinal]
3. Trotsky “El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas”)
4. Trotsky, Idem.
5. Ver nota “Evo busca reflotar la “democracia” y lo único que hace es traer al fascismo”.
6. Chasqui Socialista, nº 206, mayo 2007.

La “cuestión obrera” ha retornado a la escena social y política boliviana. Los procesos de movilización y organización de los asalariados se han convertido en un elemento constante de la coyuntura social y política. En las siguientes páginas analizamos varios aspectos de este proceso de indudable importancia estratégica, pues hace, ni más ni menos, que a la creciente participación de una poderosa fuerza social. Nos proponemos simplemente, trazar un “programa de investigación” sobre la realidad socio-económica –la “disposición objetiva de las fuerzas obreras” y los procesos de recomposición subjetiva –elementos de lucha, organización, reflexión, programa, etc.-, a partir de algunas hipótesis y elementos centrales, que habremos de desarrollar en los siguientes números de Lucha de Clases. También iniciamos, con las siguientes notas, una reflexión sobre el despertar de esta nueva clase obrera y las tareas y desafíos que plantea a los revolucionarios.



La clase obrera en Bolivia hoy

Notas preliminares sobre la disposición de las fuerzas objetivas del proletariado en Bolivia

POR EDUARDO MOLINA

21

1. ¿Qué es la clase obrera?

Si bien la visión de que el proletariado ya no existe en Bolivia está en retirada, ante la realidad misma de las cosas, sigue habiendo un extendido “sentido común” de que, cuando menos, está tan reducido o es tan débil que no puede jugar ningún papel propio.

Se examina en el Dossier, como ciertas teorizaciones “posmarxistas” entre la intelectualidad progresista contribuyen a “hacer invisible” a la clase obrera y a considerar permanente la situación vivida por los trabajadores durante los años 90, con lo que en realidad naturalizan los efectos de la ofensiva del capital contra el trabajo bajo el “neoliberalismo” y perciben de manera superficial y unilateral la fragmentación y dispersión en las filas de los asalariados.

Por otra parte, la noción de clase obrera que predominaba en la COB y los medios sindicales y de izquierda estaba

fuertemente permeada de reduccionismo y empirismo. De hecho, consideraba como parte del proletariado casi exclusivamente a los obreros manuales y productivos, mientras que arrojaba a la “pequeña burguesía empobrecida” a todos los demás sectores. Esa visión se acercaba hasta cierto punto al perfil de la clase obrera boliviana tal como era hacia los años 50 y 60, con la fuerte preponderancia del proletariado minero, pero no permite explicar sus posteriores transformaciones y, por tanto, resulta completamente impotente para combatir la leyenda del “adiós al proletariado” de moda en los 90.

La visión de Marx del proletariado partía de la raíz, es decir, del antagonismo fundamental entre los capitalistas y los trabajadores que nace del régimen de explotación asalariada, y era mucho más rica y sorprendentemente actual en su núcleo conceptual, pese a los grandes e indiscutibles cambios que ha sufrido la clase obrera desde entonces.

es. Por razones de espacio, no desarrollaremos este crucial aspecto teórico. Sin embargo, es claro que para el concepto de clase obrera del marxismo es fundamental que son parte del proletariado los trabajadores obligados a vender su fuerza de trabajo al capital, el que la emplea en el proceso de producción con el objetivo de valorizarse. Distintos estratos de trabajadores en la producción, la distribución, las finanzas, etc., contribuyen al objetivo general de la producción, acumulación y realización de la plusvalía por el capital, independientemente de que usen overol o no. Esto nos proporciona las claves para interpretar la realidad de la clase obrera hoy a nivel mundial, donde los trabajadores asalariados constituyen una parte muy importante de la fuerza de trabajo, de quizás unos 700 millones, al menos un tercio en la industria, pero han surgido muchos otros sectores, como servicios, comunicaciones, transporte y otros, cuya fuerza de trabajo es parte de la clase trabajadora. En Bolivia, con sus peculiaridades, se expresan también estas tendencias (aunque por supuesto, de un modo muy específico).

2. La participación obrera es decisiva en la economía nacional

La contrarrevolución neoliberal implicó, como todo proceso de modernización en la periferia semicolonial, importantes cambios en la inserción del país en el mercado mundial, la economía, el Estado y, naturalmente, en la estructura social, afectando a todas las clases y grupos sociales, de manera particularmente intensa al proletariado, que se aleja hoy bastante de la imagen común hasta los 80. Recordemos que la formación social boliviana se caracteriza por una economía de tipo capitalista atrasada y semicolonial. Su matriz económica y productiva es atrasada y poco industrializada, caracterizada por el desarrollo

desigual y combinado, que articula bajo el dominio del sector capitalista concentrado alrededor de pocas grandes empresas en su mayoría de capital extranjero, a amplios sectores semicapitalistas y no capitalistas. Esta estructura condiciona el rol y la importancia de la clase trabajadora a nivel nacional. Según datos de UDAPE (Gray Molina 2004), la gran empresa provee el 65 % del PIB (es decir, concentra una enorme proporción de la creación de la riqueza nacional y la parte absolutamente decisiva del “excedente”, en las exportaciones (concentradas en gas, minerales, oleaginosas y manufacturas industriales) y en las ramas decisivas de la producción y distribución. Al mismo tiempo, contribuye con el 7% del empleo nacional.). Entre tanto, el sector conformado por la pequeña y mediana empresa, proporciona el 10 % del empleo y el 10 % del PIB. El amplio sector de la llamada “microempresa” genera el 83 % del empleo y el 25 % del PIB. Como puede observarse, las proporciones resultan casi inversas: 17% del empleo y 75% del PBI en lo que a trazo grueso podría considerarse el sector capitalista de la economía, y donde reinan las relaciones burguesas de producción y el trabajo asalariado, contra el 25% de aporte al PBI y 83% de generación de empleos en los sectores, que a este nivel de análisis, coinciden con las difusas fronteras del llamado “sector informal” y que incluyen las formas de producción semi y precapitalistas. Hay que señalar que dentro de este sector hay también una multitud de talleres, fábricas pequeñas y empresas que recurren a mano de obra asalariada, así como trabajadores por cuenta propia, a domicilio y otros, que forman parte de la amplia clase trabajadora.

3. Ha aumentado la importancia social de la clase trabajadora

Bolivia vive un acelerado proceso de urbanización, que ha hecho que ya en

el Censo Nacional del año 2.001, un 62% de los habitantes del país sean parte de la población urbana. De ésta, una parte creciente se concentra en las ciudades del “eje central”: la metrópoli El Alto/La Paz, Cochabamba y Santa Cruz.

Al mismo tiempo, dos décadas de “neoliberalismo” han extendido y profundizado el dominio del capital y la penetración de las transnacionales sobre el conjunto de la economía boliviana. Desde el punto de vista de la reconfiguración de la estructura social y de la composición de la fuerza de trabajo nacional, este proceso se ha traducido en un crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada.

Una parte importante de la población urbana forma parte de los sectores asalariados (posiblemente más de un tercio) y de los desocupados –es decir, que buscan un empleo asalariado (que en los últimos años ha oscilado entre un 7 y 11% de la población económicamente activa de las ciudades).

Quizás la mitad de la población urbana económicamente activa debe ser incluida entre los asalariados. Hay en Bolivia bastante más de 1.000.000 de asalariados, y de éstos, un porcentaje muy alto, posiblemente tres cuartas partes, son parte del proletariado. Según datos oficiales del INE, el Censo del 2001 registró 1.057.098 “obreros y empleados”. También han crecido las capas asalariadas de la pequeñaburguesía urbana.

4. La condición de clase y la pertenencia étnica-nacional

La clase trabajadora urbana refleja la heterogeneidad nacional, étnico-cultural y regional del país, si bien hay una proporción importante de trabajadores que son migrantes y descendientes de migrantes de origen rural y pertenecientes a los pueblos originarios, lo que se expresa de manera aguda en El Alto y

Año:	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2020
P.U. %.	36.2	40.5	45.4	50.5	55.6	60.4	64.6	68.2	71.0	73.1	74.8

P.U.: Población urbana como porcentaje de la población nacional total.
Fuente: elaboración propia en base a datos del INE

a parte importante se reconoce aymara e indígena, otra parte importante está constituida por hijos de obreros de segunda o tercera generación, y por provenientes de otros sectores populares urbanos o migrantes de otras ciudades del país. La condición indígena no se contrapone a la pertenencia de clase, ni viceversa. En la amplitud y complejidad de la clase trabajadora boliviana se reflejan las características y la heterogeneidad étnica y cultural del país, y en este sentido, social y culturalmente, el proletariado boliviano es el producto más auténticamente nacional de la sociedad boliviana.

5. Una mayor superexplotación

La clase de los asalariados, lejos de ser una “clase privilegiada” como creen algunos ideólogos populistas, está sometida a terribles condiciones de explotación.

El capital ha impuesto condiciones de superexplotación de la fuerza de trabajo que están en la base de sus altas tasas de ganancia. Los capitalistas no compran la fuerza de trabajo del obrero al precio de su valor, es decir, de su costo de producción y reproducción, sino a un nivel muy inferior. En términos de precios, esto se expresa en que mientras la canasta básica familiar (o sea, el conjunto de los bienes y gastos a que debería acceder una familia obrera tipo) estaba, según cálculos de la COB y antes del último brote inflacionario, en unos 6.500 Bs., el salario promedio nacional está apenas por arriba de los 700 Bs. En Santa Cruz, donde la media salarial es un poco superior a la nacional, este promedio es de algo más de 1.000 Bs. En cuanto al salario Mínimo Nacional, hoy de 550 Bs., no se cumple en muchos sectores y en todo caso, apenas equivale al 8% de la canasta familiar.

Estas tasas de superexplotación van acompañadas de una prolongación de la jornada de trabajo, que en muchas ramas, como la industria y el transporte, supera largamente las 9 o 10 horas diarias, así como de un régimen de multiplicidad de tareas, flexibilización y despotismo de los empresarios en la organización general del proceso de trabajo, que contribuyen a incrementar

los altos niveles de explotación de la plusvalía absoluta y relativa a niveles intolerables.

Un dato interesante respecto a las condiciones de precarización e inestabilidad laboral que afecta a la mayoría de los asalariados es que sólo un tercio, el 33% de los asalariados cotizaba al seguro social;

En la formación de estas condiciones de superexplotación convergen las relaciones entre capital y trabajo, muy favorables a los explotadores, impuestas tras las derrotas en la lucha de clases de los años 80 y 90, el uso de la precarización, la terciarización y el desempleo como formas de aterrorizar y disciplinar a los trabajadores, y también, en un grado muy importante, la posibilidad del capital de explotar y expoliar, por diversos medios, a las otras capas populares. Las condiciones de trabajo y de vida del campesinado, de los artesanos y el pequeño comercio urbanos, y otros sectores, permiten reducir el precio de la fuerza de trabajo a niveles muy bajos. Al mismo tiempo, la depresión de los precios de los productos campesinos, contribuye a la ruina del campesinado e impulsa la migración a las ciudades (acrecentando la oferta de mano de obra) y es un mecanismo de subvención de los costos laborales del capital, al bajar indirectamente el precio del salario (que en buena medida está destinado a la compra de alimentos frescos). Las “estrategias de supervivencia” a que deben recurrir las familias obreras y populares, con el trabajo a tiempo completo o parcial de todos sus miembros, la multiplicación de las ocupaciones de la mujer –que además de hacerse cargo de las “tareas del hogar” y la crianza de los hijos, sale a vender en las ferias, hace comida, teje o cose, etc., palia parcialmente el bajo nivel salarial y es una forma de completar los ingresos mínimos que la familia trabajadora necesita.

6. Importancia relativa de otras formas de relación capital-trabajo

La clase de los que tienen que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, es decir el proletariado en un sentido am-

plio, no está formada sólo por los que figuran como asalariados “obrereros y empleados” en las estadísticas oficiales. En algunas ramas de la economía tienen importancia tipos de explotación que no corresponden al salario por jornal regularizado, como son el trabajo a domicilio (importante en la industria textil, tejidos y confecciones) a destajo (en la construcción, agroindustria y otras), etc. Usualmente, la óptica de los analistas, ONGs e instituciones difumina todas estas formas de subsunción del trabajo a las necesidades del capital, realizadas en función de la producción capitalista para el mercado y con el objetivo de la valorización del capital, bajo las difusas etiquetas de “informalidad”, “economía familiar”, etc.

7. Diferenciación social y formas de transición en la proletarianización

Además, hay un complejo panorama de formas intermedias o de transición, en el proceso de sometimiento del productor directo al capital, que se expresan hoy en mecanismos como la constitución de “cadenas productivas” donde la pequeña producción campesina, artesanal y de trabajadores por cuenta propia es dirigida y organizada por capitales comerciales e industriales. En el mismo sentido actúan intervenciones institucionales, de ONGs y la extensión del crédito para las MYPES y el “microcrédito”, colaborando en la incorporación al mercado y la sujeción al capital, de estratos económico-sociales de carácter semi capitalista o de origen pre capitalista, como la pequeña producción mercantil artesanal y de los talleres familiares, la economía campesina, las cooperativas mineras y agrícolas, etc.

Además de constituir de por sí mecanismos de explotación de estos sectores, contribuyen poderosamente a la diferenciación social en su seno y a la aparición del salario como forma de retribución del trabajo, impulsando procesos de semiproletarianización y proletarianización no sólo en la ciudad, sino también en el área rural. Así, una parte importante de los socios de las cooperativas mineras –cuyo trabajo es determinado, de forma crecien-

creciente, por las empresas mineras y comercializadoras, trabajan en realidad por cuenta de socios ricos, y también crece la contratación de peones asalariados en las cooperativas, como muestra el caso de Potosí.

En las áreas cocaleras de los Yungas y el Chapare, también aumenta la contratación de mano de obra temporal por campesinos medios y ricos, que se abastecen con la migración temporal de jóvenes del Altiplano.

En líneas generales la penetración del capital, sin absorber las otras formas sociales y de producción, tiende a subsumirlas cada vez más, a descomponerlas y reconfigurarlas según sus necesidades, y al mismo tiempo, en su decadencia, recrea formas como el trabajo por cuenta propia o la pequeña producción “familiar” urbana, etc., en las que se combinan rasgos tradicionales con los derivados de la “última palabra” de las crisis capitalistas.

8. La composición de la clase trabajadora

La estructura de la clase trabajadora se compone a partir de unos núcleos centrales reducidos en importancia numérica, pero altamente concentrados, tecnológicamente más modernos, con gran peso del capital extranjero, que son decisivos por su ubicación en la producción, distribución, comunicaciones, servicios y finanzas.

Sin embargo, es importante tener en cuenta que al interior de cada sector suele reproducirse un desarrollo desigual y combinado con la articulación de unas pocas grandes y medianas empresas con numerosos talleres, empresas terciarizadas, formas de subcontratación, “cadenas”, etc. Alrededor de estos núcleos concentrados, se establece el “cuerpo medio” del proletariado, en torno a un conjunto de grandes y medianas empresas organizadas de forma capitalista.

Luego hay una primera periferia, formada por el mar de empresas pequeñas y talleres que gira alrededor de los sectores más concentrados e intermedios y constituida por las capas obreras más precarizadas y explotadas. Finalmente, una “periferia exterior” formada por la masa de trabajadores eventuales, a destajo o a domicilio,

desocupados, etc.

9. Desde el punto de vista de la distribución entre las distintas ramas de la economía

Es posible identificar, a partir de los principales sectores de la economía boliviana, la distribución de las fuerzas de la clase trabajadora:

a. Gran producción para la exportación, principalmente hidrocarburos, minería, agroindustria y manufacturas industriales. Es interesante destacar algunos elementos, en primer lugar, el grado de recuperación objetiva del proletariado minero tras largos años. Una rápida estimación permite apuntar que las propias cooperativas afirmaban en 2005 que contaban con más de 10.000 asalariados. Huanuni tiene hoy 5.000 trabajadores y es el centro minero más importante del país (sólo Siglo XX-Catavi tuvo similar número de obreros). Además, la gran minería privada emplea unos 4.000 trabajadores. Nuevas explotaciones, como San Cristóbal, que está entrando en producción en esta segunda mitad del año 2007 con más de 500 empleados, añadirán un par de miles de trabajadores más. Y a ello hay que sumar los obreros de la minería chica, que hoy quizás superen los 3.000. Así, habría hoy, posiblemente, unos 20.000 asalariados mineros. Por su parte, en hidrocarburos hay unos 5.000 trabajadores, a los que hay que agregar un número de obreros de las subcontratistas, que figuran como “trabajadores de la construcción”, “transporte” y otros. En el sector de manufacturas para la exportación, cabe mencionar que el sector de joyería, sólo en La Paz y El Alto, está integrado básicamente por unas pocas grandes empresas (como Exbol y Orbol) que contratan directamente a unos 2.000 trabajadores, alrededor de ellos hay docenas de talleres terciarizados, muy precarizados, donde trabajan al menos 2.000 obreros y obreras más. Sólo Exbol utiliza unos 12 talleres en El Alto, que emplean entre 30 y 200 obreros cada uno. La industria

textil ofrece el mayor ejemplo de concentración. El grupo AMETEX, con una decena de plantas, es el mayor empleador privado del país, con más de 3.000 trabajadores. La industria de la madera y el mueble también muestra casos similares. United Furniture, una empresa exportadora con sus instalaciones en El Alto, tiene unos 500 obreros, y se podría enumerar un cierto grupo de empresas así.

- b. Industria orientada al mercado interno (de carácter intermedio y liviano, alimentos, bebidas, textiles, cemento, farmacéutica, metalmecánica, etc.). Hay unos 250.000 trabajadores en estos sectores (entre grandes empresas, MYPEs y talleres), con las principales tres concentraciones en La Paz-El Alto, Santa Cruz y Cochabamba. También incluye concentraciones importantes, como en cemento y cerveza, que son virtuales monopolios, algunas grandes textiles y alimenticias, etc.
- c. Transportes y logística: sector que ha crecido en importancia por el incremento del flujo de mercancías de exportación e importación, así como en el mercado interno, al mismo tiempo que en sectores como el transporte pesado e interdepartamental, ha cambiado la composición interna, con creciente peso de los asalariados.
- d. Construcciones: el actual boom de las construcciones urbanas y la puesta en marcha de algunas obras camineras y de infraestructura importante también ha engrosado las filas de este sector, y la concentración eventual de trabajadores –si bien fuertemente precarizados– en algunas empresas.
- e. Servicios sociales y comunales: que incluye a los empleados públicos, trabajadores de la educación y la salud, debiendo destacarse la importancia de los más de 200.000 maestros urbanos y rurales, de los 12 a 15.000 trabajadores de la salud, que cuentan con un mayor nivel de

organización y combatividad sindical;

f. Comunicaciones, energía, gran comercio y finanzas: sector que también se ha expandido en los últimos años, al calor del proceso de “modernización capitalista” alimentado por las “capitalizaciones” y el auge exportador. Además, su composición, originalmente más de clase media, se ha ido haciendo, por las condiciones de trabajo y explotación, socialmente más integrada a la clase obrera. Los trabajadores de las “capitalizadas”, teléfonos y otros son varios miles.

10. Extensión nacional y concentración en el “eje”

Otro elemento importante para considerar la distribución de la clase obrera boliviana en la actualidad, es, por un lado, su extensión a nivel nacional, como muestra la existencia de un importante núcleo industrial castaño en el extremo norte amazónico, que en ciertos momentos del año emplea a más de 4.000 personas en Riberalta y Pando, las minas pequeñas y medianas en el sur, o las explotaciones hidrocarburíferas en el Chaco o la futura concentración minero metalúrgica en el extremo oriental del país, en El Mutún.

Pero por otro lado, el ya mencionado proceso de concentración en las ciudades del eje central, núcleos de la producción, el transporte, las comunicaciones, la administración y las finanzas. Así, aunque dos sectores claves, como mineros y petroleros, trabajan alejados de los principales centros urbanos, la principal masa asalariada, incluyendo sectores de importancia decisiva de la industria, están concentrados en las principales ciudades.

11. Concentración y articulación metropolitana

Esto pone a consideración un nuevo e importante elemento, que refleja en el país las tendencias a la organización del trabajo a escala de la metrópolis capitalista, no sólo concentrando en las grandes urbes y sus alrededores a una gran masa de asalariados, sino articu-

lando mucho más estrechamente el trabajo entre los distintos sectores (industria, transporte, gran comercio, comunicaciones, etc., ligados en el todo de la producción capitalista) y a las distintas capas de trabajadores entre sí (gremios y oficios, migrantes, desocupados, etc.) Los más de 100.000 asalariados de El Alto, junto a sus similares de La Paz forman una fuerza social muy poderosa. De la misma forma que los otros tantos trabajadores de la industria, la construcción, el transporte, el magisterio y la salud, etc., en Santa Cruz, por tomar los principales ejemplos. Estas condiciones pueden tener importantes repercusiones para los métodos de organización y lucha de la clase obrera, contrarrestando las tendencias a la fragmentación y dispersión, impuestas por el capital, y favoreciendo nuevas tendencias a la unificación de clase.

12. La COB, los sindicatos y la nueva clase obrera

La estructura sindical actual no refleja la composición, distribución y peso de esta clase trabajadora reconfigurada por dos décadas de ofensiva capitalista. Según datos de la OIT, sólo un 22,4% de los trabajadores –unos 275.000– estaba sindicalizado a fines de la década de los 90. De estos, el aporte más grueso lo constituían los trabajadores del Estado: magisterio y salud. Mineros, que cuenta con una gran tradición organizativa a través de la FSTMB, son otro componente fundamental. Fabriles mantiene una importante estructura a nivel nacional, agrupando a decenas de fábricas grandes, medianas y pequeñas. Sin embargo, la mayor parte de los asalariados de la industria y los servicios, es decir, las capas más amplias de la clase obrera, precarizadas y terciarizadas, no está sindicalizada. Otros sectores importantes, como en algunas “capitalizadas”, no tienen sindicatos o bien, éstos son controlados por burocracias “amarillas” estrechamente ligadas a las gerencias de personal. La COB, organización matriz histórica de los trabajadores bolivianos, sigue siendo un importante referente político sindical para el conjunto de la clase obrera y diferentes sectores populares,

y esto, pese a la política reformista y burocrática de su conducción. Desde hace unos dos años se asiste a un importante proceso de reorganización sindical por abajo, con el surgimiento de decenas de sindicatos por empresa. También, al cuestionamiento, en diferentes estructuras, a las viejas conducciones burocráticas. Los trabajadores, al despertar, tienden hacia sus organizaciones sindicales. Sin embargo, entre la vieja burocracia sindical, fragmentada y entregada en diversos “pactos sociales” con la patronal (como el “pacto para exportar” en algunas textiles), y la realidad de despiadada explotación que sufre la nueva clase trabajadora hay una profunda brecha. Esto le da una nueva dimensión a la lucha contra el conservadurismo de los viejos aparatos sindicales y por la más amplia democracia obrera, lo que se reflejará en la necesidad de la lucha antiburocrática para recuperar a las organizaciones como herramientas de lucha. Aun así, los sindicatos representan a una minoría de la clase trabajadora y la movilización del conjunto de la clase demanda el surgimiento de nuevas formas de organización para la lucha, será esa realidad de la movilización la que determinará las fronteras y combinaciones entre el reverdecer de las organizaciones existentes, con la gran tradición de lucha que simboliza la COB, y la creación de nuevas formas de autoorganización de masas, capaces de unificar a la clase en la lucha.

13. Condiciones objetivas y recomposición subjetiva

No hay una relación mecánica y directa entre la realidad objetiva de los trabajadores, como “clase en sí” distribuida en los centros de trabajo y explotada por el capital, y su re-constitución como sujeto social y políticamente diferenciado en el seno de las masas populares. Las condiciones materiales de la explotación y la historia de años de derrotas explican la lentitud y dificultades del proceso de recomposición, la débil participación del proletariado como clase en las convulsiones y levantamientos de estos años, a pesar del rol de de los mineros de Huanuni y

otros síntomas de su potencial revolucionario. Todo ello hace que la clase obrera, a pesar de su historia y tradición, no sea vista aún como sujeto social por la vanguardia y sea olvidada, más allá del discurso, por la izquierda. Pero esas condiciones tampoco determinan la imposibilidad de reconstruir la unidad de sus filas, templar sus fuerzas y poner en pie un movimiento obrero renovado. En próximas notas abordaremos el tema decisivo de cómo y por qué vías el proletariado puede recomponer la unidad de sus filas, constituirse en un sujeto independiente y ofrecer al resto de las masas explotadas,

un programa que recoja las aspiraciones populares y una perspectiva de poder obrero y popular, esto es, disponerse acaudillar bajo su hegemonía la gran alianza obrera, campesina, originaria y popular que se necesita para triunfar. Concluyamos con llamar la atención sobre el importante proceso de recomposición al que asistimos hoy en día, innegable pese a la poca atención que recibe de los medios de prensa y peor, de la izquierda, y que se expresa en las tendencias a la reorganización sindical, en movimientos reivindicativos sectoriales y fenómenos de lucha obrero-patronal en empresas, fábricas

y talleres individuales (por salarios, por estabilidad laboral, contra el despotismo empresarial y otras reivindicaciones); en la participación de los trabajadores en el intenso proceso de politización popular general y; en lo que es un importante elemento, el surgimiento de sectores de vanguardia, como el papel de los mineros de Huanuni, la persistente presencia de sectores combativos como los maestros y trabajadores de salud, y la aparición de un fenómeno novedoso: los primeros pasos de un sindicalismo obrero, clasista y combativo, en El Alto.

Huanuni

El proceso de lucha y la experiencia del principal destacamento minero



HUANUNI es el yacimiento de estaño más grande de América, con reservas para varias décadas de explotación intensa. Desarrollado en la época de los barones del estaño, antes de la revolución de 1952, fue junto a Catavi-Siglo XX (hoy agotado) un bastión del combativo proletariado minero. Sobrevivió al cierre masivo de las minas estatales luego de 1985 y en los años 90 fue privatizado con un “contrato de joint venture” a favor de un grupo británico (Allied Deals).

La lucha por la nacionalización y el “control social”

En 1999 este grupo quebró fraudulentamente. Los 800 mineros iniciaron la movilización en defensa de la fuente de trabajo, exigiendo la renacionalización de la empresa. Tras innumerables marchas y bloqueos, impusieron la intervención judicial y que la mina siguiera abierta. Pero desconfiando del gobierno de turno, cuyo objetivo era montar una nueva privatización, impusieron el “control social” de los

trabajadores para fiscalizar todos los pasos de la administración.

Los mineros en Octubre

En el levantamiento insurreccional de Octubre del 2003 que derribó al odiado neoliberal Sánchez de Losada, cientos de mineros de Huanuni acudieron en camiones a La Paz, armados de dinamita y actuando como una “guardia obrera” en los enfrentamientos con las fuerzas del Ejército, dejando muertos y heridos en el combate.

Octubre del 2006, la defensa de la nacionalización

Al asumir la presidencia, Evo Morales entregó el Ministerio de Minería a los dirigentes aburguesados de las cooperativas mineras, que pretendían la privatización de las áreas más ricas de Huanuni en alianza con capitales extranjeros. El intento de asalto de las cooperativas, apañado por el gobierno, provocó los enfrentamientos del 5 y 6 de octubre del 2006 (con 16 muertos y

muchos heridos), donde los asalariados defendieron a dinamitazos su fuente de trabajo. El triunfo fue tal que derribó al Ministro, consolidando la nacionalización y se crearon 4.000 nuevos puestos de trabajo, incorporando a los cooperativistas pobres y desocupados como obreros de la mina.

Julio del 2007. Un paso más

La nueva situación generada por el triunfo planteó nuevos problemas: desarrollar la mina y organizar el trabajo de los 5.000 asalariados. Los trabajadores discuten y diseñan un plan de trabajo, que las autoridades se niegan a aceptar.

En julio y tras largas e infructuosas negociaciones, los mineros se declaran en huelga y bloquean las rutas de la región exigiendo que el Gobierno les ceda la administración de los recursos generados por la Empresa Minera Huanuni (EMH), para poder hacer exploración, desarrollo e inversiones como la construcción de un nuevo Ingenio para procesar el mineral. También reclaman una ley que reconozca la

nacionalización y el monopolio estatal de la comercialización de minerales para poner fin a las maniobras de los pulpos privados y al robo de estaño. El gobierno reprimió violentamente aunque luego cedió en varios puntos. Evo Morales, en persona justificó la represión afirmando que “la gente me pide ¡Evo, mano dura con los bloqueadores!” y que “los mineros antes eran una esperanza y ahora son un perjuicio”. Es que la lucha de Huanuni tiene un contenido político: ¿quién manejará la mina y determinará la política minera, los trabajadores o el gobierno y sus funcionarios? La fuerza y las consignas obreras son una amenaza para la política de colaboración de clases del MAS con los empresarios y las transnacionales mineras (no olvidemos que el MAS acaba de privatizar la inmensa reserva de hierro y manganeso de El Mutún). Por eso el gobierno frentepopulista rechaza violentamente cualquier reclamo que afecte el orden capitalista o signifique mayor autonomía obrera.

El “control social” minero y el control obrero colectivo

Parte notable de esta gran experiencia de lucha y organización es el “control social” de la marcha de la empresa ejercido por los trabajadores. Los mineros lo llaman así para diferenciarlo del “control obrero” de los años 50, cuando bajo ese nombre el gobier-

no del MNR cooptaba algunos burócratas sindicales en los directores de las empresas públicas. El “control obrero social”, como lo llaman también los compañeros, permite que “en Huanuni no haya secreto empresarial y cualquier trabajador de base tiene acceso a los datos de la empresa” decía el dirigente Mario Martínez relatando la experiencia de los mineros ante un auditorio de trabajadores en la Casa Obrera y Juvenil de El Alto (24/05/07). Una comisión de representantes elegidos en asamblea y responsables ante ella discute todos los problemas de la producción, equipamiento, comercialización, sueldos, etc., con la gerencia.

En efecto, es un importante paso hacia el control obrero colectivo, si bien, entraña peligros, como la cooptación de los dirigentes que el gobierno quiere hacer para reducir el control social a una forma de “cogestión”, simple “co-rea de transmisión” de los planes oficiales e impedir así que se imponga como administración obrera directa, sirva de “escuela obrera de planificación” y que sirva de ejemplo a los trabajadores de otras empresas y de las empresas públicas privatizadas.

Jalones en un programa obrero

El proceso de lucha de Huanuni ha puesto sobre la mesa, objetivamente pero también en las reflexiones, acciones

y demandas de los trabajadores, cuestiones tales como la nacionalización sin pago y bajo control de los trabajadores, incorporación de los desocupados y los cooperativistas pobres al plantel asalariado para fortalecer las filas obreras decidiendo los trabajadores mismos y no los tecnócratas del gobierno si es o no “viable”, autodefensa obrera, la democracia de las asambleas y su control sobre los dirigentes, son otros tantos jalones del programa obrero transicional que esta avanzadilla de la clase trabajadora va recuperando en la lucha. Una lucha en la cual la experiencia con el populismo reformista del MAS muestra también la necesidad de recuperar la independencia sindical frente al gobierno, el Estado y los empresarios y avanzar hacia la organización política independiente de los trabajadores. Estos son puntos de apoyo para que el nuevo movimiento obrero boliviano que hoy despierta se forje un programa a la altura de las tareas y desafíos que hoy debe enfrentar, recogiendo en sus manos la gran tradición sintetizada en las Tesis de Pulacayo –el programa votado en 1946 por la vanguardia minera- e incorporando las lecciones de la lucha de clases.

Está planteada una tarea estratégica de enorme importancia como es que la clase obrera templando y uniendo sus fuerzas, se prepare para acaudillar al pueblo pobre a los campesinos e indígenas hacia una salida de fondo, obrera

Los primeros pasos de un nuevo movimiento obrero y las tareas de los revolucionarios

POR DAVID DIAS

Nos proponemos encarar en el próximo número de Lucha de Clases un trabajo más desarrollado acerca de los cambios en la subjetividad del proletariado que se han dado en los últimos años. Sin embargo, queremos hacer aquí una introducción que abra la reflexión sobre los distintos fenómenos que se desarrollan en el seno de la clase obrera. Hablamos desde la experiencia que

hemos realizado los militantes de la LOR-CI (Liga Obrera Revolucionaria) en distintos sectores de la clase obrera, alteña en particular. Es que la Casa Obrera y Juvenil de El Alto se ha transformado en un centro obrero de reflexión, lucha y organización. Allí se han reunido y organizado durante estos últimos años varios centenares de trabajadores, que forman parte de los sec-

tores más precarizados como los trabajadores de Aseo Urbano de El Alto pasando por jóvenes trabajadores de Aguas del Illimani hasta sectores de las empresas “capitalizadas” como los del Aeropuerto Internacional de El Alto.

Antecedentes

En nuestro país, el “puño de la clase obrera”, el proletariado minero, junto con los fabriles y otros sectores, sufrió una severa derrota luego de las jornadas de marzo del 85, y a esto hay que sumarle las derrotas que la burguesía impuso a mediados de los 90 para imponer la “capitalización” en sectores como los petroleros y otros.

Fue esta serie de derrotas lo que permitió la implementación de los planes neoliberales, que terminarían hundiendo más en la miseria a los trabajadores y el pueblo.⁽¹⁾

Con la clase obrera en repliegue y el neoliberalismo (encarnado en los partidos tradicionales) avanzando despiadadamente sobre las conquistas de los trabajadores y el pueblo, fueron los pueblos originarios, los campesinos y el pueblo en general, los que encararon el protagonismo de la resistencia a los planes de expropiación y saqueo del imperialismo, mientras que los 20 años de derrotas fueron una carga muy pesada para la clase obrera a la hora de entrar en acción.

Los maestros fueron uno de los principales sectores de la resistencia en estos años, con grandes y combativas huelgas indefinidas. Sectores obreros tendieron a resurgir en 1996-97, como mostró la lucha minera de Amayapampa-Capacirca, con la ocupación de minas que termina en la resistencia armada y la “Masacre de Navidad” de 1996, en el marco de un proceso entre los trabajadores del subsuelo que parece haber sido más extenso, pues en este período los trabajadores de Huanuni y otros protagonizaron diversos conflictos defendiendo su salario y condiciones laborales.

También entre los trabajadores urbanos hubo luchas de importancia, como la toma de la fábrica Mex, importante textil de La Paz y otros procesos que llegaron a las ocupaciones de fábrica en Aceite Fino (Cochabamba, 1999) e Ingenio La Bélgica (Santa Cruz, 2000).

Sin embargo, varias de estas luchas fueron derrotadas –como en Mex, cuyos dirigentes fueron duramente perseguidos por la justicia y algunos debieron exiliarse– lo que junto con el nefasto rol propaternal de las direcciones sindicales del sector y de la COB de entonces, dejaron al movimiento obrero mal preparado para resistir el impacto de la severa y prolongada recesión económica de 1997-2002, que afectó la producción industrial y minera, aumentando el desempleo abierto, el subempleo y la precarización laboral. Este cuadro de situación adverso hizo que el movimiento obrero que comenzaba a levantar cabeza cayera en una nueva fase de retroceso que duraría algunos años. Entre tanto, el auge campesino e indígena consolidaba su papel central y avanzado en esta fase del ascenso, protagonizando heroicas luchas e impactando con creciente fuerza en el imaginario colectivo. La seguidilla de insurrecciones y grandes crisis nacionales que van desde la guerra del agua en abril de 2002 hasta los levantamientos y masivas movilizaciones de junio de 2005 pasando por las jornadas revolucionarias de Octubre de 2003, tienen como protagonistas a los pueblos originarios, campesinos del altiplano, cocaleros etc. La participación de los asalariados como clase se vio fuertemente diluida, a excepción de los mineros de Huanuni que actuaron como una “guardia obrera” de vanguardia en las Jornadas de Octubre, y aunque más atrás, los asalariados del magisterio urbano y rural que participaron en las movilizaciones, mientras que la nueva clase obrera alteña participaba diluida en el movimiento de tono popular. Sin embargo, vemos hoy una lenta pero importante recuperación de la clase obrera que viene desde las profundidades, desde los lugares de trabajo, organizándose para defender la estabilidad laboral y frenar la prepotencia patronal, obtener los beneficios sociales, recuperar derechos postergados, luchar por el aumento salarial, etc. Las organizaciones matrices no están “en línea” con este resurgir desde las bases. Y es esta contradictoria evolución del movimiento obrero de base con sus direcciones lo que le da un carácter explosivo, pues sienta la posibilidad de que surja un nuevo movimiento obrero que tome la

tradición revolucionaria de uno de los proletariados más combativos del continente, como son los trabajadores de Bolivia, y que a la vez descarte los vicios reaccionarios de la vieja burocracia sindical, con su programa y estrategia nacionalista y sus métodos de presión in extremis sobre los partidos burgueses y reformistas y el Estado.

Las bases políticas y subjetivas del actual proceso de recomposición de los asalariados

La clase obrera intervino diluida en los últimos grandes acontecimientos. Sin embargo fueron decenas de miles los trabajadores que han participado en forma efectiva mediante diversas formas de organización en los barrios y lugares de trabajo, participando de las juntas vecinales y otras formas de organización, actuando en primera línea en bloqueos y movilizaciones, enfrentando a la represión policial y militar, etc.

Fue esta rica experiencia de cinco años de lucha de clases y las ilusiones en que el gobierno del MAS resolvería sus aspiraciones democráticas, lo que alentó a la clase obrera a retomar la lucha, a animarse al patrón en las fábricas, talleres y empresas capitalizadas. Es que el movimiento obrero que en su mayoría es de origen indígena, también se sintió identificado con esa gran conquista democrática que fue la posibilidad de que los indígenas tuvieran acceso a los mandos del estado y plena participación en la vida política nacional.

Pero lo potencial de esta nueva experiencia basada en las ilusiones en el gobierno “popular”, es que los trabajadores que se animaron a dar la pelea, y en la lucha por sus reivindicaciones más sentidas es donde van realizando una variada experiencia con el gobierno de Evo, sus ministerios, la justicia, etc. y es en esos momentos donde parecería que aquí nada ha cambiado.

Pasos en el proceso de recomposición

A fines de 2005 surge SITRASABSA, el sindicato de los trabajadores del Aeropuerto Internacional de El Alto, en 2006 surgen: el sindicato de DBU Swisport, el Sindicato de los trabajadores

s Bolivianos) SITRATEA, SITRASABSA Santa Cruz, el sindicato de los mineros asalariados empleados por cooperativistas en Potosí y Chuni Chuquini en el norte de La Paz, el Sindicato de Trabajadores de la empresa de limpieza TOTE's (finalmente traicionado por la Federación de Fabriles de La Paz junto al Ministerio de Trabajo que apoyaron una lista amarilla), también en 2006 los trabajadores de Aseo Urbano de El Alto inician la lucha por sus demandas postergadas, en 2007 se forman: el sindicato de los trabajadores de Súper Canal, el sindicato de los estibadores de SOBOCE, el sindicato de Chóferes Asalariados Inter-departamental, el Sindicato de Trabajadores Textiles de la empresa Electro Fashion, boicoteado nuevamente por la FDTFLP imponiendo una directiva sumisa del empresario y avalando los despidos.

Conocemos estos ejemplos de cerca porque hemos participado tanto en su formación como en la orientación para la lucha. Pero este proceso va mas allá de nuestros propios datos y en algún momento la prensa reconoció que se formaban varios sindicatos por mes ya en el 2006, en un difícil proceso que incluyó, por supuesto triunfos y derrotas.

Las acciones políticas

Este proceso no solo ha dado pasos en la reorganización de la clase, también los trabajadores han sido protagonistas de importantes batallas políticas. Entre ellas podemos nombrar la gran acción llevada a cabo por los mineros de Huanuni en octubre del 2006, quienes con dinamita en mano defendieron la propiedad estatal del cerro Posokoni, de la intentona privatizadora de los cooperativistas aliados al gobierno del MAS. Los mineros en una gran acción política, forjaron una alianza obrero, campesina y popular que aglutinó al pueblo de Huanuni, quebró el frente cooperativista, ganando al sector más humilde, y a los desocupados en especial, demostrando la potencialidad de la alianza de las clases subalternas con el proletariado como sujeto social dirigente. Esta alianza es la que garantizó la verdadera nacionalización de la Empresa Minera Huanuni y abrió las puertas a la profundización del "control social" por los trabajadores.

Bloque Obrero Popular

Entre otras de las acciones de valor político sindical, podemos nombrar el intento de varios sindicatos asalariados a través del BOP (Bloque Obrero Popular) de imponerle a la COR alteña una representación obrera a través de la acreditación plena de estas organizaciones. Entre ellas podemos nombrar a SITRASABSA, Sindicato de DBU, Magisterio Urbano El Alto, Petroleros de Senkata, Sindicato de Aseo Urbano, Sindicato de Cotel, SCHATIN etc. Y mas allá de las diferentes políticas y propuestas para la orientación de la COR,⁽²⁾ hay que constatar y tener en cuenta que hace muchísimo tiempo que no se veía un bloque de composición obrera en la ciudad de El Alto. Quizás este sea uno de los mejores ejemplos de una tendencia, aunque embrionaria, a la formación de un polo de reagrupamiento obrero, que se manifiesta además en la solidaridad entre los sindicatos de base a la hora de la lucha.

Control Obrero

Finalmente tenemos que decir que la propuesta de los trabajadores de DBU-Swissport, de revertir al estado y poner bajo control obrero colectivo los Almacenes Aduaneros de El Alto, se ha constituido en un salto programático de este fenómeno de reorganización. Un gran aporte para poner en pie un nuevo programa obrero que de respuesta a las demandas de los trabajadores como a la crisis nacional.

Si los trabajadores de los Almacenes Aduaneros logran imponerle al gobierno del MAS esta exigencia, será un gran ejemplo para los miles de trabajadores de las empresas capitalizadas. Un gran ejemplo para desnudar las maniobras del MAS y su demagogia de "control social" que solo busca el control político del gobierno sobre las organizaciones sociales. Un gran ejemplo para los trabajadores petroleros, únicos capaces de garantizar una verdadera nacionalización de los hidrocarburos y acabar de una vez con la escasez del gas y, mediante un plan racional llevar el gas a cada casa del país.

El rol de la burocracia sindical

Los dirigentes de la COB y de la gran mayoría de COREs y CODEs ha hecho

poco y nada para desarrollar e impulsar a los trabajadores que intentan organizarse en sus lugares de trabajo. Con sellos y votos resolutivos a favor de tal o cual lucha no se logra nada, y así es como responden los entes matrices a los trabajadores que acuden para organizarse. La otrora "Central Obrera Boliviana" se ha transformado en un ente súper - estructuralizado, una relación burocratizada al extremo es la que mantiene con los trabajadores sindicalizados. No hay la más mínima política ni intentos de acercamiento hacia los obreros sin sindicato. Las recientes palabras de Evo Morales; en un acto transmitido por TV: "antes a Bolivia la conocían por la COB, ahora cada vez más nos conocen como Bolivia", son elocuentes. La parálisis de la central, sostenida en la colaboración a veces abierta, a veces velada con el gobierno, desarma a la clase obrera para las luchas por venir. Un claro ejemplo fue la lucha del LAB del año pasado, donde la COB no realizó ningún esfuerzo por coordinar y unificar esta lucha, para transformar, la primer gran lucha obrera bajo el gobierno de Evo, en una gran causa popular y nacional por la nacionalización y el control obrero de la aerolínea de bandera. Otra clara expresión de su adaptación al gobierno de MAS, es su sistemática negativa a dar cualquier paso para el surgimiento de un IPT (Instrumento Político de los Trabajadores) lo que permitiría acelerar la experiencia de grandes franjas de trabajadores con el gobierno del MAS, y por otro lado ayudaría a romper el corporativismo que reina en la gran mayoría de los sindicatos. Esta sería una gran herramienta para desarrollar la idea de la independencia de clase preparando a los asalariados, no solo para la lucha en el lugar de trabajo, es decir, obreros contra patrones, sino también para que estos intervengan políticamente en la vida nacional haciendo sentir su voz. Esto se manifiesta de manera descarada en que el actual Comité Ejecutivo de la central haya cajoneado el documento político aprobado en el 14º Congreso Ordinario. Este documento fue propuesto por los mineros de Huanuni y la COD Oruro donde se instruía a los nuevos dirigentes implementar la construcción de un IPT.

Las maniobras de las federaciones conciliadoras

La política de la Federación Departamental de Trabajadores Fabriles de La Paz es uno de los mejores ejemplos de cómo reaccionan los sindicatos conciliadores ante este proceso de reorganización obrera. Temerosos de que decenas de talleres y grandes fábricas comiencen a organizarse en forma independiente y cuestionen el carácter conciliador de la federación, han decidido adelantarse. De hecho han lanzado una línea de formación de sindicatos amarillos en acuerdo con las patronales esclavistas que no pagan ni siquiera el salario mínimo nacional, someten a los trabajadores durante más de 12 hrs. de trabajo, las horas extras no se pagan y como si fuera poco en todas las fábricas y talleres reina el maltrato y la humillación de los supervisores y capacitados. Podemos nombrar el caso de Electro Fashion, donde un grupo de trabajadores, cansados del maltrato y los bajos salarios decide organizarse, el empresario comunica a la FDTFLP, la federación se presenta con el cura Obermayer (para tener el perdón de dios) e imponen una directiva amarilla votada hasta por el empresario, los que iniciaron la lucha por el sindicato son despedidos una semana después. Otro ejemplo nauseabundo, se pudo observar el 1 de Mayo de este año, donde miles de trabajadores fabriles se vieron obligados a marchar con la polera de AME-TEX. Si, en su día, los trabajadores tuvieron que marchar con la polera de los empresarios más explotadores de este país. Así la FDTFLP intenta maniobra tras maniobra, detener este proceso de recomposición que pone en peligro sus intereses, ya sea los del ala pro MAS o los del ala abiertamente empresarial. Sus peleas de camarillas

se terminan a la hora de evitar el surgimiento de obreros combativos que se quieran organizar independientemente. Esta ubicación de las instituciones obreras es la que provoca, como reacción, que los nuevos sindicatos que logran saltar los obstáculos para constituirse, tiendan y vean necesario un reagrupamiento obrero independiente.

Elementos de una nueva subjetividad obrera

En todas estas luchas, con sus respectivas experiencias, tanto con el gobierno como con las Centrales Obreras o Federaciones, se decantan distintos aspectos en el seno de la clase obrera que se debe analizar más profundamente y que desarrollaremos en el próximo número de Lucha de Clases.

Si bien todavía no hay ruptura política con el gobierno del MAS ni claras tendencias a la independencia política, como primer hecho debemos constatar que hay procesos de vanguardia como el que representan los trabajadores de Huanuni, que siguen actuando sectores de tradicional combatividad, como el magisterio urbano de La Paz, y que está tomando forma, paulatinamente, un nuevo sindicalismo obrero en El Alto. En segundo lugar, podemos constatar que surge una gran camada de activistas sindicales obreros, sectores de vanguardia que arman sindicatos, organizan la lucha salarial, etc. y que son el caldo de cultivo para el desarrollo de este proceso de recomposición. Nuestra experiencia nos dice que en cada taller, fábrica o empresa que se da una pelea, nuevos sectores de trabajadores avanzan un paso más allá que el resto de la clase, sacan conclusiones e intentan elevar las reflexiones más allá de su experiencia concreta. Es lo que

llamamos junto con Trotsky y Lenin capas avanzadas. Es esta franja de la clase obrera la que tiende a continuar su militancia en el movimiento obrero más allá de los conflictos en su propio sector y reflexionar sobre los problemas más generales.

Y por último debemos anotar lo que consideramos el surgimiento de una embrionaria inteligencia obrera. Son los trabajadores que a través de distintas formas difunden sus experiencias, su programa y su política hacia el conjunto de la clase obrera y el pueblo, intentando generalizar las conclusiones de su experiencia concreta. Este fenómeno se expresa en varios de los nuevos dirigentes que está dando este proceso. Y que pueden ser un importante canal para empalmar con los cuadros marxistas y que las ideas del socialismo obrero y revolucionario lleguen a las capas avanzadas de la clase obrera.

Son estos cambios en la subjetividad de los asalariados, que van desde la lucha por las consignas mínimas hasta planteos transicionales como el de Control Obrero, los que ponen un gran desafío político, organizativo y teórico para los marxistas revolucionarios. Es necesario, desarrollar una visión lo más acertada de este proceso y una correcta orientación que ayuden a preparar las futuras luchas del movimiento obrero en todos los terrenos. Y esto, comienza por volcar esfuerzos políticos y organizativos a la clase trabajadora. Es lo que con nuestras modestas fuerzas intentamos hacer, sosteniendo la Casa Obrera y Juvenil de El Alto, con la edición de Palabra Obrera como quincenario, la reflexión teórica a cuyo servicio está Lucha de Clases y el apoyo sistemático a la organización y lucha de los trabajadores.

Notas:

1 A mediados de los 90 y en el primer mandato de Sánchez de Losada, para poder implantar estos planes fue necesario recurrir a ataques brutalmente antidemocráticos. Así frente a las huelgas generales decretadas por la COPB intentado resistir la ofensiva, más de 700 dirigentes obreros fueron confinados en campos militares del Beni,

dirigentes petroleros fueron presa de persecución y de procesos penales. No hace falta recordar que en ese momento fue encarcelado Morales Dávila por la lucha contra la capitalización. El final de este proceso de resistencia fue la derrota de la fábrica MEX y la masacre de Amayapampa y Capacirca.

2 Actualmente la Central Obrera Regional de El Alto, tiene una composición abrumadoramente cuenta propista, dirigida por los gremiales, mercados panaderos, carniceros y artesanos. Los más de noventa mil asalariados de El Alto no cuentan con una representación proporcional.

POR DAVID DIAS

HUANUNI, SITRASABSA,
SITRATEA, ASEO URBANO
EL ALTO, DBU-
SWISSPORT,
LABORATORIOS VITA,
SUPERCANAL, SABSA
SANTA CRUZ, CHRISTIE'S,
CABILDO DE ENERO EN
EL ALTO, CONGRESO
COR-EL ALTO,
CONGRESO DE LA COB,
CASA OBRERA Y JUVENIL



Imágenes de organización y lucha de la recomposición obrera

31

1. Obrera de TEA entrega una carta de denuncia sobre su lucha al presidente Evo Morales. Fue en el Palco Oficial de la Plaza Murillo, en los actos oficiales del 6 de agosto de 2006.
2. Cientos de trabajadores y trabajadoras de Aseo Urbano de El Alto, se movilizan por la autopista en los camiones de la empresa, para reclamar al Ministerio de Trabajo.
3. Los aeroportuarios de SABSA bloquean el acceso al Aeropuerto de El Alto, pese al despliegue policial.





2

1

3

4

6

5



Numerosos procesos de organización sindical y luchas a nivel de fábricas, talleres y empresas, se vienen dando en diversos sectores; en el transporte y los servicios, como entre los obreros y obreras más precarizados.

1. Una de las asambleas de SITRASABSA - El Alto.
2. Marcha de trabajadores de TEA recorre Plaza San Francisco en La Paz.
3. La carpa de resistencia de los trabajadores de

TEA en El Prado, a mediados del 2006.

4. Los y las trabajadoras de la Ex-Christies en el Prado, reclaman ante el Banco BISA.
5. Trabajadores de Supercanal se organizan.
6. Los aeroportuarios de SABSA en Viru Viru de Santa Cruz, también conquistaron su sindicato. Aquí, se movilizan con un piquete en el Hall del Aeropuerto más grande del país,



1 2

3

4

5

6

La lucha de los trabajadores no se reduce al plano sindical. Una permanente lucha política por las posiciones de clase y revolucionarias está planteada en el seno de las organizaciones sindicales y de masas.

1. Edwin Gutiérrez, Stario. Gral. de SITRASABSA habla ante el cabildo popular de El Alto convocado por la COR, en las movilizaciones de enero de 2007.
2. Grover Muñoz, miembro de la directiva sindical de SITRASABSA en la reunión del Bloque Obrero y Popular, oposición formada por más de una docena de organizaciones sindicales (maestros, aeroportuarios, telefónicos, almacenes

aduaneros y otros) durante el Congreso orgánico de la COR de El Alto.

3. Javo Ferreira, dirigente de la LOR-CI, interviene en el último Congreso nacional de la COB.
4. El periódico Palabra Obrera en la huelga de Laboratorios Vita, importante lucha fabril contra la prepotencia empresarial.
5. Trabajadores de TEA se organizan en la Casa Obrera y Juvenil de El Alto.
6. En ocasión del segundo aniversario de la Casa Obrera y Juvenil, un importante Seminario de trabajadores reunió a decenas de asistentes de distintos sectores.



Un nuevo sindicalismo Una creciente disposición a la lucha

Comienzan a surgir un nuevo sindicalismo entre los trabajadores asalariados en El Alto, independiente del gobierno y de los empresarios, y sus partidos, con métodos de democracia obrera y permanente consulta a la base, que levanta posiciones políticas de clase y propuestas programáticas avanzadas. Los elementos más destacados son el fortalecimiento de los mineros de Huanuni, tendiendo un puente entre la heroica tradición y la nueva realidad de los trabajadores del subsuelo; la presencia de sectores combativos (como el magisterio y los trabajadores de la salud); y el nacimiento de un nuevo fenómeno: el nuevo sindicalismo obrero en El Alto, como muestran los aeroportuarios de SITRASABSA y el sindicato de DBU-Swissport.

1. Movilización de SITRASABSA ante el Ministerio de Trabajo.
2. Trabajadores de Aseo Urbano de El Alto cortan la calle ante el Ministerio de Trabajo.
3. Asamblea de los trabajadores de DBU-Swissport en los almacenes aduaneros.
4. Represión policial a los mineros de Huanuni, fue en Caihuasi, en julio de 2007.
5. Marcha del magisterio urbano de La Paz, mayo de 2007.
- 6 y 7. La protesta de los maestros.
8. Columna de La LOR-CI el 1º de Mayo de 2007



Si hay un prejuicio difundido con insistencia desde los medios de comunicación, en los círculos de la intelectualidad de las ONGs, la academia universitaria y otros medios “progresistas”, es que el marxismo está “superado”, es “inaplicable” o “insuficiente” para comprender las transformaciones sufridas en estos “tiempos de globalización” por la economía, la sociedad y la política a nivel mundial y, sobre todo, para comprender la realidad social boliviana en su especificidad.

La corriente representada por Álvaro García Linera, hoy Vicepresidente Constitucional de la República de Bolivia, el grupo La Comuna y otros escritores afines, se han convertido, por así decirlo, en la principal “usina ideológica” local de ese “pensamiento crítico” que presume de renovar o superar el marxismo y que con el pretexto de dejar atrás una supuesta ortodoxia osificada, practica una profunda ruptura con la obra de Marx y sus continuadores. Es en realidad un antimarxismo que reincide en los gastados límites del pensamiento burgués en su renuncia a toda perspectiva emancipadora de la Humanidad.

Esta corriente se presenta como “nacional” e intérprete del proceso social y político que viene conmocionando a Bolivia en los últimos años; pero en realidad, su construcción teórica no va más allá de combinar eclécticamente viejos prejuicios populistas vertidos en un lenguaje de ribetes indigenistas con la última palabra de las modas intelectuales llegadas de Europa o Estados Unidos; todo, como cobertura ideológica de su proyecto político crudamente reformista. Si bien la práctica política que desarrollan en la gestión del Estado burgués ayuda a desenmascarar el verdadero carácter de estos “intelectuales críticos”, no por ello deja de ser necesaria también una delimitación teórica, deslindando claramente sus ideas del marxismo, puesto que son dos puntos de vista, concepciones teóricas y programas políticos completamente opuestos.



Populismo posmarxista vs. marxismo

¿Qué teoría para el análisis de la realidad boliviana?

POR EDUARDO MOLINA

I. Secuelas de un período de reacción

Las ideas que predominan en la “intelectualidad crítica” de nuestro tiempo reflejan las secuelas de una larga época de reacción en las décadas finales del siglo XX, en la que se extendió la ofensiva ideológica burguesa expresada por el neoliberalismo y por el estado de ánimo “posmoderno”. Una época de derrotas de la clase obrera internacional y los pueblos oprimidos que también golpeó duramente al movimiento obrero y popular en Bolivia. Una época de cambios en la economía capitalista y las modalidades de la organización político-estatal de la sociedad burguesa. Una época de crudo triunfalismo burgués e imperialista ideológicamente investido de “neoliberalismo”, tanto más agresivo e histérico cuanto más inestables se mostraron sus “logros”. En este clima hostil, el marxismo y las voces que lo reivindicaban fueron relegados o excluidos sistemáticamente de

los ámbitos intelectuales –universidades, publicaciones, editoriales, ONGs, etc.– que proporcionan reconocimiento social e institucional y difusión, y por supuesto, los grandes aparatos reformistas y la burocracia de las organizaciones sindicales tomaban la mayor distancia posible de las ideas que hasta poco antes, les permitían presentarse como “socialistas”.

Sin embargo, y a pesar de los ingentes esfuerzos publicitarios y materiales invertidos en sostenerla, la ofensiva ideológica neoliberal ha perdido impulso y está en crisis o franco retroceso (como en América Latina).

Los males del capitalismo imperialista se evidencian en las fuertes contradicciones que hacen incierto el curso de la economía mundial y hacen temblar las plazas financieras de Estados Unidos y todo el mundo, el inocultable agravamiento de la explotación obrera y las

y las penurias populares, las contradicciones de la restauración capitalista en los ex Estados Obreros del Este, las consecuencias de las intervenciones imperialistas y la incapacidad de Estados Unidos para restablecer su decadente hegemonía mundial (Irak!) y las guerras civiles fomentadas por las potencias (África!). Al mismo tiempo, los procesos de renovada lucha de clases como los que en los últimos años conmovieron a América Latina, derribando a varios gobiernos pro imperialistas, y fenómenos de descontento social en los países capitalistas avanzados (como el movimiento antiglobal, las huelgas en varios países de Europa o la rebelión juvenil en Francia), contribuyeron a crear condiciones más favorables a una renovación intelectual radicalmente crítica.

Como parte de la misma, asistimos a escala internacional a un alentador re-verdecer del pensamiento marxista, con autores como Daniel Bensaid, Robert Brenner, David Harvey, Terry Eagleton, John Bellamy Foster, Frederic Jameson, Alex Callinicos y muchos otros que se inspiran en el legado de Marx y sus continuadores para producir una rica y variada literatura que abarca desde la crítica de la economía y la política internacional a la geografía, la historia, las ciencias, la ecología, la crítica cultural y la filosofía. Después de años de olvido, también vuelven a reeditarse y concitar interés numerosas obras de los clásicos del socialismo: los propios Marx y Engels, Lenin, Gramsci, Trotsky y otros. Lamentablemente, este conjunto de trabajos, con toda su riqueza y variedad, es todavía poco conocido en el medio boliviano.

Pese a ese alentador “retorno de Marx”, la corriente principal (el mainstream ideológico) y más influyente entre la intelectualidad y los medios de izquierda sigue siendo un variopinto “pensamiento crítico”, tributario del posmodernismo y expresión de variantes ideológicas que en nombre de pretendidas “superaciones” del marxismo, constituyen en realidad un enorme retroceso y una recaída en los límites del pensamiento burgués.

Raíces objetivas del clima antimarxista

Conviene detenerse en las condiciones objetivas reaccionarias que impregnaron

de antimarxismo el clima cultural y político de izquierdas en las últimas décadas, dándole en cambio su “cuarto de hora de la fama” a los exponentes de las modas teórico-literarias “post”. Es que “la fuerza no sólo conquista, sino que a su modo convence. La embestida de la reacción no sólo destruye físicamente a los partidos. También corrompe moralmente a la gente. Traducen a un lenguaje inmaterial y a una crítica universal su temor ante la reacción: ‘algo debe andar mal en las viejas teorías y métodos’...”.⁽¹⁾ Así describía Trotsky la atmósfera moral y política en los ámbitos de izquierda en los años 30, ante el avance del fascismo y la contrarrevolución política stalinista en la Unión Soviética. Poderosas fuerzas materiales causaron fenómenos similares en las décadas finales del siglo XX.

Derrotas de importancia histórica en la lucha de clases

El factor más evidente es la derrota del gran ascenso revolucionario de los 70, que dio procesos como el Mayo Francés del 68, la Primavera de Praga (comienzo de la revolución antiburocrática en Checoslovaquia), el Otoño Rampante en Italia, los procesos revolucionarios en el Cono Sur (Chile, Bolivia, Argentina, Uruguay), la Revolución Portuguesa (1974), el triunfo de Vietnam (1975), entre muchos más. Sin embargo, el conjunto del ascenso fue derrotado con golpes sangrientos –como en Sudamérica– o por vía reaccionaria –como en Europa– en momentos en que se desarrollaba una profunda crisis capitalista. Esa serie de derrotas de importancia histórica de la clase trabajadora internacional tuvo efectos acumulativos y permitió una feroz contraofensiva burguesa e imperialista para imponer al proletariado, a los países oprimidos y a los Estados Obreros burocratizados (los entonces mal llamados “países socialistas”) los costos de la crisis; ofensiva que encontró expresión en el neoliberalismo con el que “por primera vez desde el siglo XIX, la burguesía adquirió una ideología ofensiva”⁽²⁾ al menos, de una manera tan amplia y sostenida como la que caracterizó el último cuarto del siglo XX, ya que hubo otros momentos de contraofensiva político-ideológica del capital (fueran de estabilidad, renovando el optimismo burgués, o de fu-

riosa reacción).

La forma reaccionaria en que se resolvió el hundimiento del stalinismo después de 1989 (ahogando las posibilidades de la revolución política y abriendo paso a la restauración capitalista) permitió decretar “la muerte del socialismo” poniendo un signo igual entre el socialismo y el marxismo con el colapso de la burocracia en la URSS, China y el Este de Europa, presentada como constructora de un supuesto “socialismo real”, (término con el que se mixtificó la compleja realidad de los viejos Estados obreros burocratizados).

Fueron los años en que el triunfalismo ideológico del capital entonaba salmos al triunfo del libre mercado y anunciaba el “fin de la historia”. Se cantó también el “adiós al proletariado” apoyándose en las derrotas y el retroceso de la clase trabajadora para deducir la negación, políticamente interesada, de la clase obrera como sujeto social y político autónomo, y por supuesto “la muerte del marxismo”.

Cambios en el capitalismo mundial

Pero además, la derrota del proletariado creó condiciones que el capital utilizó ampliamente para adaptarse y contrarrestar su propia crisis, abriendo un nuevo ciclo de acumulación que en medio de enormes contradicciones y sin igualar los “años dorados” del boom de posguerra, le permitieron sin embargo, abrir una fase de recuperación acompañada de cambios de importancia en la economía mundial (un nuevo ciclo o fase de internacionalización de las fuerzas productivas, la denominada “globalización”); la configuración de clases (una amplia reestructuración del proletariado, con una mayor extensión, precarización y dispersión de las fuerzas obreras por un lado, y creación de nuevos polos de concentración proletaria por otro. Al mismo tiempo, se desarrollaron nuevas capas medias); la organización del sistema mundial de Estados (Estados Unidos emergió como la única superpotencia, después del hundimiento de la URSS, pero sin poder asentar su hegemonía mundial y en decadencia) y las formas de la dominación política (El Estado burgués se adaptó a las nuevas condiciones y a las exigencias de la ofensiva del capital, desmontando muchos de los componen-

50 y 60 en los países centrales y su “copia pobre” -el “Estado nacional”- en el mundo semicolonial), además, las derrotas históricas de la clase trabajadora permitieron la extensión de regímenes de democracia burguesa. Estos procesos innegablemente implicaron ciertos cambios en el “marco estratégico” de la lucha de clases, pero no suprimen ni resuelven, sino que llevan a un nuevo plano histórico las contradicciones y antagonismos fundamentales del capitalismo en su época de declinación histórica, y por tanto, la vigencia de los análisis marxistas y la perspectiva revolucionaria del socialismo.

Sin embargo, una gran parte de la intelectualidad de izquierda sacó la conclusión de que los cambios acarreados por la “globalización” eran de tal naturaleza y envergadura que significaban una “verdadera ruptura histórica” y tornaban obsoletas las teorías existentes e inservibles las estrategias y programas desplegados hasta ahora desde la clase obrera para su emancipación.⁽³⁾

La “crisis del marxismo y los nuevos profetas

De ello, y bajo la influencia de la formidable ofensiva política, ideológica y propagandística de la reacción neoliberal, numerosos intelectuales sacaron la conclusión de que había una irreversible “crisis del marxismo”. Mientras algunos se arrojaron directamente en brazos del neoliberalismo o del posmodernismo, otros emprendieron la labor de “corregir” o “superar” sus supuestas deficiencias buscando un nuevo fundamento teórico para la izquierda, desarrollándose varias tendencias.

Un importante punto de apoyo fue el desastroso efecto de décadas de predominio del stalinismo y el reformismo en el campo de la izquierda y el movimiento obrero, nutriendo una forma dogmatizada de marxismo, impregnada de influencias de distintas escuelas de pensamiento burgués. Perry Anderson traza una visión de la suerte de las ideas marxistas en la posguerra y su escisión entre el dogma stalinista y el llamado “marxismo occidental”. Esta tendencia procedió a una ruptura con los temas y el método clásicos del marxismo, con la unidad entre teoría y praxis que le es característica, para derivar en una

preocupación casi exclusiva por los temas de las superestructuras y la cultura, en una recaída subjetivista en sus principales autores.⁽⁴⁾

Los intentos de renovación del esclerosado “marxismo oficial” de los Partidos Comunistas por Louis Althusser llevaron a introducir las teorías estructuralistas de moda a principios de los 60, desembocando en un callejón sin salida teórico y político. Como el propio Anderson reconocía, la corriente trotskista, a pesar de su debilidad organizativa, supo mantener la herencia teórica y metodológica del marxismo revolucionario y el enfoque de la unidad entre teoría y praxis.

Sin embargo, en este cuadro de situación y desde mediados de los 70, el marxismo fue perdiendo atractivo para la intelectualidad y muchos que hasta el día anterior juraban acriticamente por Mao o la URSS, comenzaron a predicar la “crisis del marxismo”, su “disolución”, arrojando de hecho la herencia teórica de Marx por la ventana, para dedicarse a la búsqueda de la “piedra filosofal” que permitiera una “superación”. En última instancia, esos intentos se basan en una operación ideológica simple y burda, por lo demás nada novedosa. Ya Bernstein, a fines del siglo XIX, incursionó en ese camino, anunciando la “crisis del marxismo” para justificar la importación de la filosofía neokantiana y su giro al reformismo. Por prejuicios académicos, ignorancia o mala fe, fue usual en diversos momentos del siglo XX entre los críticos del marxismo o en los que reconociendo su deuda teórica con la obra de Marx en algunos campos, buscaban tomar distancia y reconciliarse con el pensamiento académico. Es posible rastrear ejemplos de esta actitud entre los economistas keynesianos, entre los sociólogos, los estudiosos del arte y muchos más. Los “posmarxistas” no han inventado mucho tampoco en este terreno.⁽⁵⁾

El mecanismo habitual de esa operación consiste básicamente en:

- Reducir el marxismo a una caricatura mecanicista, aprovechando para esta operación el modelo dogmatizado y determinista de raíz stalinista y reformista. Se obtiene así un adversario fabricado a medida y por tanto muy fácil de combatir, al cuál adjudicarle los “pecados capitales” del “reduccionismo economicista”, el “esencialismo

clásico” y una “teleología histórica”.

- Buscar justificación en el “cambio epocal”, pues las transformaciones económicas, sociales y políticas de las últimas décadas, modificando substancialmente la realidad social en esta época de “globalización”, “revolución tecnológica” y “disolución de las clases”, habrían tornado obsoletas las premisas estructurales en que se asentaba el marxismo.

Con esto se justificaría la necesidad de superar a Marx. En palabras de Ernesto Laclau, uno de los más connotados posmarxistas: “Las verdades evidentes del pasado han sido seriamente cuestionadas por una avalancha de mutaciones históricas que han sacudido las bases sobre las cuales se construyeron esas verdades”.⁽⁶⁾ Por tanto, “Hoy nos encontramos ubicados en un terreno claramente posmarxista. Ni la concepción de la subjetividad y de las clases que el marxismo elaborara, ni su visión del curso histórico del desarrollo capitalista, ni, desde luego, la concepción del comunismo como sociedad transparente de la que habrían desaparecido los antagonismos, pueden seguir manteniéndose hoy”.⁽⁷⁾

De estos asertos no demostrados se deduce la conclusión: es necesario proceder a una revisión en regla -una “deconstrucción”- del marxismo, o bien “ir más allá de Marx”. Es así como se justifica una ruptura profunda, atacando el edificio teórico del marxismo en las direcciones cruciales, esenciales al mismo: la concepción materialista de la historia, el análisis de la economía y sociedad capitalista, el método anclado en la dialéctica, y la teoría política revolucionaria que condensa las lecciones de dos siglos de lucha de clases. Al mismo tiempo, suele haber un retorno a pensadores anteriores a Marx (Spinoza, Kant y otros) y un recurso al posestructuralismo (Deleuze, Guattari, Derrida, etc.) en el terreno de las ideas filosóficas. Estos presupuestos son casi el “común denominador” de varias corrientes ideológicas por otra parte muy distintas entre sí.⁽⁸⁾

El posmarxismo

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe aparecen como los más connotados exponentes de esta corriente que, comenzando por proponer la revisión la obra de Marx

e Marx (mediante una “deconstrucción” de su teoría) para replantear la estrategia socialista ante los cambios de la época que habrían hecho que el capitalismo ya no sea una sociedad fundada en la explotación del trabajo ni desgarrada por antagonismos sociales que hundan sus raíces en la división de clases. Para ello, cambia el supuesto “objetivismo” del marxismo por una construcción teórica derivada de las teorías posestructuralistas. Con ello, el lenguaje es absolutizado como constitutivo de la realidad social.

Pero esto lleva a la reconciliación con el “mercado” y la “democracia” en la tradición liberal. En efecto, “De la combinación de los postulados teóricos postmodernos con la redefinición de lo social como formación discursiva, donde a la ‘exorbitancia del lenguaje’ le corresponde una ‘exorbitancia de lo político’ sin ningún fundamento objetivo en las bases económicas de la organización social capitalista, surge la formulación del proyecto de la ‘democracia plural radical’ que basándose en la evaluación histórica de los ‘valores’ de la teoría liberal –‘igualdad’ y ‘libertad’- termina constituyendo como único horizonte estratégico la ‘profundización y expansión’ de la democracia”.⁽⁹⁾ Para combatir el presunto “esencialismo clasista”, abandona los criterios de definición objetiva de las clases sociales y puesto que ya no es posible establecer “correspondencia entre el nivel intuitivo y el análisis estructural”⁽¹⁰⁾ salta a una concepción de múltiples “identidades precarias y contingentes”, con lo que desaparecen de escena la lucha de clases y el proletariado como articulador de las luchas sociales, y se ingresa al mundo de las “políticas de la identidad” y de múltiples sujetos fragmentarios que, naturalmente, deben disputar en el terreno neutro del Estado y la democracia, olvidando que, como decía Marx “el poder político es la expresión oficial de los antagonismos de clase en la sociedad burguesa”.⁽¹¹⁾ El posmarxismo en clave socialdemócrata de Laclau, con todas sus elaboradas imposturas teóricas, no es más que una ideología de la resignación y la renuncia a toda perspectiva de emancipación social.

El autonomismo

Una vertiente distinta la constituye el

autonomismo, cuyo mayor exponente es el filósofo italiano Toni Negri, quien se propuso llevar a “Marx más allá de Marx” para construir una alternativa de izquierda que preservara el objetivo emancipador.

Sin embargo, comparte con el posmarxismo varios presupuestos teóricos importantes, como la influencia de los filósofos posestructuralistas, la ruptura con los puntos decisivos de la teoría marxista y la convergencia en una práctica política basada en la “miseria de lo posible”.

Para Negri, el presunto cambio epocal habría sido tal, que la propia teoría objetiva del valor⁽¹²⁾ pilar de la crítica de Marx a la economía política y clave para comprender la “anatomía” de la sociedad burguesa, se habría tornado obsoleta. Debido a la “globalización” el “imperialismo” quedó perimido para transformarse en “Imperio”⁽¹³⁾ “Hemos sido testigos de una irresistible e irreversible globalización de los intercambios económicos y culturales (...) En contraste con el imperialismo, el imperio no establece centro territorial de poder, y no se basa en fronteras fijas”. Ahora, “el Estado-nación ya no tiene su centralidad”, y se asiste al nacimiento de nuevas “formas globales de soberanía” y se borra la diferencia estructural entre países imperialistas y periferia dependiente: “¿Qué es lo importante de la globalización? El hecho de reenviar a los países singulares la responsabilidad de lo que son. No se puede más decir ‘es culpa del imperialismo europeo o americano’, es culpa nuestra lo que somos”.⁽¹⁴⁾

Al mismo tiempo, la concepción de clases y en particular la de clase obrera queda obsoleta, puesto que estaríamos en los tiempos del “trabajo inmaterial” con lo cual los asalariados ya no tienen un rol propio como clase y surgiría un nuevo sujeto resistente: la “multitud”: “ya no existe una clase obrera que se lamenta de la ausencia de un proyecto de gestión de la industria y la sociedad, ya sea gestión directa o mediatizada por el Estado (...) la decisión revolucionaria debe basarse en otro esquema constituyente (...) a través de aquella multitud en la que se configura la intelectualidad de masas”.⁽¹⁵⁾

Pero la “multitud” se convierte en una categoría tan abarcadora que no define nada, borrando la diferencia entre todos

los sectores sociales ahora igualmente sujetos al capital. Ya no habría diferencias de fondo entre, digamos, un obrero asalariado y un funcionario jerárquico. Esta visión no permite ver el rol de la pequeña burguesía acomodada, sostén del “neoliberalismo”, ni diferenciar la distinta potencialidad de las clases y grupos sociales que resisten la ofensiva capitalista. Y de hecho, niega la posibilidad de pensar a la clase obrera como articulador del movimiento de los explotados y oprimidos (campesinos, jóvenes, mujeres, pueblos originarios, etc.) en una perspectiva independiente del capital y sus agentes.

Al mismo tiempo, el autonomismo adhiere a la hipótesis de un “comunismo sin transición” a través de la “autodeterminación”, donde sería innecesario pensar la toma del poder estatal y construir una organización política con tal fin.

A pesar de su discurso, ni en la teoría ni en la práctica ofrece una alternativa consistente ante el reformismo más tradicional. Su “izquierdismo discursivo” va de la mano con posiciones abiertamente reformistas y “posibilistas” en los hechos, como es su apoyo a los gobiernos burgueses que regatean ocasionalmente con Estados Unidos: “Es la primera vez que América Latina aparece sobre la escena mundial como un centro interdependiente en el sistema mundial. Empieza a aparecer como un sujeto y esto esencialmente se debe a las políticas de los presidentes Lula da Silva y de Néstor Kirchner. ¿Que son los políticos que han roto la ligazón con la línea colonialista imperial.”⁽¹⁶⁾

Algunos elementos típicos del autonomismo (el rechazo a la organización política en nombre de una abstracta autodeterminación de las masas, la negativa a la lucha por el poder y a aceptar la necesidad objetiva de un período de transición hacia el comunismo, etc.), lo emparentan con el viejo anarquismo. Al rechazar la necesidad de derribar el Estado burgués y reemplazarlo por un poder obrero y popular los autonomistas emprenden un ataque sistemático contra la teoría política del marxismo revolucionario (es decir, el legado de Lenin y Trotsky), que al igual que los posmarxistas, consideran una sombra de las que “hay que desembarazarse”.⁽¹⁷⁾ El justificativo teórico sería la negatividad de toda forma de representación

política, por consagrar la separación entre lo social y lo político (en este caso, el partido y el poder soviético). Pero esto lleva a una contradicción insalvable: al no poder abolir de un solo golpe todo Estado, terminan dejando a los "movimientos sociales" que pretenden "autónomos", prisioneros de la política de presión sobre el Estado capitalista en su forma democrática –sumum de la "representación" burguesa. Es una reedición pobre –la historia se repite primero como drama y luego como farsa, diría Hegel– de los prejuicios anarquistas. Así, no pocos exponentes de ese autonomismo latinoamericano que "negaba" al Estado y la lucha por el poder han terminado arrodillándose ante la democracia burguesa, desde ciertas corrientes piqueteras "autogestionarias" en Argentina devenidas semikirchneristas y entregadas a gestionar los planes sociales (subsidios y bolsones de comida) del Estado; hasta Álvaro García Linera, convertido en vicepresidente constitucional de Bolivia para administrar el Estado burgués y promover el "capitalismo andino".

Los "neomarxistas"

Hay todavía otra vertiente, un tanto difusa, que reivindicando al marxismo en general, en su análisis del capital y la concepción materialista de la historia, fuerza sin embargo una tajante separación entre la "teoría pura" y su

expresión política. Para estos "neomarxistas", se trataría de superar la "ortodoxia política osificada" del marxismo, a la cual identifican sin más con el stalinismo. Por ejemplo, para Theodor Shanin (1990) sería preciso "derribar" los "cuatro ídolos" o "fetiches" que caracterizarían a la tradición marxista después de Marx (es decir, durante la Segunda y Tercera Internacionales) y que compondrían un "cuadrángulo de legitimación" que bloquea todo pensamiento creativo y crítico. Estos son: a) la constitución de la "ortodoxia" en recurso de consagración del poder político; b) la visión de la ciencia como guía de la historia, disminuyendo el papel de la voluntad y la acción humana; c) un "finalismo" que adopta la noción de "progreso" para justificar la racionalización creciente y la aplicación de la ciencia al dominio de la naturaleza y de la organización de la sociedad; d) las herramientas (necesariamente estatal-burocráticas).

Esta operación permitiría, recuperar la riqueza analítica de la obra de Marx pero reconociendo a la tradición socialista como mucho más amplia, donde el "marxismo ortodoxo" sería sólo una entre otras formas posibles de organización político-cultural. Para Shanin, como para Alain Lipietz (que propuso incorporar el legado de Marx a una nueva "ecología política") y otros, la reapropiación del cuerpo teórico del marxismo es necesaria y legítima, pero

a condición de que la estructura general de la teoría marxista sea sometida a una cuidadosa revisión. El sentido es transparente: en nombre de combatir a la aberración stalinista, se rompe no sólo con la política marxista, con la idea misma de poder revolucionario y de partido, etc., sino también se mina el terreno de todo el análisis del capitalismo, de su dinámica en nuestra época, y de las perspectivas de la transformación social. De la teoría de Marx quedarán fragmentos, incorporados a alguna nueva construcción ecléctica. No casualmente Shanin se desliza a una "revalorización" de las propuestas de los populistas rusos⁽¹⁸⁾ que supuestamente hubiera permitido evitar la revolución obrera y sus dramáticas vicisitudes. Otros autores, con variantes, se propondrán derroteros parecidos. A pesar de la gran diversidad ideológica entre las distintas corrientes mencionadas, los puntos de partida (la necesidad de revisar o superar el marxismo), los "blancos" escogidos para la ruptura (el análisis marxista de la sociedad capitalista, el método dialéctico, la teoría de las clases y el rol de la clase obrera, la teoría de la revolución) y las conclusiones políticas prácticas (una "misericordia de lo posible" abandonando toda perspectiva revolucionaria), no dejan de sorprender por las similitudes, estando empapados, en realidad, por el "sentido común" escéptico y pesimista de estos tiempos "posmodernos".

II. Un cierto populismo posmarxista en tono "andino"

De las viejas derrotas a un nuevo proceso revolucionario

Seis años de extraordinarios combates de las masas bolivianas, como el levantamiento insurreccional de Octubre, han abierto las puertas de un proceso revolucionario y un nuevo horizonte de esperanzas en la posibilidad de la transformación social para poner fin a los viejos males del país y los padecimientos populares. Sin embargo, la contradicción entre los nuevos vientos en la sociedad, con las potencialidades demostradas en este auge de masas, y el rezagado pesimismo del pensamiento

de izquierda se da en Bolivia de manera mucho más violenta que a nivel internacional.

La reacción política e ideológica se hizo sentir brutalmente en los 80 y 90, como resultado de la magnitud de la derrota histórica que sufrió la clase trabajadora boliviana en 1985-86, con la dispersión física de sus destacamentos más experimentados (la "relocalización" de mineros y fabriles), la descomposición de la antigua izquierda reformista tras el estrepitoso fracaso de la UDP, y la profunda ofensiva burguesa e imperialista bajo el programa neoliberal, que introdujo importantes modificaciones en la

estructura económica, social y política del país.

Acomodándose a estos nuevos vientos, un gran sector de la intelectualidad de izquierda que ya antes de los 80 se había abrazado a la democracia y sus "valores", renunciando a toda perspectiva revolucionaria, completó su giro abandonando definitivamente toda referencia al marxismo y asimilándose en buenos puestos en las ONGs, las Universidades y los Ministerios, cuando no en los propios partidos de la burguesía. Para buena parte de esta intelectualidad satisfecha y bien paga, los conceptos, el método dialéctico y los términos ela-

borados por el marxismo –clases, lucha de clases, explotación, revolución, imperialismo– son una herejía anacrónica y prefiere arrodillarse ante las nociones aceptables para el *stablishment* político, cultural y académico: globalización, fuerzas de mercado, gobernabilidad, democracia y otras “contraseñas”, mientras asume abiertamente la tarea de contribuir a estabilizar las explosivas contradicciones de una sociedad corroída por la pobreza y el atraso material, los antagonismos sociales y la opresión política, étnica y cultural, bajo el dominio imperialista.

Sin embargo, las dimensiones de la crisis nacional y el nuevo ciclo de lucha de masas iniciado a fines de los 90 abrieron nuevos espacios para la crítica social, política e ideológica. En este nuevo marco, un sector intelectual que se había mantenido a la izquierda y crítico frente al neoliberalismo, asumió la tarea de construir una reinterpretación crítica de la realidad social, los fenómenos de lucha de masas y la crisis política en el país, pero aceptando los presupuestos de la “crisis del marxismo” y traduciendo al escenario andino las innovaciones de las corrientes de moda, posmarxistas y autonomistas, llegadas de Europa.

Además, en condiciones de profundo retroceso obrero y auge del movimiento campesino y de los pueblos originarios, esta “intelectualidad crítica” retomó muchos elementos del populismo tradicionalmente arraigado en las particularidades sociales y las tradiciones políticas de América Latina, dándoles un tono indigenista.

García Linera y La Comuna

García Linera es el representante más conocido, prolífico y mediático de la “intelectualidad crítica” local. Junto a sus compañeros del grupo La Comuna, que reúne a intelectuales como Luis Tapia, Raúl Prada y otros, conforman una corriente que con el correr de los años se ha convertido en la principal usina ideológica de un pensamiento pretendidamente renovador e “intérprete” de los procesos políticos y las luchas de masas en el país.

Desde el punto de vista de las ideas (es decir, haciendo abstracción de su contenido social) las concepciones que

expresan García Linera y otros intelectuales alineados con el gobierno del MAS traducen el profundo escepticismo en el pensamiento ideológico y político predominante en la izquierda sobre las perspectivas de la liberación nacional y social, racionalizando y naturalizando en sus eruditas disquisiciones el ánimo de capitulación y el cinismo que las derrotas de los 80 les infligieron. Para ellos, sólo se podría “humanizar el capitalismo”, pero no, jamás de los jamaeses, atreverse a transgredir los límites del orden capitalista. A proponer un siglo de “capitalismo andino” se reduce la sabiduría política de la intelectualidad que hoy comparte funciones en el gobierno.

Esta corriente refleja a la izquierda de la intelectualidad pequeñoburguesa, crítica de las manifestaciones más brutales del orden existente pero escéptica de las posibilidades de su transformación, que descrece de la perspectiva de una emancipación revolucionaria de la humanidad y adhiere a tímidos proyectos de reforma, de “humanización del capital”, moderación de la dependencia semicolonial y democratización. Después de todo, como sector, han resuelto el problema de su propia existencia social bastante satisfactoriamente, integrándose a las instituciones –universidad, ONGs, Estado, etc.–, contando con los privilegios de la consagración académica, jugosos ingresos e importantes medios a disposición, incluyendo amplios espacios mediáticos y una influencia política desproporcionada a su verdadera significación, gracias a su integración en el gobierno del MAS, al que contribuyen a darle justificación ideológica. Claro que no constituyen la única corriente ideológica “crítica”. Por ejemplo, hay variantes indigenistas e indianistas –es decir, una variedad de populismo– que desplazan el análisis a un terreno de “lucha de razas”. Hay también un cierto “marxismo legal” que puede realizar interesantes análisis desde algunos resquicios que ofrecen la academia y las ONGs, pero es refractario a impulsar una política marxista.

Sin embargo, son García Linera y sus colegas quienes han logrado instalarse como el principal polo ideológico de izquierda, sistematizando con variaciones individuales una interpretación en

términos postmarxistas-semiautonomistas-populistas de la realidad nacional, de los procesos políticos y la dinámica de las luchas sociales en el país.

Por su rol como teórico y político, interesa examinar principalmente las ideas del actual Vicepresidente constitucional de la República de Bolivia.

García Linera ha seguido una trayectoria ideológica política particular.⁽¹⁹⁾ De las concepciones guerrilleras-indigenistas de fines de los 80, lo que le valió la persecución, torturas y encarcelamiento por el Estado durante varios años acusado de pertenecer al EGTK⁽²⁰⁾ derivó al autonomismo, cuando teorizaba sobre la “autodeterminación”, creyendo encontrar en la Guerra del Agua y el surgimiento de la Coordinadora de Cochabamba el sustento de una “política de las necesidades vitales” que apuntaría a la democracia directa y la autogestión de la “multitud”. Pero pronto giraría hacia el más moderado reformismo, primero desde el rol de “analista político” favorecido por la TV y la prensa y luego, integrándose al proyecto político del MAS para proponer la reforma democratizante del Estado burgués y el desarrollo de un “capitalismo andino” en colaboración con el capital local y extranjero. Este giro político se complementó teóricamente con la evolución, desde sus antiguas ideas autogestionarias hacia una mezcla ecléctica de autonomismo, posmarxismo, sociología académica y filosofía política de raíz liberal.

Subjetivismo y eclecticismo

Los autores de La Comuna y en especial García Linera, comparten con el postmarxismo en general (y también con el populismo⁽²¹⁾ lo que no es casual) una concepción fuertemente subjetivista, y cultivan como método un eclecticismo exacerbado. Y esta es una de las dificultades para discutir con una corriente así. El eclecticismo nunca rompe abiertamente con nada, nunca deja de citar algo que pueda serle útil y pasa con total facilidad de una novedad teórica a otra, según la moda intelectual y las necesidades del momento. Fácilmente pueden argumentar que ayer dijeron lo opuesto de lo que afirman hoy, y sin sonrojarse. Por supuesto no intentaremos

Por supuesto no intentaremos seguirlos por los meandros de sus disquisiciones, trataremos sólo de identificar algunos ejes centrales, particularmente a través de las ideas de García Linera, que caracterizan suficientemente esta corriente de pensamiento en su momento actual, de reconciliación final con el orden burgués.

Subjetivismo

El acercamiento subjetivista, derivado de la escuela del posestructuralismo, que establece la primacía del texto y del discurso por sobre lo real, ayuda a García Linera a diluir teóricamente la relación entre economía y política para exacerbar la autonomía de “lo político” y “lo cultural” por sobre sus determinaciones materiales.

En efecto, para García Linera “los discursos políticos tienen por tanto la capacidad de producir productos políticos, acontecimientos políticos, sujetos políticos, acciones políticas; pero nunca de manera arbitraria sino sobre el campo de posibilidades estructurales heredado por el discurso (las fuentes de invención del discurso, la trayectoria política del sujeto enunciante), por las características históricas del propio campo político (el espacio de los enunciados de administración de verdad sobre los que ineludiblemente debe trabajar el discurso es preformativo), y las cualidades de la organización social (las características de la historia de los sujetos políticos y sociales, los ámbitos de apetencia colectiva, las predisposiciones heredadas, etc.)”.⁽²²⁾ Así, el discurso se convierte en el estructurante, todo lo demás, es su producto, en lo que el autor no hace sino seguir los rumbos abiertos por los posestructuralistas retomados por Laclau y otros. Hasta la “organización social” pasa a ser constituida pura o predominantemente por elementos superestructurales, subjetivos, como “las características de la historia de los sujetos políticos y sociales, los ámbitos de apetencia colectiva, las predisposiciones heredadas”. Es el discurso el que produce la materialidad de las relaciones sociales y políticas y no al revés. Los elementos de naturaleza discursiva y subjetiva se remiten uno al otro, en una circularidad discursiva que nunca establece vínculos claros con la estructura del mundo ma-

terial y autonomiza de manera absoluta la esfera de la política de sus determinaciones económico-sociales. Por supuesto, nunca podrán establecerse con este método relaciones entre las relaciones e intereses objetivos de los grupos sociales y de los actores políticos, con la esfera de sus ideas, motivaciones, etc.

El argumento usual es la remanida acusación de “reduccionismo” o “determinismo” en que caería el marxismo. En realidad desde muy pronto los marxistas debieron rebatir “el necio modo de ver de los ideólogos: como negamos un desarrollo histórico independiente a las distintas esferas ideológicas, que desempeñan un papel en la historia, les negamos también todo efecto histórico. Este modo de ver se basa en una representación vulgar antidualéctica de la causa y el efecto como dos polos fijamente opuestos, en un olvido absoluto del juego de acciones y reacciones. Que un factor histórico, una vez alumbrado por otros hechos, que son en última instancia hechos económicos, repercute a su vez sobre lo que lo rodea, e incluso sobre sus propias causas, es cosa que olvidan a veces muy intencionadamente esos caballeros...”⁽²³⁾ En realidad, lejos del reduccionismo que se le adjudica abusivamente, el marxismo parte de una comprensión incomparablemente rica y compleja de la realidad social y sus contradicciones. Contra el economicismo determinista, muchas veces Marx insistió en que “en general, el progreso no debe ser concebido en la forma abstracta habitual”. Como explicaba Engels: “Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante en la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos dicho más que esto. Si luego alguien tortura esta proposición para hacerle decir que el factor económico es el único determinante, entonces la transforma en una frase vacía, abstracta y absurda”

Los posmarxistas torturan la realidad para reducirla a lo opuesto: pura metafísica del discurso, un politicismo discursivo característico, que en el caso de sus cultores locales, adquiere una fuerte tonalidad culturalista –traducción de la lógica de las identidades al medio, donde la cuestión nacional y la lucha de los

pueblos originarios juegan indudablemente un enorme papel y son un factor histórico de primer orden.

Lo étnico y cultural son transformados en una esencia metafísica y a-histórica desprendida de sus determinaciones socioeconómicas. Por esta vía se cae en una “dicotomía entre la cultura y la vida misma”, es decir, entre “la cultura y las condiciones de producción de esa cultura”⁽²⁴⁾ que no permite dar cuenta de la naturaleza, contradicciones e interrelaciones de los procesos en cuestión. En realidad, los fenómenos de la cultura son inseparables de la estructura material, de las relaciones históricas que establecen los hombres en el proceso de transformación de la naturaleza y entre sí, es decir, de la contradictoria organización social y su evolución histórica. Con este enfoque, en el escenario de la lucha social boliviana se enfrentan no fuerzas sociales guiadas por intereses materiales antagónicos, sino abstractas “lógicas” culturales o políticas. Volveremos sobre este punto más adelante.

Eclecticismo

El método de García Linera y sus socios se caracteriza por el eclecticismo. Esta es su divisa en Pluriverso⁽²⁵⁾ libro escrito en 2001 que se presenta como “un modo de hacer teoría política boliviana” y que ocupa un lugar particular en la literatura de La Comuna, precisamente porque ese momento sintetiza en el terreno ideológico la franca adopción del programa del reformismo político de quienes hasta la víspera hablaban de “autodeterminación”.

Allí se nos dice que “La teoría política predominante pretende explicar la vida política del país en base a un solo modelo teórico; lo cual implica pensar que la política es un universo organizado por un solo tipo de principios, instituciones y relaciones sociales. Se trata además, de un modelo teórico que se genera como idealización conceptual de otro tipo de procesos de construcción social y estatal.” “Los textos que aquí reunimos se guían por la idea de que la política es más bien un pluriverso ...” Es decir, que de una objeción parcial a la teoría política predominante moldeada en el neoliberalismo, en un silogismo mecánico, deducen no la necesidad de

, para producir una ruptura profunda, sino la necesidad de la “pluralidad” en el campo teórico, para hacer visible aquello que se encuentra “en los márgenes de sombra y ceguera de la teoría política predominante”. No se discuten los fundamentos de la ideología predominante en las ciencias sociales y la política, impregnadas del pensamiento de la “época de reacción”. Sólo se pide un lugar a su vera.

El expediente ecléctico se justificaría porque: “La política se complejiza por la pluralización de lo moderno y la superposición colonial de sociedades. Se trata de un pluriverso doblemente generado y recreado, que contiene integraciones y exclusiones, que dan lugar a otros espacios y prácticas políticas”. “Este conjunto de textos trabaja sobre algunas de las dimensiones no muy pensadas y reconocidas de la política en estas condiciones de compleja y conflictiva interpenetración. No tratan de ser, en conjunto, una teoría general de la política. En un pluriverso caracterizado por la diversidad estructural e ideológica, son una escritura teorizante sobre algunos procesos que se encuentran en los márgenes de la teoría política predominante...”

La complejidad de la realidad social no justifica nunca la renuncia a la unidad teórica. Al contrario, la exige, de la misma manera que la complejidad del universo, de la física o de la vida orgánica no lleva a renunciar a la elaboración de teorías unitarias. ¿Qué opinar de un químico que quisiera combinar el misticismo de la alquimia, el principio del flogisto y el éter, con los postulados de la moderna química teórica porque encontró alguna dificultad en el análisis de los fenómenos de la química orgánica? No operan de manera muy distinta quienes practican el “pluriversismo”. Veamos esta “perla” de Luis Tapia: “pretendo articular un análisis sobre la crisis a partir del eje histórico de la lucha de clases. Utilizo una articulación de un análisis de raíz marxista con algunas ideas de Weber; ya que Weber articuló su idea de la formación del capitalismo y del Estado en particular también en base al modelo teórico explicativo de Marx. Vinculo estas ideas con algunos elementos de análisis que vienen de la línea de trabajo que Ernesto Laclau ha estado desarrollando en los últimos

años.”⁽²⁶⁾ Como vemos, Marx, Weber y Laclau juntos... no falta nada ni nadie! Es por lo menos un abuso insólito afirmar que Weber se basó en “el modelo teórico explicativo de Marx”. La teoría social weberiana constituye una antítesis contrapuesta en sus puntos decisivos a la obra de Marx, que Weber precisamente se proponía combatir. Por otra parte, Laclau encara explícitamente la tarea de “superar” al marxismo rechazando el supuesto “reduccionismo economicista” y “esencialismo clasista” que le serían propios. ¿Cómo logra Tapia combinar el “eje histórico de la lucha de clases” con el posmarxismo de Laclau? Vacando de contenido concreto las categorías marxistas y rompiendo por la vía ecléctica con Marx. Después de todo, en la noche de los discursos, todo es discurso, y los discursos, discursos son, como diría Calderón de la Barca.

Sin un cuerpo teórico coherente e integrado es imposible dar cuenta cabal de ningún fenómeno real, ni en la naturaleza ni en la sociedad. Por supuesto, esto no significa “simplificar” la realidad social, siempre cambiante, plagada de antagonismos y “anormalidades”, contradictoria, compleja -“abigarrada” si se quiere- para acomodarla a esquemas preconcebidos; sino por el contrario, enriquecer el armazón teórico cada vez más, hasta lograr la mayor sofisticación posible en el instrumental del conocimiento, capaz de reproducir teóricamente lo real.

En esto, el marxismo se ha mostrado infinitamente más capaz de penetrar en lo real que otros expedientes epistemológicos -sean de tipo racionalista o empirista-. Y esto, porque “La gran fuerza de atracción intelectual del marxismo reside en que permite una integración racional, completa y coherente de todas las ciencias humanas, sin equivalente conocido”.⁽²⁷⁾ Esta integración es posible en gran medida por el método desarrollado por Marx y fundado en la dialéctica “que trata de captar la realidad exactamente como es y a la vez como debe ser, de acuerdo a lo que ella misma contiene en potencia. La dialéctica significa conocer las cosas concretamente, con todas sus características, y no como entes abstractos, vacíos, reducidos a una o dos características. Por eso la dialéctica

significa ver las cosas en movimiento, es decir, como procesos; por eso la dialéctica descubre y estudia la contradicción que hay en el seno de toda unidad, y la unidad a la que tiende toda contradicción. El pensamiento formal común, que tiene su coronación en la lógica formal, tiende a despojar a la realidad de su inmensa riqueza de contenido, de su infinita complejidad, y reduce todo a esquemas y fórmulas vacías de contenido. (...) Al contrario, penetrar a fondo en la realidad, captarla tal cual es en su complejidad (...) eso es dialéctica”.⁽²⁸⁾

Los académicos piensan que todos piensan como ellos. Así como padecieron de un secante formalismo en su época de juventud, adoptan un pragmatismo ecléctico en su plácida madurez. Ni siquiera se les ocurre investigar qué era eso de la dialéctica, que está en la base de lo que Marx consideraba ostensiblemente como “el único método científicamente correcto”, cuestión que lamentablemente no podemos desarrollar más en este trabajo.

La argumentación pluriversal de los intelectuales de La Comuna en realidad está dirigida contra el marxismo como teoría articulada y su método, la dialéctica materialista, no contra el “pensamiento único” neoliberal. Se trata de una excusa para escapar de los “núcleos duros” e irreducibles del marxismo, de liberarse de cualquier referencia a su teoría política revolucionaria e importar libremente lo que les parezca conveniente de otras corrientes, a fin de adaptarse a las exigencias y presiones del saber institucionalizado y reconocido. En esto, los confeccionistas de Pluriverso recaen en un elemento bastante común entre el profesorado universitario, que selecciona sus instrumentos teóricos no a través de una elaboración científica coherente, sino llevado por su propia inconsistencia y por el apego a la última novedad literaria importada por las librerías de la Paz o “descubierta” en los seminarios institucionales. García Linera y sus amigos mezclan en su teoría filosófica, social y política, desde elementos tomados de Derrida o de la sociología de Bordieu o de la tradición funcionalista norteamericana, a fragmentos de una relectura del marxismo en clave autonomista (a partir de Toni Negri, Paolo Virno, etc.); el poses-

de Toni Negri, Paolo Virno, etc.); el posestructuralismo de Deleuze y Guattari, nociones derivadas de Derrida o de Foucault; de los “estudios culturales”; el posmarxismo de Laclau y Mofe, y tutti cuanti, para elevarse eruditamente en “Pluriverso, que quiere decir pluralidad de universos alternativos y simultáneos. Lo barroco inscripto en la configuración sideral de universos en devenir”.⁽²⁹⁾

Ciertamente su sideral ingenio ecléctico les permite construirse un vistoso “traje de aparapita” teórico con retazos de las más diversas corrientes teóricas internacionales de moda, zurcidos laboriosamente con tan abstrusa y florida fraseología y renunciando incluso a las pretensiones de coherencia en las ideas que mantenían sus maestros de allende el Atlántico.

Populismo rampante... en clave posmarxista

Si el posmarxismo de los países centrales, con su temática de la “democracia plural” florece en clave socialdemócrata, el del mundo semicolonial, casi naturalmente, lo hará en cifra populista, y ésta es la “clave de bóveda” en que se apoya la ideología de García Linera y en general, de La Comuna, con sus infinitas variaciones tonales.

Ya hemos visto que su exasperado subjetivismo epistemológico y metodológico es opuesto al método del marxismo, que expresamente reconoce la primacía del mundo material y de las relaciones sociales en la constitución de las ideas, y para el cual la relación entre el “discurso” y los grupos sociales no es algo meramente contingente, aleatorio, sino dialécticamente determinado. Sin embargo, ese enfoque se aviene muy bien a las necesidades y psicología del populismo, a tal punto que era también un rasgo de los populistas rusos de 1890, adherentes a la “escuela subjetiva de la sociología”, como se decía entonces, y con quienes Lenin y los marxistas rusos polemizaron acremamente.⁽³⁰⁾

Ya los populistas rusos del siglo XIX se aferraban a la “originalidad” del régimen económico y del campesinado ruso, idealizando los resabios de la comunidad rural y su tradición cultural, al mismo tiempo que rechazaban el

análisis marxista de las clases, que entre otras cosas, desnudaba las diferencias entre las distintas capas del pueblo, como la creciente diferenciación social en las aldeas, el desarrollo de un campesinado rico –el kulak- explotador de sus paisanos, y la emigración y proletarización de muchos otros con el avance de la gran industria capitalista. La polémica sobre el carácter de las transformaciones que vivía la Rusia de entonces fue una de las divisorias de aguas entre populistas y marxistas, y en ella, la demostración de que Rusia se hacía capitalista cada vez más, sin por eso resolver la cuestión agraria y la opresión de los pueblos incluidos a la fuerza en el Imperio zarista, fue una de las primeras grandes victorias de los marxistas, que se equiparon así con un “marco estratégico” adecuado para encarar las tareas de la revolución que se gestaba.

Un siglo más tarde, y después de que varias generaciones de populistas latinoamericanos fracasaron completamente ante los problemas vitales de nuestro continente, el populismo senil de estas latitudes no puede rechazar sin más el marxismo. Y encuentra en la vitrina de los posmarxistas europeos bastante material apropiado para renovar su lenguaje teórico. Veremos algunas cuestiones teórico-políticas claves que demuestran esa convergencia: el análisis de la sociedad, la concepción del Estado y la actitud ante la democracia.

En busca de “nuevos sujetos”

García Linera rechaza la definición marxista de las clases sociales, tachada de reduccionista, economicista o jurídicista. En realidad, y siguiendo a Laclau, parece considerar el “capital” y el “trabajo” como categorías abstractas, inservibles para establecer una delimitación objetiva de las clases y estratificaciones sociales y mucho menos, para servir de anclaje a la determinación de su subjetividad. Hablar de clases en sentido marxista no tendría sentido o peor, sería cometer el pecado de esencialismo determinista, lo que lo empuja a buscar otros “paradigmas” de análisis. Esto, para justificar la búsqueda de nuevos sujetos, identificados a veces con una inasible “multitud”, otras, con una visión sociologista de los movi-

mientos sociales, y disolviendo cualquier análisis de clase de las fuerzas sociales en pugna en categorías teórica y prácticamente tan indeterminadas como “lo plebeyo-indígena”, la “muchedumbre, nuevo sujeto social urbano” o “las élites” (puesto que para García Linera tampoco hay clases explotadoras en la otra orilla de los antagonismos sociales). Cuando ocasionalmente utiliza el término clase, es disolviendo el contenido concreto del concepto; será sólo una categoría más en la enumeración de los sujetos “contingentes”. En su deriva teórica, García Linera ha escrito un libro de 700 páginas - Sociología de los movimientos sociales en Bolivia- que corrobora su viraje desde las viejas categorías marxistoides de la ya lejana época de La Condición Obrera⁽³¹⁾ al paradigma de los “Movimientos Sociales”, que se nutre en las teorías de una serie de autores que desde los 50 y 60 trataron de reemplazar la teoría marxista de las clases sociales por construcciones empiristas, de raíz weberiana y estructural-funcionalista.

Ahora, este autor define que “un movimiento social es un tipo de acción colectiva, que intencionalmente busca modificar los sistemas sociales establecidos o defender algún interés material, para lo cual se organizan y cooperan con el propósito de desplegar acciones públicas”. “Un movimiento posee al menos tres grandes componentes: “a) Una estructura de movilización o sistema de toma de decisiones (...) b) Una identidad colectiva y registros culturales que le permitan diferenciarse colectivamente (...) c) Unos repertorios de movilización o métodos de lucha” (...) Asumiendo explícitamente “ejes de investigación trabajados por la teoría de las estructuras de movilización y la teoría de los procesos enmarcadores”⁽³²⁾ donde juegan el papel determinante los elementos simbólicos y culturales, en detrimento de cualquier determinación económico social, desplazándose categóricamente del análisis la categoría de clase.

Esto le permite también utilizar una idealización metafísica de la “lógica andino-amazónica” y de lo “plebeyo-indígena”, funcional a los objetivos de diluir las contradicciones en el seno del “pueblo”, entre campesinos pobres y vecinos de los pueblos, entre obreros y

oniendo los rasgos identitarios (como si una obrera, por ejemplo, dejara de ser mujer y aymara si se reconoce su pertenencia de clase) al análisis materialista de las clases y de la compleja estratificación social y étnica de Bolivia. En síntesis, se rechaza la teoría marxista de las clases como teoría capaz de explicar las acciones colectivas en la sociedad contemporánea; se elimina cualquier referencia a sujetos de clase configurados por el desarrollo histórico concreto del capitalismo; el análisis de los actores sociales parte de sus acciones e identidades colectivas tal como están empíricamente dadas, con absoluta preponderancia de la cultura.

El resultado es una enumeración empírica de movimientos sociales difusos, no movidos objetivamente por contradicciones clasistas situadas en el nivel objetivo, sino por aspiraciones subjetivas de “inclusión”, “reconocimiento”, “acceso a bienes y demandas”, etc. Puesto que tampoco pueden analizarse sus contradicciones internas (por ejemplo, entre direcciones y base, entre acciones objetivas y conciencia, entre pertenencia de clase e ideología), tampoco puede pensarse su progresiva evolución subjetiva, sus tendencias a la unificación o la autodeterminación frente al Estado y a otras clases y grupos sociales, mucho menos en una dinámica de ruptura con el orden social y político establecido.

Sin embargo y pese a García Linera, la más elemental caracterización de una formación social dominada por el capitalismo no puede menos que advertir que sigue estando profundamente dividida entre los poseedores de los medios de producción, en un polo, y los proveedores de fuerza de trabajo en otro, es decir, entre burguesía y proletariado. Que esto no agota la complejidad de la estratificación social, sobre todo en un país industrialmente atrasado como Bolivia, donde existen importantísimos grupos sociales no encuadrados directamente en relaciones capitalistas de producción no niega lo anterior. Ahora bien, las clases no se manifiestan directamente en la experiencia empírica superficial. Si fuera así, el conocimiento sociológico y cualquier actividad científica para comprender al realidad social serían innecesarios. Se manifiestan en fenómenos socio-políticos concretos,

se unifican y subjetivan a través de complejos procesos de la lucha social y política. Los “movimientos sociales” no son tampoco entes en sí, dados de una vez y para siempre, sino fenómenos concretos cuya especificidad hunde sus raíces en la compleja estructura clasista de la sociedad. Por supuesto, esto no significa que todo puede reducirse a las determinaciones económico-sociales y a las reivindicaciones e intereses de clase, ni que los “clivajes étnico-clasistas” dejen de tener una gran importancia en la determinación concreta de las fuerzas sociales.

La “invisibilización” de la clase obrera

Por otra parte, si hay una constante en la interpretación social de García Linera a lo largo de sus considerables variaciones en el tiempo, es el desterrar a la clase obrera del horizonte. García Linera considera que la “condición obrera del siglo XX” ha muerto, y que aunque hay obreros, estos ya no son una clase capaz de constituirse como sujeto social y políticamente diferenciado. Ninguna constatación científica abona este aserto, ni a escala internacional, donde, pese a los mitos del “fin del proletariado” y el “adiós al trabajo”, la clase obrera ha ampliado notablemente sus fuerzas, hasta el punto de reunir a una enorme proporción de la población mundial⁽³³⁾ Según Cris Harman “La clase obrera (existe) como nunca antes como una clase en sí ... con un núcleo de quizás 2.000 millones de personas”, alrededor del cual hay otros 2.000 millones cuyas vidas están “sujetas de forma importante a la misma lógica que su núcleo” (...) “El tamaño de la clase obrera empleada en el mundo es de alrededor de 700 millones, con aproximadamente un tercio de estos en la “industria” y el resto en los “servicios”.⁽³⁴⁾

En Bolivia, después de años de debilitamiento relativo, en el último lustro se ha asistido a un considerable reforzamiento de la clase de los trabajadores que viven de intercambiar su fuerza de trabajo por un salario. Un problema distinto, de orden socio-político, es que el proceso de recomposición subjetiva del movimiento obrero, después de largos años de reflujo, esté en sus comienzos y que por tanto, la clase obrera no

impacte el imaginario colectivo ni el sentido común como lo hacía hasta antes de 1985 o como si lo ha hecho la emergencia de los movimientos campesinos y originarios en los últimos años. Examinamos estos problemas en las notas dedicadas a la situación de la clase obrera hoy en Bolivia. Aquí basta decir que las teorizaciones de García Linera no hacen más que contribuir a la “invisibilización” de la clase trabajadora, “naturalizando” las condiciones de dispersión, fragmentación y desorganización de sus fuerzas impuestas por el neoliberalismo y que es funcional a un pensamiento populista hostil a diferenciar clases en el seno del pueblo, que sostiene unilateral y a-históricamente que las fuerzas sociales progresivas se constituyen básicamente por fuera del antagonismo capital-trabajo y por tanto, no provienen del proletariado. Es, básicamente, un enfoque tributario ideológicamente de las concepciones sociales burguesas. Aceptar que la clase obrera, por su lugar en las relaciones de producción tiene una potencialidad revolucionaria que funda su centralidad, no significa considerar resuelto el problema de su constitución efectiva como sujeto –o como decía Marx, en “clase para sí”-. Tampoco significa negar que los movimientos de los pueblos originarios, de los campesinos y sectores populares urbanos, de la mujer, etc., carezcan de significación. Todo lo contrario, precisamente el marxismo discutió muchísimo y elaboró desde el punto de vista de la estrategia y la política revolucionarias la necesidad de la más amplia alianza con estos sectores, planteando la hegemonía obrera para combatir la influencia burguesa y asegurar un proyecto de emancipación anticapitalista en el que puedan articularse sus reivindicaciones.

La ilusión estatalista

García Linera reemplaza la concepción marxista del Estado, seguramente considerada “reduccionista” por la ficción del Estado como “síntesis política de la sociedad”, de raíz liberal. Así, nos dirá que “Kant definió al Estado como una unión de personas que se proponen vivir jurídicamente, entendido esto como despliegue de la libertad bajo una ley

niversal”. Reconocerá que Marx “nos llamó la atención sobre el carácter ilusorio de esta comunidad” y luego de esta referencia ritual, se deslizará por los meandros de la teoría de Weber, Durkheim, la escuela derivacionista y regulacionista, para afirmar que “Esto significa que hay Estado cuando en un territorio unos funcionarios logran monopolizar el uso de la coerción física, sino también cuando ese uso es legítimo, esto es, cuando se asienta en la creencia social de la legalidad de tal monopolio, lo que a su vez supone, a decir de Bordieu, un monopolio paralelo, el de la violencia simbólica que no es otra cosa que la capacidad de imponer y consagrar en las estructuras mentales de las personas, sistemas cognitivos, principios de visión y división del mundo considerados evidentes, válidos y legítimos por los miembros de una sociedad”.⁽³⁵⁾ En suma: “Todo Estado es una síntesis política de la sociedad, sólo que jerarquizada en coaliciones de fuerza que poseen una mayor capacidad de decisión (capital estatal-burocrático), y otras fuerzas compuestas por grupos que tienen menores o escasas capacidades de influencia en la toma de decisiones de los grandes asuntos comunes”.⁽³⁶⁾ Así, el Estado pasa a ser un ente sin carácter de clase donde todo depende de la capacidad de ejercer presión. Se convierte en un campo puramente político sujeto a la negociación entre las fuerzas que pugnan por acumular “mayor capacidad de decisión” en su seno. Sin embargo, como considera el marxismo, el Estado contemporáneo, con toda la complejización que ha alcanzado, sigue siendo esencialmente “una máquina para el sometimiento a una clase de otras clases, subordinadas”⁽³⁷⁾ “un producto de la sociedad dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar”⁽³⁸⁾ y tiene un carácter definido de clase, como sostenía categóricamente Marx al decir del “moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa”⁽³⁹⁾

El Estado boliviano, con sus instituciones fundamentales, como las Fuerzas Armadas, la policía, el aparato judicial, etc., sigue siendo la maquinaria estatal de la dominación burguesa, moldeada

por la sujeción semicolonial al imperialismo, garantizando la propiedad privada y el mantenimiento y reproducción de las condiciones generales de la explotación. Estas funciones incluyen la administración de la ideología como forma de organizar cierto grado de “consenso” social, comenzando por cimentar lo más sólidamente posible la creencia de que el Estado representa no los intereses de una clase explotadora situada por sobre la sociedad, sino “el interés general de los ciudadanos”.

Toda la sofisticación necesaria en el análisis del Estado no puede ignorar ni negar estos puntos de partida, ABC del marxismo, sin caer en el campo de la mitología liberal del Estado, que es lo que hace García Linera, que consecuente con su concepción, nunca define la Estado boliviano con criterios de clase, sino desde un enfoque politicista y culturalista, a partir de que tiene “tres grandes bloques constitutivos: es una correlación de fuerzas, un sistema de instituciones y un sistema de creencias”.⁽⁴⁰⁾

La crisis estatal obedecería a la crisis de estos componentes, lo que habría producido una “fisura colonial” (en términos étnico-culturales) y una “fisura espacial” (regional); pero nunca una fisura, para usar su terminología, en términos de clase entre explotadores y explotados.

El problema central se desplaza de los antagonismos de clase, con los que están entrelazados el racismo y los mecanismos de opresión étnica y de género, a la “demanda de reconocimientos pluralista” (Laclau), puesto que “la mayoría de estas referencias cognitivas de las comunidades culturales nunca han sido integradas a la conformación del mundo simbólico y organizativo estatal legítimo, debido a que las estructuras de poder social se hallan bajo monopolio predominante de la identidad étnica boliviana, por lo que se puede decir que el Estado republicano es un Estado de tipo monoétnico y monocultural y, en tal sentido, racista y excluyente”⁽⁴¹⁾ Se trataría así de responder a la pregunta de Raúl Prada: “qué clase de sociedad somos y entonces qué clase de forma estatal le corresponde”⁽⁴²⁾

Como el problema central en el enfoque posmarxista-culturalista es que el actual Estado es “monolingüe y monocultural”

y está sobrepuesto a una formación social “multisocietal, multiétnica y multicultural” que no reconoce; se trata de reformarlo para hacer de él, por medios constitucionales y gradualmente, un “Estado multicultural y multicivilizatorio”⁽⁴³⁾ que respete la “condición multisocietal”.⁽⁴⁴⁾

La clara respuesta marxista a la pregunta de Prada es que somos una sociedad fundada en la explotación, dominada por el capital y desgarrada por profundos e inconciliables antagonismos sociales; y por tanto, sobre ella se eleva un Estado burgués, “una máquina para el sometimiento a una clase de otras clases, subordinadas”, en la que la opresión de los pueblos originarios, de las culturas indígenas y de toda manifestación independiente de las clases subalternas, es una condición de la reproducción de la dominación burguesa, así como del mantenimiento de la sumisión semicolonial al imperialismo.

Marx sostenía categóricamente que los trabajadores “no pueden limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines”⁽⁴⁵⁾

Que en su lugar debía erigirse otro tipo de Estado, “esto es el proletariado organizado como clase dominante”⁽⁴⁶⁾ acuñando el concepto de “dictadura del proletariado” para precisar con contundente claridad la necesidad de un poder revolucionario de los trabajadores y sus aliados, como la Comuna revolucionaria de París en 1871, o, más tarde, los Soviets en la revolución Rusa.

Para los posmarxistas, por supuesto, todo esto es música antigua. Ellos prefieren experimentar con el milagro de la transformación del actual Estado, burgués y semicolonial, y como tal secularmente antiobrero, anticampesino y antiindígena.

La “reinvención de la democracia”

De la mano con esta noción antimarxista y burguesa del Estado, va una concepción que recorta la dinámica de las luchas sociales a la “inclusión” por la vía de la expansión o “reinvención” de la democracia.

García Linera considera imposible cualquier perspectiva de emancipación socialista y por tanto, cree que el único horizonte es la democracia: “Hoy en

ipación socialista y por tanto, cree que el único horizonte es la democracia: “Hoy en día la palabra ‘democracia’ ha adquirido el rasgo de un valor social normativo y prescriptivo en la formación de los poderes públicos. Independientemente de cual sea el punto de vista que se tenga, sea este más conservador o reformador, más académico o administrativo, la enunciación discursiva para adquirir el rango de legitimidad, de accesibilidad al circuito de reconocimiento social debe referirse de alguna manera a la “democracia” como bien sustantivo de la interacción subjetiva. Esto muestra que esta palabra juega el papel de dispositivo de vigencia y ascendencia del discurso al interior del campo político.”⁽⁴⁷⁾

Por tanto, se trata apenas de contraponer a la “reducción procedimental” de la democracia por el neoliberalismo, su ampliación, puesto que: “En términos generales se puede entender la democracia como una manera de organizar la gestión del bien común de una sociedad, el modo de esa gestión, la amplitud de ese bien común y las propias características de la comunidad que procura definirse en torno a ese bien.”⁽⁴⁸⁾ García Linera nos dirá que “Ya que el campo político es el espacio de fuerzas, de luchas y de competencias por la definición de los acontecimientos, de las acciones, de las ideas, de los conceptos, de las jerarquías y de las estrategias consideradas como válidas para regular la vida en común y los bienes comunes de una sociedad, las estructuras simbólicas en todas sus formas (reflexivas, prerreflexivas, enunciables, representables y prácticamente ejecutables), juegan un papel decisivo en este proceso de constitución del campo pues son ellas, mejor, las luchas por la constitución particular de estas estructuras, las que establecen las múltiples estrategias programáticas discursivas por el monopolio de la conversión de las ideas en organización-institución, en materia social, en acción colectiva y en fuerza, esto es, por el monopolio de lo que habrá de entenderse temporalmente como política.”⁽⁴⁹⁾

Como todo es discurso y se trata de convertir las ideas en organización-institución, la definición de la política como “economía concentrada” (Lenin), o sea, como expresión de conflictos de

fuerzas sociales antagónicas fundados en intereses materiales, resulta puesta cabeza abajo: la política se independiza de sus bases materiales y más aún, las absorbe. Todo es política, todo es discurso y bajo el aserto de que “Democracia es entonces ampliación de lo político”⁽⁵⁰⁾ la forma democrática es separada del carácter de clase del poder político y de cualquier cuestionamiento a la organización clasista de la sociedad, fundando una concepción de democracia sin raíces de clase que no tienen nada que ver con el marxismo y sí mucho que ver con la tradición liberal. Así, la lucha de los “movimientos sociales” tomados aisladamente y en sí mismos solo puede operar convirtiendo a Bolivia en un “laboratorio” para la “reinención de la democracia”, en términos de García Linera. Para Luis Tapia “La política de los movimientos sociales tiene generalmente como fin una reforma de la sociedad. (...) por lo general uno de los fines es lograr también la reforma de las políticas de gobierno y el Estado o de algunas de sus instituciones, como un medio para la reforma social”.⁽⁵¹⁾

Así, la lucha de masas no apunta objetivamente contra la explotación y opresión de clases, ni lleva a cuestionar radicalmente al poder político existente, sino que es por la “inclusión” y el “reconocimiento” en términos étnico-culturales, por reformas dentro de un campo político autonomizado, donde en última instancia todo, desde la lucha campesina y originaria contra la opresión de siglos hasta el antagonismo entre trabajo asalariado y el capital, es “conciliable” dentro de la democracia. Encierran así de antemano la lucha de masas en la lucha por las reformas políticas en el marco de una democracia barnizada a veces de “comunitaria” y otros adjetivos, pero que no aspira a ser más que una democracia burguesa “perfeccionada”, superestructura embellecida del “capitalismo andino”.

El estratega de la “governabilidad”

Las teorizaciones posmarxistas justifican una estrategia política crudamente reformista, funcional a las necesidades ideológicas y políticas de la clase dominante, en un momento en que ésta, tras varios años de formidables embates

de la lucha de masas en Bolivia, debió permitir el acceso por vía electoral al gobierno del MAS para desviar el proceso revolucionario detonado en Octubre hacia reformas parciales que no cuestionen las bases fundamentales del orden capitalista semicolonial. Esto obliga a pasar de la impostura de la “reinención de la democracia” para “incluir” a los pueblos originarios por procedimientos constitucionales al ejercicio de la “governabilidad democrática” y a la triste ingeniería de los acuerdos con políticos neoliberales, empresarios, terratenientes y transnacionales, con la excusa del supuesto “empate catastrófico” entre el campo burgués y proimperialista y el movimiento de masas. Es así como se gesta el “pacto social y político” que permita reconstruir un régimen político-estatal viable y acorde con las necesidades de la clase dominante, al precio de abandonar las demandas democráticas más elementales de los trabajadores, los “movimientos sociales” y los pueblos originarios.

Ya hace tiempo García Linera había abandonado sus viejas pretensiones autonomistas y autogestionarias de la época de la Guerra del Agua para argumentar a favor del reformismo democrático. Pero digamos al pasar que su trayectoria ilustra la completa bancarrota de los autonomistas, populistas y posmarxistas cuando se ven enfrentados a los grandes problemas políticos de la lucha de clases y al poder del Estado. Allí, se desnuda su verdadera naturaleza. Si bien García Linera siguió resueltamente este rumbo y sacó todas las conclusiones reformistas y proburguesas que le parecieron necesarias, algunos de sus antiguos amigos y seguidores quedaron en una posición mucho más incómoda, haciendo equilibrio en la cuerda floja entre su adhesión a los postulados autonomistas con su apelación retórica a la “autodeterminación de las masas” y su apoyo “crítico” a la gestión gubernamental del MAS,⁽⁵²⁾ presionando para que sea “un Gobierno que responde a los movimientos”, como si esto fuera posible sin demoler la actual maquinaria estatal y sin cambiar las bases económicas capitalistas en que se sustenta. Es que el autonomismo, después de haber “negado” teóricamente al Es-

tado en general a la vieja usanza anarquista, termina postrado e impotente frente al Estado burgués real y concreto en su forma democrática.

Un antimarxismo vergonzante

García Linera y otros miembros de la “intelectualidad crítica” no desdennan autocalificarse “marxistas” de vez en cuando y no rechazan in toto el marxismo, estando dispuestos de palabra a reconocer la validez de ciertos “núcleos” del materialismo histórico (Luis Tapia). García Linera se definió en más de una ocasión “marxista de El Capital” y hasta como “marxista clásico”; sin dejar de remitirse tampoco al “debate neomarxista”⁽⁵³⁾

A veces, proclama estar “en busca de un marxismo con raíces andinas”⁽⁵⁴⁾ Aun más, el Vicepresidente, que por lo visto no se detiene ni ruboriza ante

nada, pretende fundamentar su tesis del “capitalismo andino” afirmando que la trabaja con las herramientas del “marxismo clásico” Alvaro García Linera: “El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo”⁽⁵⁵⁾

Estas son coartadas para encubrirse con el prestigio de Marx y disimular su completa ruptura teórica, metodológica y política con sus ideas. En realidad, Marx es reducido a un referente más entre varios otros, y su legado, a una cantera de ideas de la que hurtar algunos conceptos y fragmentos, tergiversándolos para difuminar el verdadero carácter de su mercancía ideológica y mejor pasar sus “innovaciones”. La cínica reivindicación genérica de Marx que no compromete a nada les sirve bien para ocultar su antimarxismo radical

ante los incautos, aprovechando de paso la debilidad actual de una cultura socialista en el país. Naturalmente, tienen derecho a desarrollar la concepción que quieran, pero no a escudarse tras la pretensión de ser marxistas para difundir una sociología de raíz burguesa, una filosofía política adscripta a los temas del liberalismo, una práctica política crudamente reformista.

Probablemente rechacen la denominación de populismo postmarxista, sin embargo, creemos que caracteriza bastante bien lo esencial de sus ideas, como hemos procurado demostrar. En todo caso, se trata de su paso a la defensa abierta del orden existente y la conversión en intelectuales orgánicos de la reforma proburguesa.

III. “Teoría general” y “abigarramiento social”

Hemos señalado más arriba que un elemento característico del populismo posmarxista criollo es su acendrado eclecticismo. Un justificativo para esos procedimientos metodológicos y para descartar el marxismo, tal como se teoriza en Pluriverso, es la supuesta antinomia entre la “teoría general”, tachada de “universalismo”, y el “conocimiento local”, como dirá Luis Tapia que en otro texto intenta fundamentar sobre esta oposición la noción de “barroquismo teórico”⁽⁵⁶⁾

Así se trata de justificar la construcción de un muro entre la “teoría general” del marxismo y la “producción del conocimiento local”. Pero esto, más allá de la erudita fraseología, no es más que la recaída en los más antiguos y vulgares prejuicios contra el marxismo difundidos desde hace 80 o más años por los intelectuales nacionalistas y reformistas del continente.

El fondo de la objeción es que el marxismo, por haber sido desarrollado originariamente en el ámbito de “Occidente”, es decir, del capitalismo avanzado y de la “modernidad” europea, no sería adecuado o aplicable, al menos plenamente, al análisis de sociedades distintas, “abigarradas”, como es el caso de la boliviana, donde coexisten formas sociales, culturas y “tiempos” no homo-

généos. Se agrega a veces que los cambios sufridos por el capitalismo contemporáneo han tornado obsoleta la teoría marxista.

Este tipo de argumentos ya empleado en sus tiempos por Haya de la Torre, fundador del APRA peruano, y los nacionalistas del MNR, que aceptaban cierta utilidad del método marxista para captar la realidad de las sociedades de la periferia capitalista como la boliviana, pero, argumentando que por la complejidad y peculiaridades nacionales, la debilidad del proletariado y de la industria, hacían imposible su aplicación consecuente y sobre todo, el luchar por su programa. Pero ¿a qué conduce la aplicación de la concepción populista, barroca y posmarxista de los intelectuales críticos?

Una visión mixtificada de la realidad social

La complejidad de la Formación Social boliviana es abordada desde el enfoque populista y posmarxista a través de los cristales del subjetivismo culturalista. García Linera la presenta como “una combinación de dos componentes estructurales. Por una parte en Bolivia se da una sobreposición jerarquizada de culturas, entendidas estas como

repertorios idiomáticos, sistemas de valores, hábitos, conocimientos y estilos de vida; y esta es la parte que nos habla de la dimensión multicultural de la sociedad boliviana. Pero además existe otro componente que complejiza aun más la realidad social. Es la sobreposición, la existencia superpuesta, de varias estructuras societales, o de varios órdenes civilizatorios, que coexisten en un mismo espacio geográfico llamado Bolivia.” (...) “En términos generales, en Bolivia existen al menos tres grandes civilizaciones o sociedades, o estructuras societales: la mercantil industrial moderna, básicamente en las ciudades; la comunal, campesina y artesanal; y la amazónica. Cada una de estas tres estructuras civilizatorias, o sociedades, con su lógica política, su lógica económica, su lógica discursiva, su lógica de autoridad, tienen unos sistemas técnicos, unos patrones organizativos, unas racionalidades productivas, unos valores normativos, y unos sistemas de autoridad política propios y diferenciados unos de los otros.”

En otro lugar, García Linera había añadido hasta una “cuarta civilización”: “la economía y cultura organizada en torno a la actividad mercantil simple de tipo doméstico, artesanal o campe-

sino” (57)

Al tiempo de recurrir a la noción abarcadora de “civilización” en un sesgo idealista, para saltar por encima de las estructuras socioeconómicas y sus interrelaciones en el seno de la Formación Social boliviana, García Linera crea una simple “sobreposición de lo moderno y lo tradicional”, de “economía globalizada y de economía arcaica”, de “prácticas y oportunidades modernas, mercantiles (y) prácticas tradicionales, comunitaristas”, cuyos ecos se remontan a las nociones funcionalistas de los años 50 y 60. De hecho, termina desconociendo las conexiones reales y convirtiéndolas en una metafísica idealizada, aunque se vea obligado a reconocer que “esta segmentación social y civilizatoria no quita que en determinados lugares, en muchas oportunidades, las fronteras sean porosas, que se den amplios procesos de hibridación”, insistiendo siempre en la “dualización estructural”.

Esta visión de la realidad nacional, aunque le permite a García Linera abarcar las tesis de la “inclusión democrática” en el Estado y de una era de “capitalismo andino”, cae en un flagrante error, como es desconocer que aunque existan importantes espacios ocupados por formas sociales de origen precapitalista y en diversos grados de transición o “hibridación”, es el capitalismo la forma dominante.

Fracaso teórico y político del populismo posmarxista

El no elaborar una correcta caracterización general de la realidad nacional no es un problema menor, puesto que al escamotear esta cuestión es funcional al objetivo ideológico de García Linera y los populistas posmarxistas de exagerar el peso de los sectores no directamente encuadrados en las relaciones de producción de tipo capitalista, al mismo tiempo que no atacar

las relaciones burguesas de producción, la propiedad burguesa y al Estado burgués.

Llegados a este punto, no queda más que constatar que esta escuela de pensamiento fracasa precisamente en el terreno que había elegido para plantar bandera y fundar sus títulos y pretensiones: el del análisis de “lo local”. Sus enfoques no permiten caracterizar clara y científicamente la Formación Social boliviana ni al Estado que hay que enfrentar; no permiten precisar la doble interrelación entre la totalidad mundial y esta formación social concreta; no permiten identificar los sujetos históricos de su transformación ni que relaciones establecer entre ellos (trabajadores, campesinos, pueblos originarios), y tampoco determinar qué construcción de subjetividades políticas está planteada. Por supuesto, no pueden fundamentar una “guía de acción” para su transformación revolucionaria.

IV. Vigencia del Marxismo

Frente a las imposturas y pretensiones del “posmarxismo” populista reafirmamos la vigencia del marxismo y su potencialidad para comprender no sólo los cambios y dinámica de la sociedad capitalista contemporánea en general, sino, particularmente, a las formaciones sociales de la periferia como Bolivia, incluyendo la explicación de los cambios habidos en la realidad en las últimas décadas, y en síntesis, su superioridad como sistema integral de pensamiento y acción revolucionaria.

El marxismo manifiesta una vitalidad incomparablemente más rica que las pobres metafísicas posmodernas como las que hemos analizado. Y esto no por que sea una “teoría general” brillante pero abstracta, como creen García Linera, Tapia y demás, sino por que es, ante todo, “el análisis del proceso histórico viviente” (58), en palabras de Trotsky, o para decirlo con Lenin “el análisis concreto de una realidad concreta”.

Esto no quiere decir defender al marxismo como un dogma rígido, como un sistema acabado de una vez y para siempre. Por el contrario, el marxismo sólo puede vivir en constante desarrollo,

avanzando en relación con una realidad social que evoluciona constantemente, incorporando las experiencias de la lucha de clases mundial, asimilando críticamente los avances y descubrimientos de las ciencias y la cultura universal. Por eso, hablar de Marx y Engels es hablar también de Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Gramsci, entre pensadores marxistas más cercanos en el tiempo.

Los conceptos y categorías del materialismo histórico son producto de la reflexión sistemática sobre el conjunto de la experiencia y la praxis social y política, tomados en su sentido más amplio y a escala histórica. Esto no significa que el marxismo contenga ya dadas y de una vez por todas las herramientas teóricas para comprender la realidad. Si algo demuestra la historia del marxismo, es cómo se ha desarrollado al calor de la praxis en la realidad social y de la lucha de clases mundial, claro que no sin luchas y rupturas, como toda fuerza vital. A través de su método y de sus conceptos fundamentales, puede integrar en explicaciones cada vez más ricas lo nuevo, el cambio, la evolución de la realidad social contem-

poránea –mundial y local-, y, con el mismo movimiento integrador y concretizador, puede dar explicaciones cada vez más profundas y precisas del movimiento social en su conjunto. No se trata por tanto de un recetario dogmático, sino y ante todo, de aplicar un programa de investigación según la exigencia científica de que “todo programa sea una formulación exacta de un proceso real” (Lenin) aplicando y desarrollando, de manera creadora el arsenal teórico desarrollado por Marx y sus continuadores a la luz de más de un siglo y medio de las más complejas y extraordinarias transformaciones en la economía, la sociedad, la cultura, la política y la lucha de clases mundial.

El método marxista y las formaciones sociales “abigarradas”

En realidad, la Formación Social (una categoría marxista central para el análisis de cualquier sociedad concreta), no es una simple sobreposición o coexistencia de distintas formas económicosociales, cada una con su propia “superestructura”, cultura, etc., sino una compleja articulación, bajo el

dominio del modo de producción capitalista, de formas económico-sociales de origen precapitalista, otras de carácter transicional o semicapitalista y aún otras producto de la crisis y descomposición del propio capitalismo. Por otra parte, el Estado no puede ser una “síntesis” de todos estos componentes, sino que responde ante todo al núcleo capitalista dominante y a su eslabonamiento semi-colonial con el mundo.

Sin poder desarrollar más el tema, señalemos que para Marx, la clave para el análisis y la comprensión de toda sociedad había que buscarla en “La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos –relación cuya forma corresponde siempre de un modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social– es la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado. Lo cual no impide que la misma base económica –la misma en cuanto a sus condiciones fundamentales– pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc., variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas.”⁽⁵⁹⁾

Es por esta vía que se puede llegar a la reproducción teórica de la realidad, en una “totalidad concreta”, que como “síntesis de múltiples determinaciones” puede articular los distintos aspectos de lo real: economía, sociedad, política, cultura, en su riqueza y complejidad, sin hipostasiar un aspecto sobre los demás pero reteniendo la riqueza dialéctica de sus interrelaciones.

Claro que esta tarea es compleja ante toda sociedad concreta y aún más en las formaciones sociales “abigarradas”. Pero el mismo Marx sentó importantes cimientos metodológicos y teóricos para el estudio de éstas últimas. Advirtió claramente que “en general, el progreso no debe ser concebido de la manera

abstracta habitual” y estableció la noción de “la relación desigual de desarrollo en la producción material y, por ejemplo, del desarrollo de la producción artística”.⁽⁶⁰⁾ Es también ampliamente conocida su afirmación de que: “En todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia, y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia. Es una iluminación general en la que se bañan todos los colores y que modifica las particularidades de estos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve.”⁽⁶¹⁾ El pensamiento ampliamente dialéctico de Marx abarcaba el problema de las desigualdades y articulaciones o combinaciones en las más diversas formas sociales que estudió.

Un instrumento clave: la teoría del desarrollo desigual y combinado

Pero fue Trotsky quien desarrolló la primer formulación precisa y sistemática de la ley del desarrollo desigual y combinado en su Historia de la Revolución Rusa, señalando que: “Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.”⁽⁶²⁾

Este instrumento teórico puede ayudar notablemente a clarificar algunos de los fenómenos económicos, sociales, polí-

ticos o culturales más importantes y complejos de nuestro tiempo. En particular, ha revelado su extraordinaria utilidad para comprender la realidad y dinámica de las formaciones sociales de la periferia capitalista. Trotsky la utilizó magistralmente en el caso del imperio zarista y como base para la formulación de la teoría de la revolución permanente.

Numerosos marxistas latinoamericanos la aplicaron productivamente a la comprensión de la realidad de nuestros países, como Guillermo Lora, Luis Vitale, Nahuel Moreno y muchos otros. En comparación con las resacas fórmulas de los “teóricos” stalinistas” o los académicos funcionalistas y estructuralistas, se reveló capaz de contribuir a interpretaciones muchos más certeras, elaboradas y precisas.

La caracterización general de la formación social boliviana

Señalemos brevemente dos formulaciones aplicadas a Bolivia: Las Tesis de Pulacayo ya afirmaban en 1946: “Bolivia es país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico”.⁽⁶³⁾ Esta sucinta definición fue nuevamente utilizada por Guillermo Lora en otros de sus trabajos (a veces con variantes que no es del caso discutir aquí). Por su parte, René Zavaleta Mercado llegó en un momento a conclusiones similares: “Se hablaba entonces de la feudal-burguesía y también del Estado minero-feudal. En rigor, empero, no existía feudalismo en Bolivia, sino formas precapitalistas combinadas de un modo sui generis, por debajo del capitalismo dependiente y al servicio de él, incluso como parte de él.”⁽⁶⁴⁾

No afirmamos que estas breves fórmulas sean absolutamente correctas, que por si mismas basten ni que agoten la necesidad de profundizar la caracterización de la sociedad boliviana, integrando la inserción específica del país, en la organización regional y mundial del mercado y del trabajo, un análisis del Estado con sus peculiaridades, la cuestión de los pueblos originarios, las

particularidades regionales, las tradiciones y la cultura, etc. Todo esto es imprescindible para elaborar una explicación cada vez más rica y concreta. Pero esas breves síntesis son mucho más certeras y ofrecen un punto de partida mucho más valioso para tal tarea que las elucubraciones “multisociales” de García Linera y otros.

Polemizando con los populistas rusos de hace más de un siglo, Lenin contestaba ya a las críticas sobre la supuesta abstracción del marxismo y su inaplicabilidad a las condiciones locales: “la aplicación de la teoría de Marx (...) puede consistir sólo en investigar las relaciones rusas de producción y su evolución utilizando los procedimientos elaborados por el método materialista y por la economía política teórica.” Por eso, para él, la “intelectualidad socialista” debía asumir que “Su labor teórica deberá además, dirigirse al estudio concreto de todas las formas de antagonismo económico existentes en Rusia, al estudio de su conexión y desarrollo consecuente; deberá descubrir ese an-

tagonismo allí donde se encuentra encubierto por la historia política, por las particularidades del orden jurídico, por los prejuicios teóricos establecidos. Deberá ofrecer un cuadro completo de nuestra realidad.”⁽⁶⁵⁾

Este programa de investigación –que por cierto Lenin y los marxistas rusos supieron realizar bastante bien en su tiempo–, es siempre necesario hoy y aquí, ante los problemas y desafíos que el momento histórico pone ante los trabajadores y el pueblo bolivianos.

Trotsky y el marxismo del Siglo XXI

Para abordar esta inmensa tarea, creemos esencial incorporar los aportes de Trotsky, como la ya mencionada teoría del desarrollo desigual y combinado. El conjunto de la obra de Trotsky condensa la experiencia y las lecciones de medio siglo de revoluciones y contrarrevoluciones y se apoya en una sólida comprensión del marxismo y del pensamiento dialéctico. Esto le permitió elaborar generalizaciones y síntesis teóricas

que mantienen una extraordinaria actualidad y son una base fundamental para pensar los problemas del actual momento histórico, tanto desde el punto de vista de comprender la dinámica del capitalismo en su época de declinación imperialista, como las dramáticas vicisitudes de la lucha de clases que hemos visto a lo largo del siglo pasado y, también, los núcleos esenciales de una teoría política revolucionaria que él acuñó en la teoría de la revolución permanente y el programa de transición, entre otros escritos fundamentales. A pesar de la tradición de la corriente trotskista en Bolivia, la obra de Trotsky es poco conocida y mal comprendida. Que una nueva generación de jóvenes estudiosos del marxismo sepa extraerle el mayor provecho y aplicarla creativamente a la elaboración del conocimiento profundo de la realidad nacional y mundial de cara a las perspectivas de este siglo XXI que se inicia preñado de crisis, guerras y revoluciones, y afilar las “armas de la crítica”, que se necesitan para su transformación revolucionaria.

Notas

1. Trotsky, León. “Una vez más sobre la crisis del marxismo”, en Escritos. CD del CEIP “león Trotsky”, Buenos Aires, 1999.
2. Kagarlistky, Boris. “Desrevisando a Marx”. S/d.
3. Una amplia exposición de este problema y un análisis de las principales corrientes ideológicas en la izquierda radical, puede encontrarse en “Desafiando la miseria de lo posible”, por Christian Castillo y Emilio Albamonte, en revista Estrategia Internacional n° 21, septiembre de 2004. Buenos Aires. www.ft.org
4. Ver Anderson, Perry. Consideraciones sobre el marxismo occidental. Siglo XXI editores. Madrid. 1979.
5. Ver “Más allá de la democracia liberal y el totalitarismo”, por Claudia Cinatti y Emilio Albamonte, en revista Estrategia Internacional n° 21, septiembre de 2004.
6. Laclau, E., Mouffe, Ch. Hegemonía y estrategia socialista. Siglo XXI editores, Madrid., 1987.
7. Laclau, E., Mouffe, Ch. Hegemonía y estrategia socialista. Siglo XXI editores, Madrid., 1987, p.4.
8. Para un debate más desarrollado, pueden consultarse los varios artículos de Albamonte, Castillo, Cinatti y Chingo en revista Estrategia Internacional n° 19, 20 y 21. Nos apoyamos en esos aportes para la crítica del posmarxismo y el autonomismo.
9. Cinatti, Claudia. “La impostura post-marxista”, en revista Estrategia Inter-
10. Laclau, E. Contingencia, hegemonía y universalidad, Diálogos con la izquierda de nuestro tiempo. FCE. México. 2003. pág. 298.
11. Marx, Carlos, Miseria de la filosofía.
12. Negri propone elaborar una “nueva” teoría del valor, considerando insuficiente la que Marx desarrolla en El Capital, además de presentar sus especulaciones sobre el ‘trabajo inmaterial’, el ‘intelecto general’, etc.
13. Título de su más conocido libro, escrito hacia 2.000. Las tesis de Imperio fueron parcialmente modificadas por Negri en sus últimos trabajos, debiendo matizar su visión de una globalización homogénea y “desterritorializada” ante las realidades como la guerra de Irak, que demuestran la vigencia de la teoría del imperialismo y, entre muchas otras cosas la importancia que sigue revistiendo su propio Estado-nación para los intereses de las transnacionales norteamericanas.
14. Entrevista en El Deber, 5/008/07.
15. Negri, Toni. Ídem. Pág. 19.
16. Entrevista en El Deber, 5/008/07.
17. En la revista Lucha de Clases n° 6 (Buenos Aires, mayo de 2.006) se polemiza con las críticas al leninismo de este tipo sostenidas por los autonomistas latinoamericanos, como en Bonefeld y Tischler (compiladores), A 100 años del ¿Qué hacer? Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy.
18. Shanin, Teodor. El Marx tardío y la vía rusa - Marx y la periferia del capitalismo. Madrid, Revolución, 1990, págs. 320-340.
19. Puede verse una crítica desde el marxismo a la trayectoria intelectual y política de García Linera en Orellana Ayllón, Lorgio. La clase obrera. Su determinación económico-social y su mistificación. Plural/Promec, La Paz, 2003.
20. Ejército Guerrillero Tupac Katari, grupo que tras realizar algunas acciones de cierto impacto, fue desmantelado por la represión a inicios de los 90.
21. Recordar las polémicas de Lenin y los marxistas rusos con la “escuela sociológica subjetiva” a la que adherían los populistas rusos de la época. Ver ¿Quiénes son los amigos del pueblo y como luchan contra los socialdemócratas?
22. AGL, ídem, p.79.
23. Engels, F. “Carta a Franz Mehring”, (14/07/1893). Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels, Tomo II, pp. 495-496.
24. Regalsky, Pablo. Etnicidad y clase. CEIDIS/CESU-UMSS/CENDA y Plural editores, La Paz, 2003. p. 19.
25. García Linera, Gutiérrez, Prada y Tapia, Pluriverso. Teoría política boliviana. Muela del Diablo editores, La Paz, 2001.
26. Tapia, Luis. “Crisis y lucha de clases”, en Memorias de Octubre. Muela del Diablo editores, La Paz, 2004, p. 10.
27. Mandel, Ernest, en “Pour quoi Je sui

- Je sui marxiste". G. Achcar (edit.) *Le marxisme de Ernest Mandel*, PUF, París, 1999, pg. 205 y ss. Citado por M. Romero en el Prólogo a *Escritos de Ernest Mandel*, Ed. Catarata, Madrid, 2005. p. 11.
28. Peña, Milciades. *Introducción al marxismo*. Editorial Antídoto. Buenos Aires, 2002.
 29. *Pluriverso*, contratapa.
 30. Ver ¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo combaten a los socialdemócratas?
 31. García Linera A. *La Condición Obrera*. Muela del Diablo. La Paz. 2001.
 32. García Linera A. *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonia, Oxfam, 2004. La Paz. Págs. 21 y 22.
 33. Nuestra corriente ha producido varios análisis sobre la cuestión obrera hoy. Pueden citarse los artículos de Juan Chingo, en *Estrategia Internacional* n° 11-12, discutiendo con las teorías de Rifkin y Gorz. También, la nota "Desafiando la miseria de lo posible", por Castillo y Albamonte, en revista *Estrategia Internacional* n° 21, septiembre de 2004. Buenos Aires.
 34. Harman, Cris. "Los trabajadores en el mundo". *International Socialism* n° 96. Puede consultarse en www.is.org
 35. García Linera, A. *La crisis del Estado y las sublevaciones indígena-plebeyas*, en *Memorias de Octubre*, Muela del Diablo editores, la Paz, 2004. Págs. 29 y 30.
 36. Ídem, pág. 31
 37. Lenin, V. I. "Sobre el Estado". MIA. www.mia.org
 38. Engels, F. *Origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*. Hay varias ediciones. Ver www.mia.org
 39. Marx-Engels. *El Manifiesto Comunista*. Hay numerosas ediciones.
 40. García Linera, A. "La lucha por el poder en Bolivia", en *Horizontes y límites del Estado y del poder*. Muela del Diablo editores, 2005. La Paz. Pág. 16.
 41. García Linera, A. "La lucha por el poder en Bolivia", en *Horizontes y límites del Estado y del poder*. Muela del Diablo editores, 2005. La Paz. Pág. 22.
 42. Prada Raúl. "Estado periférico y sociedad interior", en *Horizontes y límites del Estado y del poder*. Muela del Diablo editores, 2005. La Paz. Pág. 145.
 43. Ver García Linera, *Estado multinacional*, Malatesta, La Paz. 2005.
 44. Ver Luis Tapia, *La Condición multisocietal*, ediciones Muela del Diablo, La Paz, 2002.
 45. Marx, Carlos. *La guerra civil en Francia*. Varias ediciones. En la web: www.mia.org
 46. Marx y Engels. *Manifiesto Comunista*. Hay numerosas ediciones.
 47. García Linera, Álvaro. "¿Qué es la democracia?", en *Pluriverso*. Teoría política boliviana. Muela del Diablo editores, La Paz, 2001, pg. 77.
 48. AGL, ídem 105.
 49. AGL, ídem, p. 77-78.
 50. AGL, ídem, p. 77-78.
 51. Tapia, Luis. 2002, Pág. 39.
 52. Ver, por ejemplo, de Jorge Viaña, "Autodeterminación de las masas y democracia representativa: Crisis estatal y democracia en Bolivia 2000-2006".
 53. García Linera, A. "El evismo", en *El Juguete Rabioso* n° 150, 2 al 15 de abril de 2006.
 54. Ver reportaje a García Linera, por Franklin Ramírez y Pablo Stefanoni, en *Página12*, Buenos Aires, 10/04/2006.
 55. Álvaro García Linera: "El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo" Entrevista por Miguel Lora Fuentes. www.bolpress.com
 56. Tapia, Luis. *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*. Muela del Diablo editores, La Paz. 2002.
 57. García Linera. *La estructura social compleja de Bolivia*. Julio de 2005. En www.saladeprensa.free.fr
García Linera. "Democracia liberal vs. democracia comunitaria". 20/01/04.
 58. Trotsky, León, "Necesitamos una revista marxista combativa, revolucionaria y crítica", 29 de mayo de 1937. *Escritos*, libro V. Edición en CD del IEPLT, Buenos Aires, 1999.
 59. Marx, Carlos, *El Capital*, tomo III, cap. XVII, pág. 799. Editorial de Ciencias Sociales de La Habana, 1986.
 60. Marx, Carlos. *Introducción general a la Crítica de la Economía Política*. Citado por Nahuel Moreno en *Lógica marxista y ciencias modernas*. Editorial Xólotl. México. 1981.
 61. Marx, Carlos. *Grundrisse*. Tomo I. Siglo XXI editores. México, 1989. P. 27.
 62. Trotsky, León. *Historia de la revolución Rusa*, capítulo 1, varias ediciones.
 63. Tesis Central de la FSTMB. Pulacayo, 1946. Hay varias ediciones.
 64. Zavaleta M, René. *El Poder Dual*. Editorial Los Amigos del libro, Cochabamba, 1967. p. 94.
 65. Lenin. V.I. ¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas? Editorial Anteo,



Capitalismo Andino o Revolución Permanente

La liberación nacional y social de Bolivia

POR EDUARDO MOLINA

"Repetimos una y mil veces: el gobierno del presidente Morales respeta la propiedad privada, respeta la religión, respeta la actividad sana del empresariado, garantiza la actividad privada en la enseñanza y la salud"

Vicepresidente Álvaro García Linera*

* Entrevista a García Linera, Pablo Stefanoni, desde La Paz. Clarín, Buenos Aires, 25-2-07

La novedad "teórica" de García Linera

Intentando darle algún sustento teórico al proyecto de país del MAS, García Linera ha sacado de la galera, poco antes de las elecciones de diciembre del 2005, la fórmula del "capitalismo andino-amazónico". Desde entonces, la misma ha hecho carrera, pues sintetiza bastante bien los objetivos del programa aplicado por el gobierno de Evo Morales.

En palabras de García Linera, se trataría de: "un régimen capitalista donde las potencialidades familiares, indígenas, campesinas, son equilibradas, son articuladas en torno a un proyecto de desarrollo nacional y de modernización productiva. Si usted quiere hacer futuro,

¿cuál es el modelo para Bolivia? Un fuerte Estado, y eso es capitalismo; el Estado no es socialismo, sino un fuerte Estado en hidrocarburos, en inversión extranjera, en inversión privada local, economía familiar artesanal y microempresarial, y economía comunitaria. No es un régimen ni siquiera mixto".⁽¹⁾ En esencia, no hay aquí nada novedoso. Desde hace muchas décadas, nacionalistas, populistas y reformistas de toda América Latina han basado su programa y su práctica en el supuesto de que como las fuerzas productivas a nivel nacional estarían insuficientemente desarrolladas para una transformación social profunda, es necesario limitarse a las reformas "posibles" y mantenerse durante una larga etapa -García Linera habla de "50 a 100 años"- en los marcos del capitalismo, encomendándole a éste el crear

las bases del desarrollo nacional que, a su vez, son las que en un futuro indeterminado permitirían alcanzar el socialismo. Éste fue el núcleo de las posiciones del menchevismo ante la Revolución Rusa hace ya 90 años y se convirtió en la teoría oficial del stalinismo desde los años 30.

Los nacionalistas de América Latina de mediados del siglo pasado adaptaron la teoría a sus conveniencias y acuñaron la expresión "revolución nacional" -tal como decían los teóricos del MNR-, para referirse a la necesidad de una larga época de desarrollo capitalista autónomo como vía para superar el atraso y la dependencia, tesis que aplicaron los gobiernos movimientistas después del '52 con los resultados conocidos. Estas viejas ideas son reeditadas hoy en día bajo una forma un poco diferente

en las ilusiones progresistas difundidas a escala internacional sobre la supuesta posibilidad de “humanizar el capitalismo”, es decir, paliar sus efectos negativos conservando la propiedad privada, el mercado y la explotación asalariada, y sin cuestionar el orden imperialista internacional. En esto, las ideas de García Linera y del MAS son sólo un recordado con sabor local.

El capitalismo andino en acción

García Linera y el MAS nos llaman a: “darle a la economía boliviana nuevamente una cabeza en torno del Estado. Y, alrededor de esta cabeza, articular inversión extranjera, inversión privada local, sectores campesinos, comunitarios y microempresariales-artesanales, en una perspectiva de shock productivo”⁽²⁾ para que todos colaboren armoniosamente en una vía “capitalista andina” al desarrollo nacional.

Esta concepción está expresada en el programa de Gobierno del MAS, en el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social y en el conjunto de la política económica aplicada en más de un año y medio desde los poderes del Estado, proponiendo un rumbo que no sólo se mantiene firmemente en los cauces del régimen capitalista, sino que de antineoliberal y de nacionalismo, tiene poco más que la retórica. Veamos sus contenidos esenciales:

Continuidad con el marco impuesto por dos décadas de “neoliberalismo”. Se mantiene la “apertura económica” y la “liberalización” del comercio exterior, con lo que la economía nacional queda más directamente expuesta y completamente subordinada a la dinámica del mercado mundial, a los vaivenes financieros y a los dictados de las transnacionales. El país queda atado al rol productivo que el capital internacional le asigna en la división internacional del trabajo como productor de materias primas, según “ventajas comparativas” determinadas por la expectativa de ganancias de las transnacionales. El papel asignado por el Gobierno a la inversión extranjera, que seguirá siendo decisiva en los próximos años, particularmente en los sectores de punta para explotación (hidrocarburos y minería) es coherente con lo anterior y lleva a profundizar la “especialización” del

país, pero asegurar el “esfuerzo exportador” significa subordinar el mercado interno y limitar cualquier proceso de industrialización, sin garantía alguna de que lleguen las esperadas inversiones, puesto que hoy ya se han reducido en gran medida.

Se mantiene también la “desregulación financiera” típica del neoliberalismo, con gran autonomía del Banco Central en la fijación de políticas monetarias y libertad de acción para el flujo de capitales y el sector bancario privado. Junto con ello, la estrategia de bajos salarios, altas tasas de explotación de la fuerza de trabajo asalariada y depresión, vía “libre mercado” de los precios de los productos de la economía campesina, en función de mantener las condiciones para la ganancia capitalista y “fomentar la competitividad”. Y también, el viejo sistema de impuestos, donde salvo el incremento de impuestos y regalías a hidrocarburos y minería, se mantiene la estructura regresiva diseñada a favor del capital y la riqueza.

Un rumbo neodesarrollista

Se mantiene así, en general y en aspectos muy importantes la política macroeconómica impuesta por el neoliberalismo, pero dentro de estos marcos, el gobierno impulsa un curso “neodesarrollista”. “Desarrollismo” era la estrategia económica de los gobiernos latinoamericanos en los 60 y 70 de “asociar” el capital extranjero al “desarrollo nacional”. El MAS queda muy por detrás de Cárdenas, Perón, los militares peruanos del 68, etc. y no en vano, el que fuera uno de los más entusiastas asesores del gobierno, aconsejándole seguir la huella del “nacionalismo revolucionario”, reconocía desencantado que no pasaba de ser un “neodesarrollismo indígena”⁽³⁾. En este esquema, se espera favorecer la acumulación a escala nacional con el concurso del capital extranjero, aunque buscando renegociar una fracción de la renta hidrocarburífera mediante la modificación de las leoninas condiciones en que fue entregada a las transnacionales del petróleo en los 90. También, reconstituir un sector “capitalista de Estado” como regulador e impulsor del “desarrollo nacional” en determinados ámbitos.

Para esto, el Estado se propone reinyec-

tar parte de la renta captada mediante planes de financiación (articulados con la banca privada, como es el caso de los créditos para vivienda), planes de obras públicas y algunas grandes inversiones estatales, un aumento del gasto social (educación, salud, bonos como el “Juancito Pinto”), pero sin afectar de manera directa la distribución de la renta nacional entre las clases (la tasa de plusvalía generada en la producción capitalista ni los niveles de explotación a través de diversas formas de subordinación en el mercado de los sectores no y semicapitalistas). Este programa económico no es mal visto por importantes sectores de la burguesía, que no ven como una amenaza directa ni a la propiedad privada ni a las condiciones generales de la explotación capitalista y las relaciones entre capital y trabajo, ampliamente favorables al mismo, que lograron imponer en dos décadas de ofensiva burguesa-imperialista, y constatan que “En una visión conceptual del Plan, el cambio de modelo es evidente, pues busca borrar todo elemento de colonización, referido a directrices extranacionales en las decisiones gubernamentales y acentuar la participación del Estado en las actividades estratégicas generadoras de excedente económico como los hidrocarburos y la minería. Sin embargo, en la operacionalización el Plan es moderado e inclusive toma en cuenta todo lo avanzado en temas del desarrollo económico de gobiernos anteriores como la visión productiva, la priorización de las cadenas agroproductivas y el desarrollo manufacturero.”⁽⁴⁾

La política hidrocarburífera

Esta, como pilar central del plan oficial, es el mejor y más difundido ejemplo. La “nacionalización” se reduce a una renegociación de los contratos con las petroleras, aumentando impuestos y regalías, e introduciendo una mayor fiscalización por el Estado y recreando YPF como empresa estatal que interviendrá en las distintas fases de la industria, desde la exploración y extracción, a la refinación y comercialización en colaboración con inversores privados (constituyendo incluso empresas mixtas). Con ello, no

no se va mucho más allá de la Ley 3058, que había sido aprobada en tiempos de Carlos Mesa en el parlamento ultrarreaccionario del MNR, MIR y compañía. La política petrolera del MAS consolida la presencia decisiva de las transnacionales en el sector, garantizándoles “seguridad jurídica”, y condiciones de producción a largo plazo, con grandes volúmenes de exportación y altos márgenes de rentabilidad a los mercados de Brasil y Argentina, según el interés de Petrobras y Repsol-YPF. Por ello todas las petroleras aceptaron los nuevos contratos ofrecidos por el gobierno, y cuando su aprobación parlamentaria pendía de un hilo, fue la propia oposición neoliberal –PODEMOS– la que los salvó y permitió su legalización.

La política minera

Obedece a los mismos lineamientos de colaboración con el capital extranjero, continúa la entrega, como muestran El Mutún y el trato a las inversiones extranjeras y la actividad privada en general (mineros medianos y chicos, cooperativas), aunque con modificaciones secundarias: declaratoria de propiedad fiscal de las reservas, aumento de impuestos en función de los altos precios actuales de los minerales.

La nacionalización de Huanuni, incluido el cerro Posokoni fue impuesta por los trabajadores contra los designios del MAS y de su ex ministro de minería Villarroel, un representante de las cúpulas cooperativistas aliadas al capital extranjero. En cuanto a la nacionalización de la estratégica fundición de Vinto, su concesión a manos privadas era insostenible por numerosas causas, entre ellas, incumplimiento de inversiones comprometiéndose las posibilidades de exportación, y después de Huanuni, era inviable que siguiera en manos de Glencore (con la que se mantienen negociaciones, habiéndose hecho acuerdos de comercialización a favor de esta). Huanuni y Vinto abrieron también las puertas para la reconstrucción de COMIBOL, como sector estatal de la minería al que se sumarían Corocoro (cobre) y otras explotaciones, pero conviviendo y “complementándose” con la gran minería de capital imperia-

lista (San Cristóbal, El Mutún, Sinchi Huayra-Glencore, etc.) y la “iniciativa privada” en general.

La cuestión agraria

Más allá de la retórica de la “revolución agraria” y pese a las contradicciones que imponen los lazos del MAS con su base campesina, es tratada desde la misma estrategia general, y tampoco en este campo el programa masista rompe con los lineamientos generales del neoliberalismo, lo cual se expresa en la reforma y no en una liquidación, de la Ley INRA pergeñada en los 90. Por ello, es funcional a un desarrollo agropecuario de tipo capitalista basado en la propiedad “productiva”, pues se preserva el predominio de la gran propiedad en las tierras bajas, esto es, en las regiones con mayores aptitudes productivas, para la agricultura comercial organizada de manera empresarial. Así, se prolongó por siete años el proceso de “saneamiento de tierras” diseñado en función de la conversión de la tierra en “mercancía plena” y de la legalización de la gran propiedad. La reforma de la Ley INRA ni siquiera pone límites de extensión a la tenencia de tierras siempre y cuando cumpla con una dudosa “función económico-social” que le da amplias posibilidades de maniobra al latifundio. Y el Plan Nacional de Desarrollo sostiene como objetivos del “Programa de regularización del derecho propietario sobre la tierra y el territorio” que “tiene como objetivo dotar de seguridad jurídica en la tenencia de la tierra todos los sectores”.⁽⁵⁾

La posible distribución de tierras dependerá en gran medida del reparto de tierras fiscales (a más de un año de aplicación, el gobierno afirma que se asignaron algo más de 400.000 Has. de tierras fiscales pero reconoce que no se afectó a un solo latifundio⁽⁶⁾). Mientras, la llamada “reconstrucción comunitaria de la reforma agraria”, más allá del discurso comunitarista y de las críticas, muchas de ellas acertadas, a la reforma diseñada por el MNR en 1953, carece de una respuesta realista a la crisis de la pequeña economía campesina, con su expresión típica en el Altiplano y los Valles: el minifundio (si bien éste se enmarca en la comuni-

Lejos de apuntar a una “vía campesina de desarrollo agrario” o a una verdadera “reconstrucción de las comunidades”, que exigirían reformas estructurales muy profundas y un rol central del Estado en el apoyo financiero, técnico y comercial a favor de formas de tipo cooperativo o colectivo de producción, se conforma con algunos paliativos y recomendaciones, mientras sostiene que “el desarrollo agrícola priorizará a las unidades pequeñas y medianas, orientando la integración vertical con la agroindustria. En el ámbito rural, la agricultura se complementará con otras actividades no agropecuarias (turismo, manufacturas, artesanías, servicios, procesos de preindustrialización, etc.) que permitan desarrollar procesos de desarrollo local.”⁽⁷⁾ Esto es, la articulación de la pequeña producción agraria bajo el comando del gran capital, a través de las “cadenas productivas”. Conserva la lógica de constituir “mercados de tierra”, el mecanismo de arriendo dentro de las propias comunidades y la reversión de las tierras de los residentes a las comunidades, el acceso individual del campesino a la tierra mediante la compra financiada, y otras medidas de inspiración neoliberal⁽⁸⁾, propugnadas en los últimos años por la “cooperación internacional” para acelerar el desarrollo capitalista en el campo y por ende, la diferenciación social en las comunidades y la formación de una capa de campesinos ricos.

Con estos recursos no se puede resolver las necesidades de tierra de los campesinos y pueblos originarios, pero se contribuye a consolidar la actual estructura agraria dominada por la gran propiedad burguesa de la tierra.

La ilusión de un “ciclo del gas virtuoso”

Sobre estas bases de colaboración con el capital extranjero y la burguesía nacional –industrial y agraria– es ilusorio pensar en la retención y reinversión productiva de un “excedente” constantemente ampliado para generar un desarrollo industrial equilibrado, ampliando sistemáticamente el mercado interno y la capacidad de consumo de la población. Es una falacia creer que se logrará superar las agudísimas contradicciones, las desproporciones y desequilibrios

la economía boliviana, respetando el “libre mercado” y la gran propiedad y buscando ¿quizás por medios mágicos? que simplemente se desvanezcan los mecanismos de la explotación imperialista (deuda externa, utilidades y remesas, intercambio desigual, fuga de capitales, etc.) que saquean la renta nacional y asfixian sus posibilidades de desarrollo.

Por todo ello, a pesar de sus enunciados, el proyecto económico del MAS no puede superar siquiera el “patrón primario-exportador”, y aunque se logre a mediano plazo una cierta diversificación productiva a partir de los niveles de escasa industrialización actual, en poco mejoraría eso las perspectivas de un genuino desarrollo. Basta comparar la realidad de los demás países latinoamericanos que tienen un mayor índice de urbanización e industrialización, como Perú, Chile, Colombia, Argentina, etc., para comprobar que no alcanza con eso ni mucho menos para superar el atraso relativo, la pobreza, la dependencia, las explosivas contradicciones sociales, la subordinación al imperialismo. Desde un punto de vista económico el proceso conocido como de “sustitución de importaciones” caracterizó buena parte del siglo XX. Su resultado fue lo que se ha llamado una “semi industrialización”, deformada y finalmente bloqueada por las contradicciones estructurales del capitalismo dependiente incluso en aquellos países con mejores condiciones para un “despegue”, como Brasil, México o Argentina. En el caso de Bolivia incluso esta semi industrialización se vio truncada, frustrada en sus primeros pasos. Si se adopta una periodización esquemática del desarrollo industrial latinoamericano en dos grandes etapas, la de la industrialización simple (intensificada desde de los años 30, basada en la producción de bienes de consumo no durable para el mercado interno) y compleja (en algunos países, después de la Segunda Guerra Mundial, con eje en la producción de bienes de consumo durable, intermedios y en algunos casos, de capital) es evidente que Bolivia ingresó tardíamente en la primer etapa, y nunca alcanzó la segunda. Estratégicamente, el programa del gobierno es demasiado mezquino y desarticulado para esperar un éxito que no tuvo el “capitalismo de Estado” pos 52 cuando

concentraba un 70% de la producción y las exportaciones y contaba con condiciones generales e internacionales más favorables. La atrasada economía boliviana sigue estando completamente subordinada al mercado mundial, supe- ditada al rol de las transnacionales y a la explotación imperialista y depende casi completamente de la coyuntura de precios a nivel internacional para un puñado de materias primas.

Si bien el “ciclo del gas”, dadas las características de la renta energética, podría contrapesar parcialmente esa vulnerabilidad, está también subordinado a las fluctuaciones de la economía internacional, que ha entrado en un “cono de sombras” que puede augurar una crisis profunda, será comandado por las transnacionales en su propio beneficio, y aunque alimente una nueva espiral de modernización relativa, como ocurrió con el “ciclo del estaño” o en la época pos 52, la vía del “capitalismo andino” no es la vía hacia el desarrollo y la liberación nacional, sino un callejón sin salida incapaz de dejar atrás la miseria, el atraso, la extrema dependencia que han caracterizado la historia del capitalismo boliviano “de carne y hueso”.

El zorro, guardián del gallinero

Uno de los más sorprendentes argumentos del Vicepresidente a favor del “capitalismo andino” es que la formación económico-social boliviana no es homogéneamente capitalista, sino “abigarrada”, por convivir varios “regímenes civilizatorios”.

Para García Linera, “la complejidad social de la realidad boliviana se presenta como una combinación de dos componentes estructurales. Por una parte en Bolivia se da una sobreposición jerarquizada de culturas, entendidas estas como repertorios idiomáticos, sistemas de valores, hábitos, conocimientos y estilos de vida; y esta es la parte que nos habla de la dimensión multicultural de la sociedad boliviana. Pero además existe otro componente que complejiza aun más la realidad social. Es la sobreposición, la existencia superpuesta, de varias estructuras sociales, o de varios órdenes civilizatorios, que coexisten en un mismo espacio geográfico llamado Bolivia.”⁽⁹⁾ Así, constantemente hará referencias a

la matriz cultural andina y amazónica, a las “formas comunitarias”, separando los aspectos culturales e identitarios de su base material y de las conexiones concretas entre diversos elementos de origen precapitalista o de transición y el capitalismo dominante que caracterizan la formación social boliviana, para fabricar una metafísica de contraposiciones abstractas, idealizadas, con el capitalismo industrial, llegando a afirmar que “casi dos terceras partes de los habitantes del país se hallan en alguna de las últimas tres franjas civilizatorias o societales” (pequeña producción mercantil simple, comunitaria y amazónica), como si las diversas formas económico-sociales de origen pre-capitalista no estuviesen incorporados en una formación social que, con todo su carácter complejo y “abigarrado”, con las peculiaridades que le imprime un desarrollo histórico agudamente desigual y combinado, no deja de estar claramente dominada por el capitalismo y articulada a través del mercado.

Para García Linera, lo que habría hecho el “modelo de desarrollo” neoliberal es, además de “incrementar drásticamente las desigualdades económicas”, e “inaugurar un tipo de desarrollo económico basado en el exclusivo protagonismo productivo de la inversión externa”, el “romper los lazos de articulación entre, por una parte, la economía moderna y globalizada del país que abarca a cerca del 28% de la población boliviana, y por otra la economía campesina tradicional compuesta por 550.000 unidades familiares (35% de la población boliviana) y la economía mercantil familiar-artesanal de los 700.000 establecimientos urbanos que agrupa al 37% de la población nacional.”

De esto, extrae la conclusión de que: “Hoy, con la capitalización y sus reglas de rentabilidad y exportación del excedente económico, tenemos un diminuto tren bala vinculado a los procesos de globalización, y unos gigantescos carrerones anclados en tecnologías del siglo XVII y XIX, abandonados a una suerte de degradación interna sin puentes ni eslabones que permitan palanquear hacia la modernidad económica a estos mayoritarios sectores productivos. El que la economía familiar sea la base material de los movilizadores de los

genas urbanos, cooperativistas, colonizadores), precisamente se sostiene sobre esta disociación entre las esferas económicas de la sociedad boliviana.”⁽¹⁰⁾

En primer lugar, no hay tal disociación absoluta, no hay una simple coexistencia de distintas formas económicas y sociales que habría que “articular” sino una articulación concreta en un todo categóricamente dominado por el capitalismo. Que esta conexión es contradictoria y conlleva la erosión y descomposición de las formas económico-sociales no capitalistas o semicapitalistas está en la naturaleza misma de las cosas, es decir, del capitalismo, pues es la articulación posible y conveniente a la lógica del capital. En segundo lugar, el rol del Estado nacional en décadas pasadas, que García Linera añora no ha sido “proteger” a la pequeña producción sino asegurar su subordinación a través del mercado y en función de mejores condiciones para la expansión del capital. Como él mismo escribe: “ha ayudado a expandir las relaciones industriales en Bolivia, articular mercados regionales, generar empleos”.⁽¹¹⁾ Es decir, expandir el dominio del capital sobre el conjunto de la economía nacional y favorecer las tendencias a la proletarianización y a la descomposición de las antiguas formas productivas y sociales.

La dinámica histórica del capital y la suerte de las formas socioeconómicas de origen precapitalista

García Linera lamenta que “En los últimos 60 años se ve un retroceso de la actividad comunitaria productiva (...) sigue habiendo comunidad pero ésta ha implosionado internamente en estructuras familiares.”⁽¹²⁾ La erosión de la economía agraria andina y de los elementos comunitarios que conservaba (aunque ya muy degradados y transformados tras un proceso de siglos de inserción en el mundo burgués), es resultado directo del impacto de los procesos de modernización capitalista. Precisamente, la Revolución del 52, uno de cuyos resultados fue la destrucción del sistema de hacienda en el Altiplano y valles (es decir, de las relaciones de explotación que se apoyaban en el sojuzgamiento de la comunidad tradicio-

nal), abrió un ciclo de profundización y extensión del capitalismo a nivel nacional. En el agro, entregó la tierra en parcelas individuales y las familias y comunidades campesinas quedaron directamente ligadas al mercado. Las comunidades campesinas están muy lejos de ser entes autosuficientes, sino que están en su amplia mayoría estrechamente vinculadas al mercado. Si bien subsisten tierras de propiedad comunal (como áreas de pastoreo, aguas, etc.) y costumbres de cooperación social (como el ayni y la minga), la unidad fundamental de producción es la parcela familiar. Nuevas capas sociales comenzaron a desarrollarse lentamente sobre la base de la diferenciación interna de la masa campesina, surgiendo una delgada capa superior de rescatoris, transportistas, etc., mientras una parte de la población rural y de los pueblos originarios comenzaba el camino de la proletarianización (emigración temporal o permanente a las ciudades, zafra en el norte argentino y en el Oriente, etc.), mientras, la mayor parte del campesinado en el Altiplano y los valles se hundía en la pobreza, atado a la suerte del minifundio.

La crisis del capitalismo boliviano en los 80, con el agotamiento del patrón económico de “substitución de importaciones” llevó a desmontar el amplio sector de propiedad estatal y durante un primer período abrió ciertos espacios a la expansión de sectores de la pequeña y baja burguesía en la producción (talleristas “microempresarios”, MYPES). Fue el corto verano de la “informalidad urbana”. Pero pronto, la penetración del capital extranjero y los procesos de concentración y centralización del capital, alentados desde el Estado por las camarillas neoliberales, comenzaron a constreñir estos espacios en beneficio de las grandes empresas, las transnacionales y la banca.

Así, la crisis de la economía campesina y de la pequeña producción urbana evidenciadas en los años 90 y a la que García Linera se refiere, es resultado directo de un nuevo ciclo de modernización capitalista al amparo de la penetración del capital extranjero bajo el programa neoliberal. Esa “suerte de degradación interna” de que se queja García no obedece a un presunto aislamiento o abandono, sino precisamente al impacto del creciente

poder del gran capital sobre el conjunto de la economía nacional. Por eso en los últimos años se movilizaron contra la erosión de sus condiciones materiales de existencia bajo la presión del gran capital amplios sectores, no sólo los basados en la “economía familiar”, como interesadamente generaliza nuestro teórico, sino aquellos sólidamente insertos en el mercado y de carácter semi y directamente capitalistas. En efecto, él mismo nombra a los “cooperativistas” (que como ocurre en las cooperativas mineras, producen directamente para el mercado mundial, acumulan capital en un proceso de aguda diferenciación social interna y emplean miles de obreros asalariados); por otra parte, ¿qué son los “indígenas urbanos” sino un heterogéneo conjunto que además de obreros, trabajadores por cuenta propia y gremiales, incluye propietarios, talleristas, pequeños y medianos industriales, nuevos profesionales, burgueses comerciales, etc.?

Otra impostura de García Linera

García Linera afirma que se apoya en Marx y sus reflexiones sobre la comuna rusa para pensar el “capitalismo andino” como una vía al socialismo. En realidad Marx y Engels contemplaban la hipótesis no de que el capitalismo salvara a la comunidad rusa (el mir) y a la industria artesanal tradicional (el kushhtar) de la ruina, sino que la destrucción revolucionaria del capitalismo en Europa occidental le ahorrara a Rusia el transitar por los horrores del capitalismo. “Está claro que la propiedad comunal en Rusia se halla ya muy lejos de la época de su prosperidad y, por cuanto vemos, marcha hacia la descomposición. Sin embargo, no se puede negar la posibilidad de elevar esta forma social a otra superior, si se conserva hasta que las condiciones maduren para ello y si es capaz de desarrollarse de modo que los campesinos no laboren la tierra por separado, sino colectivamente. Entonces, este paso a una forma superior se realizaría sin que los campesinos rusos pasasen por la fase intermedia de propiedad burguesa sobre sus parcelas. Pero ello únicamente podría ocurrir si en la Europa Occidental estallase, antes de que esta propiedad comunal se descompusiera por entero, una revolución prole-

ra este paso y, concretamente, los medios materiales que necesitaría para realizar en todo su sistema de agricultura la revolución necesariamente a ello vinculada.”⁽¹³⁾

Desde 1875, cuando estas profundas líneas fueron escritas, corrió mucha agua bajo los puentes de la historia. La única forma de resolver la cuestión agraria en Rusia (como la cuestión democrática y la de los pueblos oprimidos) fue la revolución obrera de 1917 ¡Pequeño olvido de García Linera! Quién ahora nos dice que será la colaboración con el gran capital nacional y las transnacionales, durante décadas de “capitalismo andino” lo que asegurará una “articulación armoniosa” entre gran producción industrial y agroindustrial y pequeña producción mercantil, gracias al “papel del Estado fuerte que regula la expansión de la economía industrial, extrae sus excedentes y los transfiere al ámbito comunitario para potenciar formas de autoorganización y de desarrollo mercantil propiamente andino y amazónico.” Sería esta maravillosa perspectiva la que en unas pocas décadas permitiría nada menos que vislumbrar “la posibilidad de un régimen comunitarista socialista en el buen sentido del término pasa por potenciar las pequeñas redes comunitaristas que aún perviven y enriquecerlas. Esto permitiría en 20 o 30 años poder visualizar una utopía socialista.”⁽¹⁴⁾

Al mismo tiempo, que escribe que esa etapa “idílica” salvará de la ruina, preservará sus condiciones de existencia y llevará a la prosperidad a pequeños productores rurales y urbanos, afirma que es la que creará las condiciones para el socialismo: gran industria y proletarización masiva. Dos utopías por el precio de una: ¿Preservar y hacer prosperar la pequeña propiedad en el mundo capitalista de las enormes transnacionales y el imperialismo?; o bien ¿completa absorción y proletarización completa de las clases subalternas, por el raquíptico capitalismo semicolonial boliviano, en ese mismo mundo capitalista de las enormes transnacionales y el imperialismo?

En realidad, el capital sólo puede operar con las mismas armas y método que lo ha hecho siempre, destruyendo implacablemente las formas sociales y económicas preexistentes. Sólo que en la etapa imperialista de su declinación

histórica (un pequeño olvido de nuestro teórico), los países avanzados cierran el camino a los que tratan de avanzar. Dentro de un país como Bolivia, caracterizado históricamente por las formas agudas que ha asumido el desarrollo desigual y combinado, esto significa que la intensificación y extensión del dominio capitalista en las distintas esferas de la vida económica y social no conduce a una “homogeneización” ni una “articulación armónica y benéfica” como sueña García, sino a la degradación, descomposición en medio de violentas contradicciones. El capital subsume, adapta por la fuerza a sus necesidades, oprime y parasita bajo su secante dominación, pero no logra absorber, no puede impedir que al calor de sus periódicas crisis, se recreen sectores intermedios, arruina cada vez más pero no puede llevar hasta el final las tendencias a la proletarización de la masa de la población que le son propias. En su ya larga historia, el capitalismo boliviano dio todo lo que podría dar, preservó el atraso económico y se nutrió de las peores formas de explotación, la burguesía criolla encadenó cada vez más al país a los engranajes del imperialismo. El retrógrado capitalismo semicolonial boliviano, parte subordinada de un sistema mundial decadente, reúne tanto el raquitismo de su condición atrasada y dependiente, como las enfermedades seniles del sistema en su conjunto. El capital ya hace mucho que no es una fuerza históricamente progresiva, y el capitalismo nacional no es una vía para el desarrollo, sino al contrario, el engranaje de la subsunción periférica a los centros del capitalismo avanzado. Desde este punto de vista, el contenido del “capitalismo andino” sólo puede ser una de dos cosas: O es una completa utopía; o es un grito de guerra contra la pequeña propiedad campesina y artesanal, envuelto en puro cinismo. En efecto: si se impulsa el desarrollo capitalista, éste destruye inexorablemente las bases de la pequeña economía campesina y artesanal al mismo tiempo que no garantiza el desarrollo nacional, bloqueado por el imperialismo. Si se intenta seriamente preservar a la pequeña producción (suponiendo por un momento que esto fuera históricamente posible en los marcos del capitalismo), se frena el desarrollo capitalista y su expansión al conjunto

de la economía, con lo que sólo se profundiza el retraso y la subordinación al imperialismo.

García Linera pretende resolver estas contradicciones armado de sus conocimientos matemáticos y sociológicos para trazar la diagonal de la armonía entre pequeña propiedad y gran capital. Mucho tememos que fracase en su intento.

Por supuesto, en las elucubraciones de García Linera no figura la clase obrera. Sus prolijas ecuaciones no toleran el factor “lucha de clases”. En cualquier caso, los trabajadores asalariados están condenados a financiar la acumulación en las próximas décadas, bajo un proyecto orgánicamente antiobrero, puesto que tiene que mantener las condiciones de explotación y bajos salarios actuales para sustentar la ganancia de las distintas capas de capitalistas grandes, medianos y pequeños; y dado que el gobierno “respete la actividad sana del empresario”, debe garantizar el derecho a explotar la fuerza de trabajo y a imponer la disciplina del capital contra cualquier rebelión de los trabajadores.

¿A quién favorece el proyecto de capitalismo andino?

Coherentemente con la concepción del “capitalismo andino”, el contenido económico social del programa de gobierno no es favorecer la “economía familiar”, ni responder a los intereses de la clase obrera, el campesinado pobre, los sectores populares más sumergidos de las ciudades ni la masa de los pueblos originarios.

Como toda estrategia económica basada en la propiedad privada de los medios de producción, el mercado y el fomento de la acumulación capitalista, responde a la preservación y promoción de los intereses generales de la clase burguesa, aunque lo haga alterando parcialmente y en cierto sentido, las correlaciones de fuerza y el reparto de la ganancia entre sus diversos sectores.

En este sentido, intenta beneficiar a las capas de la burguesía “productiva”, a la mediana y baja burguesías, intentando poner límites al copamiento por el gran capital extranjero y retener una parte de la renta extraída por el imperialismo para aumentar el fondo de la renta nacional disponible para la acumulación. Como la burguesía nacional es tan atra-

iene ningún interés en un “desarrollo autónomo”; el MAS desde el gobierno, apoyándose en los “movimientos sociales”, se propone para dirigir la economía en su lugar. Como apuesta a la “colaboración” con el capital extranjero y la ayuda financiera del imperialismo, que en el esquema neodesarrollista deberán seguir jugando un papel importante, se trata de arbitrar entre los distintos sectores. Para ello, hace falta un mayor rol regulador del Estado y reconstruir un aparato de empresas públicas, un sector productivo estatal que pueda actuar como regulador y contribuir a la acumulación general y el desarrollo del mercado interno, lo que implica ciertas reformas que aparecen como “nacionalistas”.

Políticamente, este enfoque se expresa en la búsqueda de un “pacto social” o “gran acuerdo nacional” de largo plazo, que permita conciliar las modificaciones en el patrón de acumulación y los mecanismos de regulación neodesarrollista entre el imperialismo, la burguesía nacional (y sus distintas fracciones) y la “nueva élite” en el poder, al mismo tiempo que reconstruir un equilibrio social que lo torne viable en el mediano y largo plazo.

El propio García Linera lo plantea en estos términos: “la disposición de un excedente económico, y un modo de retención del mismo, en torno al cual clases sociales, identidades culturales y regionales acuerden un modo de convivencia y de regulación de conflictos. En este sentido la nacionalización del excedente hidrocarburífero es el soporte material y económico de la viabilización exitosa de los acuerdos y pactos resultantes de una Asamblea Constituyente”.⁽¹⁵⁾ Lo que de todas formas implica una importante y conflictiva reconfiguración en las esferas del poder económico, social, político y cultural, además de la ilusión reaccionaria de suprimir la lucha de clases.

Señalemos que en las capas altas del empresariado y las camarillas burguesas ligadas al acaparamiento de tierras y a las operaciones de las transnacionales, hay desconfianza hacia el estilo político del MAS, temor a las masas que están detrás de éste y resistencia a ceder si quiera parte de las enormes posiciones que acumularon estos años, en beneficio de los “intereses generales”. Por otra parte entre las distintas fracciones de la

burguesía hay una fuerte disputa en torno a la “reconducción neo desarrollista” de la economía y el reparto y control de la cuantiosa renta hidrocarburífera.

La burguesía nacional

El proyecto del MAS busca responder a los intereses generales de la burguesía, en particular del “capital productivo” en función de la acumulación a escala nacional; tiene su base social en capas medias y bajas de la burguesía que hacen “parte del pueblo” y buscan ascender económica y socialmente; es gestionado por una nueva élite política y estatal que se apoya en los “movimientos sociales” para hacerse reconocer y aceptar su rol de árbitro por el conjunto de la clase dominante. Las dos fracciones más caracterizadas de la burguesía nacional, son la burguesía terrateniente y agroindustrial cruceña y la burguesía industrial, minera, comercial y financiera de La Paz ¿puede concebirse dos sectores más estrechamente ligados a intereses del capital extranjero y más antinacionales? En este cuadro, la mediana y baja burguesía de origen plebeyo e indígena también depende económica, financiera, comercial, tecnológica, ideológica y culturalmente del gran capital y es entusiasta de la “exportación” y la “apertura”, un eslabón de la cadena de explotadores que aunque sean parte de una clase “mitad opresora, mitad oprimida” (Trotsky) son incapaces de romper con el imperialismo. Casos extremos son la cúpula enriquecida de las cooperativas mineras –verdaderos empresarios con guardatojo- que defiende a rajatabla la actividad privada en la minería, la alianza con las transnacionales y el rechazo a la intervención del Estado (como se demostró en Huanuni), y la “burguesía chola” comercial de La Paz, una suerte de “burguesía compradora” étnica y culturalmente discriminada pero enriquecida con la importación y el contrabando.

En cuanto esa “nueva élite” de origen plebeyo e indígena hoy en funciones gubernamentales, tiene estrechos lazos con esos sectores, y confluyen en su conformación el personal político y la burocracia dirigente de las organizaciones de masas adscriptas al MAS, sectores de una nueva burocracia estatal, un ala de la pequeñoburguesía “ilustrada”

de las ONGs, etc. Su dinámica social es alejarse cada vez más de las bases sociales populares para integrarse en la clase dominante, comenzando a delinear una trayectoria histórica similar a las nuevas capas que surgieron en los procesos revolucionarios de posguerra que quedaron entrampados en los marcos del nacionalismo burgués: la “burguesía burocrática” que se desarrolló en los países árabes como Argelia, Egipto, etc. y en el África “descolonizada”, la corrupta burocracia estatal movimientista después del 52, etc., que perpetuaron la sumisión semicolonial y el atraso. No son estas capas, cuyos intereses materiales concretos y a largo plazo son opuestos a los de obreros, campesinos e indígenas, las que pueden encarnar los intereses nacionales y populares ni llevar a la liberación social.

¿Cómo resolver las “tareas nacionales pendientes”?

García Linera y el MAS reconocen que hay “tareas nacionales pendientes” (Plan de Gobierno del MAS), aunque no definen con precisión esas tareas y diluyen su contenido con la fraseología “light” al gusto de ONGs y académicos. Efectivamente, el capitalismo semicolonial boliviano ha sido incapaz, en casi dos siglos de vida estatal independiente, de resolver las más elementales tareas democráticas y nacionales. Podemos decir que estas son el motor de la profunda crisis nacional:

- Romper la dependencia semicolonial.
- Acabar con la opresión de los pueblos originarios.
- Necesidad de una profunda reforma agraria.
- Superar el atraso industrial del país.
- Satisfacer las aspiraciones democráticas populares.

García Linera y el MAS diluyen al extremo y tergiversan su contenido, de acuerdo a “lo posible” de conseguir en los marcos de la colaboración con la burguesía y el respeto a la propiedad capitalista. Esto significa de hecho renunciar a las “tareas nacionales”, traicionar las aspiraciones y demandas de las masas y limitarse a mendigar algún alivio a las intolerables condiciones de sometimiento y explotación contra las

lotación contra las que se movilizaron las masas del campo y la ciudad en los últimos años.

La **liberación nacional** significa quebrar la sumisión económica, política, militar y cultural ante el imperialismo. La lucha por la recuperación del gas y los recursos naturales, tomada como bandera de combate por las masas en Octubre sintetiza esta necesidad. Esto sólo puede lograrse sobre la base de la expulsión de las transnacionales y la recuperación de los recursos naturales enajenados, dejando de pagar la deuda externa, denunciando los pactos y tratados económicos, militares, etc., que atan el país y sus decisiones a los dictados del imperialismo. Sin esto, hablar de “recuperar la soberanía nacional” es retórica para engañar a las masas mientras se acepta mantener el status semicolonial del país.

Acabar con la secular **opresión de los pueblos originarios** significa no sólo desmontar algunos mecanismos para facilitar la “inclusión” y el reconocimiento “simbólico y cultural”, sino liquidar las fuentes materiales de esa opresión: la gran propiedad de la tierra, las relaciones sociales de explotación capitalista a las que el racismo les resulta funcional y garantizar plena autodeterminación para que los pueblos originarios decidan su propio destino. El “Estado multinacional” que propone el MAS puede satisfacer las necesidades de “inclusión y reconocimiento” de las capas dirigentes de la “nueva élite” de origen indígena o conceder dentro de ciertos estrechos límites el “derecho al territorio” pero no cambiará las condiciones reales de la opresión que viven millones de aymaras, quechuas y guaraníes.

Una **reforma agraria** es impensable sin liquidar la gran propiedad en el Oriente y sin transformar la realidad del minifundio en el Altiplano y los Valles. La “reconducción comunitaria de la reforma agraria” de que habla el MAS no aprende nada del fracaso histórico de la reforma del 52 y se detiene en las puertas mismas de la gran propiedad privada de la tierra, puesto que “reforma agraria” significa chocar directamente con los intereses de la burguesía agraria, por lo que el MAS renuncia a satisfacer las necesidades de la masa campesina y de los miles sin tierra.

La **Industrialización** exigirá un enorme esfuerzo de escala histórica para dejar atrás la pobreza, la miseria y el atraso económico y técnico. La burguesía nacional como clase enfeudada al capital financiero internacional, hace mucho que se mostró absolutamente incapaz de esta tarea. Un gran salto en el desarrollo de las fuerzas productivas, elevando sistemáticamente el nivel de vida y la cultura general del país hoy no puede lograrse sin romper con el imperialismo, concentrar los medios de producción en manos del Estado, imponer el monopolio del comercio exterior e introducir un verdadero plan en la economía, lo que implica la movilización general de trabajadores y campesinos. La “industrialización” de que habla el MAS no se propone nada de esto, pero deja en manos de las transnacionales las palancas decisivas de la producción, las finanzas, el comercio exterior. El programa neodesarrollista de colaboración de clases entre el “capital productivo” y los “movimientos sociales”, con el Estado burgués como instrumento y árbitro no puede superar el atraso estructural semicolonial del país.

Si **democracia** ha de significar satisfacer las legítimas aspiraciones de las clases trabajadoras y los pueblos originarios a la conquista y ejercicio de los más amplios derechos y a intervenir decisivamente en los destinos y la organización del país, no será mediante la democracia representativa burguesa, con sus mecanismos de engaño y su subordinación a la clase dominante la que podrá satisfacerlos. La “revolución democrática y descolonizadora” de Evo Morales, limitada a algunos gestos simbólicos “inclusivos”, preserva el podrido andamiaje estatal republicano y sus reaccionarias instituciones y cuerpos represivos y “consensua” a través de acuerdos y pactos con la burguesía, como reconstruir por la vía progresista el régimen democrático burgués sobre bases más sólidas.

La renuncia a las tareas nacionales

García Linera argumenta mediante una oposición abstracta y absoluta entre esas “tareas nacionales” y “el socialismo”. Nos dirá que “Marx operaba con un proletariado ya formado y con un capitalismo ya formado, mientras que no-

sotros todavía tenemos que crearlos”. Por ello, según nuestro teórico, la posibilidad de un “gobierno socialista” no sería factible: “No es viable porque el socialismo se construye en base a una fuerte presencia de la clase obrera organizada. La utopía socialista es la maduración extrema del capitalismo. En Bolivia no hay capitalismo. En Bolivia el 70 por ciento de los trabajadores en las ciudades son de economía familiar; usted no construye el socialismo sobre una economía familiar, usted construye el socialismo sobre la gran industria, que es lo que no hay en Bolivia. Usted no construye el socialismo sobre la base del 95 por ciento de la población agrícola que vive en una economía tradicional comunitaria.”⁽¹⁶⁾

Note el lector: “En Bolivia no hay capitalismo”. ¡Cuanta coherencia y seriedad! Ya hemos visto, además, que es una ficción hablar de que el 70, el 95% de la población agrícola viva en una “economía tradicional comunitaria” disociada del capitalismo dominante. Pero en realidad a García Linera todo esto no le importa. Sólo se trata de hacer prestidigitación con las frases para embaucar a su público y envolver mejor su programa reformista. ¡Qué decir de estos autodeclarados socialistas que sólo se acuerdan del socialismo y el comunismo en los discursos para afirmar eruditamente que son un imposible! Pero dejemos de lado los abusos, incoherencias y tergiversaciones que García Linera logra reunir en tan pocas frases y vayamos al nudo de la cuestión. Populistas y reformistas insisten en separar las tareas democráticas y nacionales de las socialistas, para justificar una larga e indefinida etapa de reformas dentro del capitalismo y subordinar al proletariado, los campesinos y los pobres urbanos y sus intereses vitales a las necesidades de la alianza “policlasista” con la burguesía nacional y la búsqueda de la “convivencia pacífica” con el imperialismo. Esta lógica de colaboración con la burguesía nacional (que es una clase profundamente anti-nacional), exige inexorablemente renunciar en la práctica a las tareas democráticas y nacionales, reduciendo las demandas perentorias de las únicas clases verdaderamente nacionales, los obreros y campesinos, a lo posible dentro del “capitalismo realmente existente”.

nacionales, los obreros y campesinos, a lo posible dentro del “capitalismo realmente existente”.

Las fuerzas sociales

García Linera insistirá: “Hay dos razones que no permiten visualizar la posibilidad de un régimen socialista. Por un lado existe un proletariado minoritario demográficamente e inexistente políticamente; y no se construye socialismo sin proletariado. Segundo: el potencial comunitarista agrario y urbano está muy debilitado. En los últimos 60 años se ve un retroceso de la actividad comunitaria productiva y erosión de los lazos comunitarios. Sigue habiendo comunidad, pero ésta ha implosionado internamente en estructuras familiares.”⁽¹⁷⁾ Esta afirmación permite discutir la dinámica socio-política, es decir, de clases en un proceso revolucionario.

Mientras que la profundización de cualquier proceso de movilización empujará al campo de la reacción a todas las capas propietarias, incluso a los empresarios de origen indígena, y hará emerger cada vez más a los más explotados del campo y la ciudad.

Es cierto que el proletariado es minoritario en el seno de la población, aunque mucho más fuerte y extendido que en la época del 52. Pero su potencial revolucionario deviene de su papel en la producción, de su concentración en las ramas decisivas de la minería, la industria, los hidrocarburos, la agroindustria, los modernos servicios y finanzas, y en las ciudades, que son los centros fundamentales de la economía y la política burguesas. Es cierto que hoy la clase obrera boliviana, producto de las derrotas acumuladas desde los 80, recién comienza a recomponer su subjetividad como clase y no es vista por el “sentido común” como la clase capaz de acaudillar un proceso revolucionario. Pero aquí se trata de un problema político: de los ritmos y vías por los cuales la fortaleza estructural del proletariado se transforme, al calor del desarrollo de la lucha de clases, en una nueva subjetividad (organización, programa, conciencia): es decir, en un movimiento obrero que tienda hacia la revolución. Para decirlo con Marx: del complejo tránsito de “clase en sí” a “clase para sí”, o sea, su constitución en sujeto

social y político a través del desarrollo de la lucha de clases.

Por otra parte, sólo desde la clase obrera se le puede proporcionar un programa y una perspectiva progresivas a las otras capas y grupos sociales explotados y oprimidos: campesinos, artesanos, sectores populares de las ciudades, la masa pobre de los pueblos originarios. La cuestión de que la clase obrera pueda unir y recomponer sus filas, alcanzando la más amplia independencia política respecto al orden burgués, va estrechamente ligada a la necesidad de establecer su hegemonía en el conjunto del movimiento de masas. Esto no es una pretensión doctrinaria sino un problema vital y un desafío estratégico: que la clase trabajadora pueda ocupar la centralidad en la alianza obrera, campesina, originaria y popular es necesario para que pueda rebasar la influencia burguesa y pequeño burguesa (es decir, la trampa del capitalismo andino) y dirigirse consecuentemente contra el imperialismo y sus agentes.

El programa de la revolución permanente

El marxismo revolucionario hace ya mucho tiempo que respondió a esa falsa oposición entre las tareas democráticas no resueltas por la burguesía en su época de ascenso, y el socialismo y por tanto, puede ofrecer una alternativa a la triste “anti-utopía” capitalista andina. La teoría y programa de la revolución permanente, elaborada por León Trotsky, desarrollando una idea esbozada por primera vez por Carlos Marx, es hasta hoy la única respuesta teórica y política sistemática ante este problema, y recoge las lecciones de la revolución rusa y del ciclo de revoluciones que se extiende a nivel internacional desde 1917. Ofrece también la única base marxista para pensar las tareas concretas de la revolución boliviana.

La “madurez”

Podríamos coincidir con García Linera en que Bolivia, tomada aisladamente, no está madura para el socialismo. Pero esta es una manera formalista y abstracta de plantear el problema: el profesor se acerca con su instrumento de medición a la formación social y dictamina el grado de madurez o no, como si se

tratara de la fiebre de un enfermo. Aún en medicina hay que contemplar muchos otros aspectos que hacen a la condición del paciente. La cuestión es que, por un lado, no hay forma de resolver las tareas democráticas, agrarias y nacionales sin chocar con los intereses de la clase dominante en su conjunto, sin afectar la propiedad privada de la tierra y los medios de producción y sin romper con el imperialismo. Los obreros y campesinos que tomen en sus manos la resolución de sus problemas vitales, y se encaminen al poder, difícilmente harán caso de las advertencias profesoras para detenerse en los umbrales de la propiedad burguesa. Y por otro lado, que el capitalismo mundial, como un todo superior del que la economía boliviana es una parte subordinada, ha alcanzado un nivel tal de sobredesarrollo que no sólo está “maduro para el socialismo”, sino que exige una transformación socialista para no hundir a la Humanidad en la barbarie de las crisis, las guerras imperialistas, la degradación social y cultural, las catástrofes ecológicas y todos los males que la civilización capitalista exagera en su decadencia, tornando, de paso, inviable cualquier utopía de desarrollo capitalista autónomo en los países atrasados y semicoloniales como Bolivia.

Las tareas nacionales quedan en manos de los obreros, campesinos y pueblos originarios

Sólo en el marco estratégico de la revolución obrera y socialista es posible combatir consecuentemente por el programa agrario, democrático y antiimperialista, y sólo el poder de obreros y campesinos puede resolver íntegra y efectivamente esas tareas nacionales pendientes.

Esta fue una de las discusiones estratégicas fundamentales que caracterizaron el siglo XX en América Latina, en particular, a la cuestión de cómo resolver las tareas democráticas y nacionales irresueltas o inacabadas. El nacionalismo y el reformismo de viejo cuño (al que el stalinismo proveyó con su “teoría” de la revolución por etapas en realidad no había inventado nada, era el mismo tipo de argumentos que los populistas y mencheviques rusos opusieron al realismo revolucionario de Lenin y Trotsky antes de la revolución de 1917.)

una revolución obrera y socialista y que por el contrario, había que acumular fuerzas durante todo un período histórico, resolviendo antes, en una etapa autónoma, la cuestión agraria y liberándose de la opresión imperialista. Esto, como lo demostró hasta el cansancio todo el Siglo XX en América Latina tanto como en el resto del “tercer mundo”, jamás llevó ni a la “revolución anticolonial”, ni a resolver las tareas “democrático burguesas”, sólo llevó a la derrota y frustración de innumerables procesos revolucionarios. Una vez más, la historia de Bolivia nos da un dramático ejemplo, como fue la frustración del 52.

Las tareas democráticas y nacionales irresueltas por el atraso capitalista y agravadas por el recrudescimiento de la explotación imperialista sólo pueden ser resueltas con los métodos de la revolución obrera, pero una vez en marcha ésta, debe desarrollarse como revolución socialista. Así, hoy es más actual que nunca el postulado de que “...la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando este el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de las masas campesinas.” (18)

La necesaria (y posible) extensión internacional de la revolución

Ahora bien, en las últimas décadas el proceso de internacionalización del capital bajo el comando imperialista (la llamada “globalización”) profundizó la integración de las economías latinoamericanas, Bolivia entre ellas, en el mercado mundial, y también su entrelazamiento a nivel regional, donde los lazos económicos, sociales y políticos son mucho más fuertes que nunca antes. Por ejemplo, las migraciones laborales han tendido nuevos puentes entre las clases trabajadoras del Cono Sur americano. Todo esto refuerza también el carácter regional e internacional de los procesos de lucha de clases. La revolución en Bolivia ayudaría a detonar la rebelión de los pueblos del continente —una necesidad vital de la propia revolución boliviana y la mejor arma contra la agresión imperialista—, y al mismo tiempo, ayudaría a poner en la

orden del día una tarea histórica incumplida: la unidad económica y política latinoamericana, que es una necesidad vital para superar el atraso y la dependencia. El único programa que puede garantizar esta tarea es el de la conquista de repúblicas obreras y campesinas que confluyan en una Confederación de Repúblicas Socialistas de América Latina y el Caribe, y además, responde al problema de cómo incidir desde las masas latinoamericanas con la clase obrera norteamericana, con el objetivo estratégico de unir la revolución en la periferia capitalista semicolonial con la revolución socialista en el corazón del imperialismo.

La profundización de la revolución

La toma del poder por obreros y campesinos permitirá comenzar a superar la herencia de atraso, miseria y opresión. Al mismo tiempo, será el punto de partida de una época de transformaciones y conflictos en todos los niveles de la nueva sociedad en formación, para hacer frente a los enemigos externos e internos, combatir cualquier tendencia a la burocratización y erradicar todas las viejas formas de opresión étnica, de género, etc. Las masas obreras y populares sabrán sacar partido de las enormes posibilidades que crea la introducción de la planificación en una economía nacionalizada y dirigida por los trabajadores, lo que permitirá iniciar un proceso de industrialización sistemática y equilibrada. La expropiación del gran capital y la constitución de un sector socialista dominante sobre la base de las grandes empresas y la banca nacionalizada abrirían también una perspectiva de transformación progresiva para los sectores no capitalistas. Campesinos, comunidades, artesanos pequeños productores de la ciudad tendrían una alianza inicial mucho más beneficiosa con el Estado obrero y campesino que la perspectiva de diferenciación interna y ruina que les depara el capitalismo, así sea “andino”. La cultura, incluyendo las culturas de los pueblos originarios, tendría condiciones para un florecimiento que el atraso capitalista les ha negado secularmente. Los elementos progresivos de la comunidad serán parte de la construcción colectiva de la nueva sociedad. En cuanto a los pequeños productores del campo y la ciudad, diversas

formas de asociación voluntaria e integración en la organización productiva dirigida por los trabajadores permitirían ir superando y absorbiendo gradualmente las formas técnicamente más atrasadas de producción, en el marco del proceso de industrialización y la transición al socialismo, una tarea histórica que como mostró la dramática historia del siglo XX, sólo puede culminar a escala internacional..

Notas

1. Entrevista a García Linera - martes, 06 de septiembre de 2005 Econoticias - La Fogata
2. Reportaje a García Linera, “Cómo lograr MAS sin salir de un capitalismo andino”, por Pablo Stefanoni.
3. Ver Pablo Stefanoni, en Pulso.
4. Cámara nacional de Industrias, Informe del desempeño económico de la actividad industrial (Al primer semestre de la gestión 2006) Octubre – 2006
5. Plan Nacional de Desarrollo, apartado 5.4
6. Separata del Viceministerio de Tierras, 2 de agosto de 2007.
7. Plan Nacional de Desarrollo, ídem.
8. Una interesante crítica sistemática de la política agraria del MAS puede verse en Ormachea. S. Enrique. ¿Revolución agraria o consolidación de la vía terrateniente? La política de tierras del MAS. CEDLA, La Paz, 2007.
9. García Linera. Álvaro, “La estructura social compleja de Bolivia”, versión PDF en www.saladeprensa.free.fr
10. García Linera, Álvaro. “La lucha por el poder en Bolivia”, en Horizontes y límites del estado y el poder, Muela del Diablo editores, La Paz, 2005, pgs. 15 y 16.
11. Ídem.
12. García Linera, Álvaro “El ‘capitalismo andino-amazónico’”, en Le Monde Diplomatique, La Paz, enero de 2006.
13. Engels, F. “Acerca de la cuestión social en Rusia”, carta en abril de 1875. Marx y Engels, Obras Escogidas (en 3 tomos), Moscú, Editorial Progreso, 1974. Tomo II.
14. García Linera. “El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo”. Entrevista por Miguel Lora Fuentes, Bolpress. www.bolpress.org.bo
15. García Linera, Álvaro. “La lucha por el poder en Bolivia”, en Horizontes y límites del estado y el poder, Muela del Diablo editores, La Paz, 2005, pp. 55.
16. Entrevista a García Linera - martes, 06 de septiembre de 2005 Econoticias - La Fogata
17. García Linera, Álvaro: “El capitalismo andino es un paso intermedio para imaginar el socialismo”. Entrevista por Miguel Lora Fuentes, www.bolpress.com
18. Trotsky, León, Tesis de la revolución Permanente. Hay varias ediciones, también electrónicas. 19 Lenin, V. I. ¿Quiénes son los enemigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas? Editorial Anteo, Buenos Aires, 1973, pp.84.



1917- 2007

En el 90º aniversario de la Revolución Rusa

DANIEL ROMÁN

La historia mundial conoce una gran numero de revoluciones y de insurrecciones. Pero seria inútil buscar en la historia otra insurrección de la clase oprimida que haya sido fijada con anticipación y públicamente para una fecha precisa, y realizada victoriosamente en el día establecido. Desde este punto de vista, como así también desde otros, la Revolución de Octubre es única e incomparable.

63

León Trotsky. Como hicimos la Revolución Rusa

EN OCTUBRE DE 1917 los trabajadores, soldados y campesinos de Rusia daban inicio a una nueva época histórica, realizando la revolución mas grande y heroica de todos los tiempos y poniendo en pie el primer Estado Obrero. Se convertían de hecho, en la bandera de lucha mas valiosa y potente de los trabajadores del mundo.

Así lo describe León Trotsky en Mi Vida; “En instantes como éstos, la suma conciencia teórica de la época se fragua con los actos más inmediatos de las masas más bajas y miserables y más alejadas de la teoría. Esta unión

creadora de lo consciente y lo inconsciente, es lo que suele llamarse inspiración. Las revoluciones son momentos de arrebadora inspiración de la historia.”

Sobre la Revolución Rusa, se ha dicho y escrito mucho. No necesariamente para “aprender” de esta revolución y preparar los combates futuros de la clase obrera y los pueblos oprimidos, sino para echarle tierra encima, para borrar sus lecciones. En los años 90, años de auge del neoliberalismo, se llegó a decir que asistíamos al “fin de la historia”, el “adiós al trabajo” y la “muerte del socialismo”, y que la caída

del Muro de Berlín en 1989 y el paso al campo de la restauración capitalista por la burocracia stalinista en la Unión Soviética –que en realidad era la casta que degeneró y parasitó las conquistas de la revolución, su negación sangrienta- mostraba que había terminado la época de las revoluciones. Sin embargo, seguimos viviendo en la época del capitalismo imperialista, sociedad desgarrada por los antagonismos económicos, sociales y políticos que hace que el siglo XXI no sea un siglo de “paz y progreso” como soñaban los neoliberales, sino que comience preñado de crisis, guerras y nuevas revoluciones. Sin ir más lejos, en nuestro país, vimos en los últimos años lo que los marxistas denominamos un “ensayo general” de la revolución.⁽¹⁾ Y podemos traer como ejemplo, la magnitud de lo que significó la guerra del gas en Octubre del 2003.⁽²⁾ Por ello, las lecciones de la Revolución Rusa (como las de los procesos revolucionarios del siglo XX, incluida nuestra Revolución del 52), siguen siendo de enorme importancia para pensar el programa, la estrategia y la organización política revolucionaria de los trabajadores.

Los socialistas revolucionarios de la LOR-CI reivindicamos el legado político y la tradición de la Revolución Rusa de 1917, porque entendemos que mantienen plena actualidad para nuestra pelea estratégica: la lucha por el triunfo de la revolución obrera y socialista mundial. Con estas páginas, en el año del 90º aniversario de la Revolución Rusa, le rendimos un modesto homenaje e invitamos a volver a estudiar y discutir ese extraordinario hecho histórico.

Una nueva época en el desarrollo histórico

En 1914 cuando estalla la Primera Guerra Mundial, la socialdemocracia alemana, dirigente de la Segunda Internacional, se atreve a votar los créditos de guerra a través de sus parlamentarios, cometiendo así una traición histórica a los intereses de los trabajadores y “olvidando” las principales enseñanzas del socialismo científico, plasmadas en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels (de 1848). Pues en una guerra, donde los estados

capitalistas se arrancan los ojos para repartirse el mundo a su antojo, las organizaciones obreras no debían apoyar a sus verdugos. Por el contrario, como bien plantearon Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky y otros internacionalistas, había que dar vuelta los fusiles pues, “el enemigo esta en casa” y, transformar la guerra imperialista en revolución social. Lenin se encontraba en Viena, estudiando la Lógica de Hegel, previa lectura de El Capital de Marx, para concluir dando cuenta de la esencia reaccionaria de un fenómeno propio de nuestra era, la época del imperialismo. Si en el Siglo XIX, el capitalismo era relativamente reaccionario, en el Siglo XX es absolutamente reaccionario. La tendencia del capitalismo de fusionar el capital industrial con el capital bancario, creando así el capital financiero, da lugar a otra tendencia; que es la de centralizar en grandes monopolios los mercados y negocios de los magnates capitalistas. La lucha por la conquista y dominación de los monopolios, es la verdadera razón y esencia de la guerra imperialista. Lenin explicando este nuevo fenómeno,⁽³⁾ sostuvo que el imperialismo es una “época de guerras, crisis y revoluciones”. Las guerras entre los estados capitalistas, provocarían una tensión tan evidente en la sociedad europea, desnudando sus contradicciones, que de las entrañas de esta sobrevendrá la revolución proletaria. Tal pronóstico político, se confirmará en Rusia, a partir de la revolución de Febrero de 1917.

El desarrollo desigual y combinado

En las puertas del Siglo XXI, la vitalidad del marxismo, y de su continuidad revolucionaria, esta basada en el hecho de que el capitalismo como sistema mundial aún sigue sobreviviéndose. “El marxismo parte del concepto de la economía mundial, no como una amalgama de partículas nacionales, sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, que impera en los tiempos que corremos sobre los mercados nacionales.”⁽⁴⁾ Entonces, si pensamos qué significó

para los trabajadores del mundo el triunfo de la Revolución Rusa, podemos sostener que la consigna disparada desde el Manifiesto Comunista, de que “los obreros no tienen patria”, vienen a darse la mano con nuestra perspectiva estratégica. Por ello, para los trotskistas el carácter de la revolución es internacional y, en consecuencia, no discriminamos a los países (en un sentido geo-estratégico) como “maduros” o “no-maduros” para la revolución social.

¿Qué significa la ley del desarrollo desigual y combinado? Quiere decir que, cualquier país culturalmente atrasado, esta preparado, desde el punto de vista de la economía mundial, para desarrollar la revolución obrera. León Trotsky, parte de plantear las características del desarrollo en Rusia, que consideramos un gran punto de partida para pensar la revolución en nuestros tiempos: “Lo que caracteriza en primer lugar el desarrollo de Rusia es el atraso. El atraso histórico, sin embargo, no significa la mera reproducción del desarrollo de los países avanzados con una simple demora de uno o dos siglos. Engendra una formación social combinada totalmente nueva, en la que las conquistas mas recientes de la técnica y la estructura capitalista se entrelazan con relaciones propias de la barbarie feudal y prefeudal, transformándolas, sometiéndolas y creando una relación peculiar entre las clases. Lo mismo se aplica al terreno de las ideas.”⁽⁵⁾ La burguesía nacional, es una clase profundamente antinacional y reaccionaria, pues sus intereses están íntimamente ligados al capital extranjero y a las transnacionales. Embrionaria y tendencialmente, en la vida política, se expresan las dos grandes fuerzas que decidirán el destino del país, la revolución o la contrarrevolución.

La hegemonía obrera y la revolución permanente

El extenso territorio ruso, contaba con 150 millones de habitantes en los momentos de la revolución.⁽⁶⁾ Desde 1905, ya había unos 10 millones de obreros, que con sus familias representaban a unos 25 millones de

almas. El estudio pormenorizado, de la Revolución Rusa, demuestra la hegemonía de la clase obrera, y de la primacía política de la ciudad sobre el campo. Es decir, cuando los marxistas hablamos de dictadura del proletariado, significa que la clase obrera ejerce su propio gobierno, contra la resistencia de la burguesía, y es hegemónica frente a las clases oprimidas –el campesinado, o los pobres de la ciudad-, clases subalternas que por sí mismas (sin que sean dirigidas por el proletariado), no pueden resolver sus demandas. Desde los inicios del marxismo ruso, y sus primeros círculos de propaganda, se debatía qué papel sería asignado al proletariado en la revolución democrático-burguesa, “separando” a ésta de la revolución socialista como tal. Había tres concepciones, teniendo en cuenta que en 1905, había sucedido la primera Revolución Rusa, y que antes de ésta la polémica había llevado a la división de la socialdemocracia rusa, en dos fracciones claramente diferenciadas: los bolcheviques y mencheviques.

Es importante remarcar que hacia este período, León Trotsky, mantiene una posición centrista, bregando por la unidad del partido. De todos modos, eso no le impidió elaborar su propia teoría-programa de la revolución.⁽⁷⁾ conocida como la “**Teoría de la Revolución Permanente**”, que constituye su principal mérito y aporte a la continuidad del marxismo. “Precisamente a causa de su retraso histórico, Rusia fue el único país europeo en el que el marxismo como doctrina y la socialdemocracia como partido alcanzaron antes de la revolución burguesa un poderoso desarrollo.”⁽⁸⁾

Las tres concepciones de la Revolución Rusa se sintetizan en:

a) La de Plejánov⁽⁹⁾, que planteaba correctamente que el carácter de la revolución era burguesa, pero en la cual el proletariado tendría que ir a la rastra de la burguesía y darle apoyo político e incondicional, “El proletariado conquistaría la libertad política en alianza con la burguesía liberal; después de varias décadas, y con un nivel superior de desarrollo

capitalista, realizaría la revolución socialista en lucha directa contra la burguesía.”⁽¹⁰⁾. Postergaba así para un futuro lejano e incierto la lucha por la revolución socialista.

Esta posición también es compartida por los mencheviques;

b) La opinión de Lenin: el contenido de la revolución (por sus tareas) es burgués, claramente veía que la burguesía rusa era incapaz de llevar a cabo su propia revolución contra el medievalismo, su formulación programática de “dictadura democrática de obreros y campesinos”, daría lugar a un poderoso desarrollo del capitalismo y por lo tanto daría al proletariado una posición mas segura para luchar por el socialismo. Es decir, dado que la mayoría de la población era el campesinado, asignaba al proletariado un papel ambiguo: sin apoyar a la burguesía liberal, pero sin que la clase obrera sea claramente el caudillo de la revolución socialista.

c) La posición de Trotsky había sido formulada por primera vez en 1904, antes de la primera revolución; “la victoria total de la revolución democrática en Rusia es inconcebible de otra manera que a través de la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no solo las tareas democráticas sino también las socialistas, dará al mismo tiempo un poderoso impulso a la revolución socialista internacional. Solo el triunfo del proletariado en Occidente evitara la restauración burguesa y permitirá construir el socialismo hasta sus últimas consecuencias.”⁽¹¹⁾

Por último, debemos decir que Stalin, no tomó ninguna participación independiente en semejante discusión de estrategia revolucionaria.

De Febrero a las Jornadas de Julio

En 1905, como ya dijimos, sucede la primera Revolución Rusa⁽¹²⁾, producto de la guerra ruso-japonesa. Lo novedoso de esta revolución, es que

surge una nueva forma de lucha (la huelga general política) y de organización (el Soviet). Y muestran un salto de calidad en la subjetividad del proletariado, con respecto a las revoluciones o procesos revolucionarios del siglo XIX. La **huelga general**, pone –por primera vez- como centro de la acción política al proletariado, planteando de hecho el interrogante ¿quién tiene el poder?, demostrando así la poderosa fuerza social, por el lugar que ocupa en la producción, que tiene la clase obrera. Por otra parte surge, al calor del fuego de la lucha de clases, el primer **Soviet** (en ruso, significa Consejo), **de Diputados Obreros**, un auténtico parlamento de los explotados, que dirigía huelgas, editaba un periódico y daba armamento a los obreros. En la directiva del Soviet, se encontraban representados, los sindicatos y los principales dirigentes de las organizaciones socialistas. Esta revolución fracasó, por no contar con la alianza con los campesinos. Y dejó en claro, que la hora de la revolución burguesa ya había pasado. Convirtiéndose esta revolución en el ensayo general o en el prólogo de lo que sucedería en el mismo país, y con los mismos actores, doce años más tarde.

Nadie imaginó que el Día Internacional de la Mujer, sería el día del inicio de la revolución, en Febrero de 1917, que duro cinco días de heroico combate (del 23 al 27) en la capital rusa, y que luego comenzó a extenderse a todo el país.

La guerra provocaba nerviosismo en las masas y el hambre se transformaba en una consigna motriz de la revolución. Las 90 mil obreras de la barriada fabril de Viborg, y otros suburbios de Petrogrado, se declararon en huelga. Salieron a relucir banderas rojas, no solo se reclamaba “¡Pan!”, sino también “¡Abajo la guerra!” y “¡Abajo la autocracia!”.

La mayoría de los jefes revolucionarios se encontraban exiliados en el destierro, los que se encontraban en la capital, vacilaban e iban detrás del movimiento revolucionario.

Con el correr de los días, la marea iba en aumento. La experiencia de 1905,

sino también a sus enemigos. La policía se aprestaba a dirigir un feroz plan de represión, para sofocar a los manifestantes, pero el problema era con qué capital humano lo iban a llevar a cabo. Los obreros llamaban a los soldados (de origen campesino, o trabajadores padres de familia), a no disparar y a sumarse al movimiento. La decisión de profundizar el combate se revela cuanto más nos acercamos a las fábricas. “En las primeras horas de la mañana del día 27, los obreros se imaginaban la consecución de los fines de la insurrección mucho más lejana de lo que estaba en realidad... cuando en sus nueve décimas partes se hallaban ya alcanzados. La presión revolucionaria de los obreros sobre los cuarteles coincidió con el movimiento revolucionario de los soldados en las calles. En el transcurso del día, esas dos poderosas avalanchas se unen formando un todo, para arrastrar, primero el tejado, después los muros y luego los cimientos del viejo edificio. Chugurin fue uno de los primeros que se presentó en el local de los bolcheviques con un fusil en la mano y la espalda cruzada por una cartuchera, “sucio, pero radiante y triunfal”. ¡La cosa no era para menos! ¡Los soldados se pasan a nuestro lado con las armas en la mano!”⁽¹³⁾ Rápidamente, los obreros forman milicias, que asaltan las comisarías, detienen a los oficiales y dan libertad a los presos políticos. Ningún destacamento de soldados se dispone a defender a la monarquía. La revolución se aseguraba el triunfo, el palacio de Táurida se convierte en el “Estado mayor”, en un rincón se encontraba un oficial disfrazado, tomando notas para sumariar a los soldados, es sorprendido por los obreros y soldados que quieren matarlo en el acto, pero son detenidos; “en aquel entonces, la revolución era aún bondadosa, generosa y crédula. Sólo será implacable después de una prolongada serie de traiciones, engaños y pruebas sangrientas.”⁽¹⁴⁾ Los obreros bolcheviques, se pasan el día en las calles al igual que los obreros de los otros partidos de izquierda, y por las noches se reúnen en el estado mayor de las barriadas, preparando el día de mañana.

La dirección del partido bolchevique, se encontraba carente de iniciativa. Los obreros bolcheviques de base, estaban a la izquierda de su dirección, combatiendo y siguiendo su fiel instinto revolucionario, poniéndose a la cabeza del movimiento, dando órdenes, discursos en los mitines y respuestas a las masas.

La revolución de Febrero, represento una victoria sobre el gobierno del Zar y, una paradoja a la vez. Pues, “¿Quién dirigió la insurrección de Febrero?” Al día siguiente del triunfo, se acercaron al Estado Mayor gentes sospechosas, arribistas de toda índole, que no solo no habían participado de la revolución, sino que encima venían a apropiarse de la victoria, diciendo a los obreros gracias por lo que han hecho por el pueblo...

“A la pregunta formulada mas arriba... podemos, pues, contestar de un modo harto claro y definido: los obreros concientes, templados y educados por el partido de Lenin. Y dicho esto, no tenemos mas remedio que añadir: este caudillaje que bastó para asegurar el triunfo de la insurrección, no bastó, en cambio, para poner inmediatamente la dirección del movimiento revolucionario en manos de la vanguardia proletaria.”⁽¹⁴⁾

A inicios de Abril, Lenin llega a Rusia y propone un cambio radical en la orientación del partido –que en ese momento dirigido por Stalin, daba un semi apoyo crítico al gobierno provisional, encabezado por el príncipe Lvov- sintetizado en sus Tesis de Abril: la clave es preparar la insurrección y luchar por “**Todo el poder a los Soviets**”. Atrás había quedado la vieja fórmula de dictadura democrática de obreros y campesinos. Ahora señala claramente la lucha por la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado. Esta mecánica de la revolución, esta alianza de clases, se dará mediante los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

Desde Febrero, los soviets se hallaban en manos de los que conciliaban con la burguesía, los mencheviques y socialistas-revolucionarios. Estos partidos formaron parte del gobierno de coalición junto al partido Cadete (burgués liberal), que no hacían más

que prolongar la guerra, el hambre y la reforma agraria; con la promesa de que estas urgentes cuestiones las resolvería la Asamblea Constituyente, postergándolas para un futuro lejano, que las masas no estaban dispuestas a esperar.

Trotsky llega en Mayo a San Petersburgo, y comprende en franca discusión con Lenin, que no solo no era ya imposible la unificación con los mencheviques, sino que su grupo de los Meyarontsi (“Interdistritos”) debían fusionarse con el Partido Bolchevique. En palabras de Lenin, “Trotsky es el mejor bolchevique”. Pronto sucederán las Jornadas de Julio (los días 3-5). Aquí, la impaciencia de los obreros y soldados, provoca un alzamiento armado contra el gobierno de la democracia revolucionaria, contra la cúpula del Soviet. Los bolcheviques, en todo momento tratan de desarmar esta manifestación, tratando de que sea lo mas pacifica posible. Pero suceden disparos por todas partes de la ciudad y los muertos y heridos se cuentan por cientos. Todavía no había llegado el momento para tomar el poder. La reacción aprovecha la situación y lanza una sucia campaña de calumnias contra Lenin y los bolcheviques, diciendo que son agentes del imperialismo alemán. Esto provoca una gran confusión entre los soldados y obreros, pero los militantes bolcheviques permanecen bien ligados a las fabricas y sindicatos, para desenmascarar la reacción. Lenin debe ocultarse en casa de un obrero en Petrogrado, pasando a la clandestinidad, desde donde dirige al partido. Trotsky luego de defender públicamente al bolchevismo y a Lenin, mediante enérgicos discursos, irá nuevamente a prisión. Esta vez no del Zar, sino a la cárcel de la “democracia revolucionaria” del gobierno de Kerensky.

De las calumnias al triunfo de Octubre

El efecto de las calumnias contra el partido mas revolucionario de todos no podían durar demasiado. Hacia agosto, en Moscú se reúne la Conferencia Democrática, con todas las fracciones de la burguesía, y con

protagonismo de Kerensky, que representando la coalición, ya había dado todo de sí y se había transformado en un gran fracaso. De aquí surge el complot, de Kerensky. ¿De qué forma liquidar lo que quedaba en pie desde febrero y a la vez aplastar a los bolcheviques?

Había que “fabricar” otro “alzamiento” bolchevique como las Jornadas de Julio, y de esta forma llamar al general Kornilov a salvar la capital (que supuestamente) los bolcheviques querían entregar a los alemanes. La tela de araña tejida por la reacción, envolvió a los dos candidatos a ser el Bonaparte ruso, Kerensky temiendo por su propia suerte –la conspiración se volvía en su contra- y Kornilov, que pronto enfrentaría la enérgica resistencia de las masas, dirigidas por los bolcheviques. Trotsky es puesto en libertad.

“Los mismos marineros de Kronstadt, acusados de salteadores y contrarrevolucionarios después de las Jornadas de Julio, fueron llamados a la capital para que defendieran la revolución contra el peligro que la amenazaba. Acudieron sin tardanza, y borrando todo recuerdo de pasados agravios, tomaron el puesto de mayor peligro. Yo entonces pude recordarle con todo justicia a Tseretelli⁽¹⁵⁾ las palabras que dije cuando este hombre insultaba a los marineros de Kronstadt: “El día en que un movimiento general contrarrevolucionario quiera ahorcar a la revolución, los cadetes prepararán la soga y los marineros de Kronstadt vendrán para salvarla y morir con nosotros”.”⁽¹⁶⁾

Fracasado el intento de golpe de Kornilov, para el partido bolchevique comienza la lucha por conquistar las masas. Estas vieron, que lejos de ser los agentes del Káiser alemán, venían a ocupar el puesto de mayor decisión y ofensiva revolucionaria.

“En todas las reuniones de obreros y soldados que tenían lugar en Petrogrado, nosotros planteábamos la cuestión del siguiente modo: el 25 de octubre debe reunirse el Segundo Congreso de los Soviets; el proletariado y la guarnición de Petrogrado exigirán del congreso que ponga en el orden del día en primer lugar el problema del poder y que lo

resuelva en el sentido de que el poder pertenece desde ahora al Congreso General de los Soviets; si el gobierno de Kerensky trata de disolver el congreso...la guarnición de Petrogrado dirá la última palabra.”⁽¹⁷⁾

El arte de la insurrección y la necesidad del partido revolucionario

La insurrección es el momento político mas conciente de la clase mas revolucionaria de la sociedad. “El problema de la conquista del poder sólo puede ser resuelto por la combinación del partido con los soviets, o con otras organizaciones de masas mas o menos equivalentes a los soviets.”⁽¹⁸⁾

“Entre las mas perniciosas, y tal vez mas difundidas, tergiversaciones del marxismo por los partidos ‘socialistas’ dominantes, se encuentra la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección, y, en general, la concepción de ésta como un arte, es ‘blanquismo’⁽¹⁹⁾.”⁽²⁰⁾

Trotsky añade a esta delimitación, y refiriéndose a Lenin dice que; “Había reflexionado antes, y con mas profundidad que cualquier otro, sobre la relación entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, entre el movimiento de las fuerzas elementales y la política del partido, entre las masas populares y la clase avanzada, entre el proletariado y su vanguardia, entre los soviets y el partido, entre la insurrección y la conspiración.”⁽²¹⁾ Luego de Febrero, las ilusiones de las masas chocaban con los muros de la política conciliadora de los partidos Mencheviques y Socialistas-revolucionarios, que no hacían mas que sostener a la burguesía y prolongar las demandas de las masas. La cuestión de la **Paz**, por la que los soldados morían en el frente de guerra, demanda por la que habían luchado en Febrero, pero que seguía postergándose, hastiaba a los soldados, pues, ya nadie quería luchar en guerra para defender los negocios de la burguesía. El **Pan**, auténtico problema de la vida cotidiana, en las ciudades y en la aldea, que escaseaba y que logro convertirse en uno de los motores de la revolución. Las masas hacían su propia experiencia, con el régimen, los

partidos y las instituciones. El problema de la **Tierra** para los campesinos, era –como lo es en la actualidad- una cuestión clave que debe resolverse mediante la lucha de clases en el campo, es decir, mediante la expropiación sin pago de los grandes terratenientes. El asunto es que para resolver integra y efectivamente todas cuestiones, había que plantear como hizo el Partido Bolchevique: **¡Todo el poder a los Soviets!**

Conclusiones

“La insurrección de Octubre fue, por así decirlo, fijada anticipadamente para una fecha precisa, la del 25 de Octubre y fue fijada de tal modo no mediante una reunión secreta, sino abierta y públicamente. Tal como se había decidido, esta insurrección victoriosa sucedió el 25 de octubre de 1917.”⁽²²⁾

¿Por qué triunfó la insurrección de Octubre? Porque el Partido Bolchevique, no paraba de conquistar una enorme influencia política de masas, ganando la mayoría de diputados en los Soviets, desplazando a los partidos conciliadores y obligándolos a ser espectadores de su propio fracaso.

Un partido es revolucionario, cuando logra fusionarse con la realidad. Cuando es parte de la vida política de las masas en general, pero mas precisamente de la clase mas revolucionaria de la toda sociedad, de la clase obrera.

La victoria de la revolución rusa, nos interpela. Entendemos que la principal lección, que aprendemos de la experiencia rusa e internacional, es la necesidad de poner en pie un verdadero partido revolucionario, capaz de “asaltar los cielos”. Un partido que pueda llevar a la victoria definitiva de la clase trabajadora, y que mediante la revolución mundial, pueda comenzar la historia de una nueva época, la del reinado de la libertad mas plena que pueda alcanzar la humanidad, el comunismo.

NOTAS:

1. Para consultar nuestras elaboraciones sobre los distintos momentos de asenso revolucionario en Bolivia, las Tesis fundacionales de la LOR-CI y otros documentos, sugerimos al lector visitar nuestra pagina web: www.lorci.org
2. Luego de este punto de inflexión, sucedieron las jornadas de Junio del 2005, con la caída del presidente Carlos Mesa.
3. No visto por Marx, -dado que en su época el imperialismo no existía - pero siguiendo el método del materialismo histórico fundado por éste, Lenin desarrolla profundamente esta elaboración teórica su trabajo aparecido en 1916, "El imperialismo, fase superior del capitalismo".
4. Trotsky, L. La Teoría de la Revolución Permanente. Ed. CEIP-LT. Pág. 402.
5. Idem
6. Trotsky, L. Op. Cit. Pág. 162. "Inglaterra hizo su revolución puritana en una época en que su población total no pasaba de los cinco millones y medio de habitantes, de los cuales medio millón correspondía a Londres. En la época de la Revolución francesa Paris no contaba tampoco con mas de medio millón de almas de los veinticinco que formaban el censo total del país."
7. Luego de la derrota de la Revolución China de 1925-1927, Trotsky generaliza la Teoría de la Revolución Permanente a todos los países de desarrollo burgués retrasados -sobre todo los países coloniales y semicoloniales- dando respuesta a una cantidad de fenómenos como el nazismo en Alemania en los años '30, el ascenso del Frente Popular en Francia, los distintos momentos de la revolución española, el análisis de la degeneración burocrática de la URSS (para lo cual escribe el magnífico trabajo La Revolución Traicionada), las tendencias que llevaban al estallido de la II Guerra Mundial, etc.
8. Trotsky, L. La Teoría de la Revolución Permanente. Ed. CEIP-LT. Pág. 162.
9. Plejánov, G. (1856-1918): Fundador del marxismo ruso, se encargo de difundirlo en el movimiento obrero. En 1883, fundó el grupo "Emancipación del Trabajo". Trabajó junto con Lenin en la publicación de la Iskra (La Chispa), órgano del POSDR. Ante la I Guerra Mundial, se volvió social-patriota.
10. Trotsky, L. "La Teoría de la Revolución Permanente" Ed. CEIP-LT.
11. Idem.
12. Recomendamos la lectura de 1905, por León Trotsky y otros, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones "León Trotsky".
13. Trotsky L. "Historia de la Revolución Rusa" Tomo I Ed. Sarpe.
14. Idem
15. Tseretelli, (1882-1959): dirigente Menchevique que, luego de la revolución de Febrero, fue Ministro de Correos y Telégrafos del "Gobierno Provisional".
16. Trotsky, , L. Como hicimos la Revolución Rusa. Ed. CEIP-LT Pág. 42.
17. Idem. Pág. 138.
18. Trotsky, , L. Historia de la Revolución Rusa, Tomo II. Ed. Sarpe. Pág. 360.
19. Blanqui, (1805-1881): socialista francés. Participó en la revolución de 1830 en Francia. Organizó la insurrección fallida de 1839 y fue encarcelado. Volvió a prisión en vísperas de la Comuna de Paris, hasta 1879. Los insurrectos de la Comuna, y eso es reconocido por el propio Marx, veían a Blanqui como su dirigente. Fue un revolucionario contemporáneo de Marx, que pasó más de la mitad de su vida en prisión, sostenía la teoría de que la insurrección se hace con un pequeño grupo de hombres decididos, contra esta errónea concepción discutían y se preparaban Lenin y Trotsky.
20. Lenin, V. "El marxismo y la insurrección" en Obras Completas Tomo XXVI, Ed. Cartago. Pág. 12.
21. Trotsky, L. "Historia de la Revolución Rusa". Tomo II Ed. Sarpe.
22. Trotsky, L. Como hicimos la Revolución Rusa. Ed. CEIP-LT Pág. 137.